

**Steven Spielberg**

presenta



**LOS**

# **GOONIES**

**James Kahn**

La novela oficial de uno de los favoritos  
de todos los tiempos.

**Lectulandia**

La novela oficial de uno de los fenómenos de todos los tiempos.

Los Goonies buscan un tesoro oculto... y lo que encuentran es ¡un montón de problemas! Es verano en el pequeño puerto marítimo de Astoria. Los Goonies están inquietos: una gran constructora amenaza con apropiarse del pueblo. Pero tras encontrar un viejo mapa pirata, el grupo sale a buscar el tesoro que puede salvar a todo el barrio. No cuentan con los esqueletos armados, los pasadizos subterráneos llenos de trampas y un asesino en busca y captura. Y todos ellos desean acabar con los Goonies. Juraron apoyarse contra viento y marea. Por suerte para ellos, porque está a punto de iniciarse la aventura más increíble de sus vidas.

James Kahn

# Los Goonies

ePub r1.0

Titivillus 26.01.2023

Título original: *The Goonies*

James Kahn, 1985

Traducción: Marcelo E. Mazzanti

Novela basada en la historia de Steven Spielberg y el guion de Chris Columbus

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

## Índice de contenido

Cubierta

Los Goonies

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Epílogo

Post scriptum

Sobre el autor

# Los Goonies

James Kahn

(2017)



A los Goonies no traicionaré ni por un segundo,  
seguiremos juntos hasta el fin del mundo.  
En el cielo y el infierno o en la guerra nuclear  
nada habrá que nos pueda separar.  
En la ciudad, el campo o el bosque, da igual:  
me declaro ahora mismo un Goony oficial

—Juramento de los Goonies

# PRÓLOGO

*Astoria Evening Standard, sábado 24 de octubre*

Esta mañana, a plena luz del día, Jake Fratelli, condenado por robo a mano armada, se ha fugado de la cárcel estatal y ha huido en un coche que le estaba esperando. Fratelli, de 33 años, parece haber simulado suicidarse mientras los otros prisioneros desayunaban. Cuando un guardia entró en la celda para cortar la cuerda de la que el prisionero parecía haberse colgado, Fratelli le golpeó, dejándolo inconsciente, tras lo que se puso el uniforme de este y salió tranquilamente del centro penitenciario de seguridad media.

Según el guardia Emil Yonis, «entre la soga y la lengua que le salía de la boca, parecía más muerto que un conejo atropellado en la carretera. Pero cuando fui a comprobarlo vi que llevaba un arnés en la cintura. Fue entonces cuando me sacudió». Yonis ha sido hospitalizado y está en observación.

Momentos después de que Fratelli saliera, fue descubierto el cuerpo desnudo del guardia. Los carceleros hicieron sonar la alarma y salieron a perseguirlo, pero un todoterreno negro esperaba al fugitivo en una colina enfrente de la cárcel. La conductora era su madre, Mama Fratelli, de 56 años, también fugitiva de la ley. La acompañaba el hermano del prisionero, Francis, de 31 años, que está en busca y captura para ser interrogado por una serie de incendios provocados el pasado invierno en Portland.

La huida había sido planeada cuidadosamente. Mientras Jake llegaba al vehículo, Francis encendió un reguero de gasolina que había vertido a veinte metros, creando un muro de fuego que consiguió frustrar la persecución.

La policía fue notificada. Mientras las autoridades acudían, el vehículo de la huida volvió a ser visto en la carretera 27, cerca de Hillside, lo que dio pie a una persecución a toda velocidad que pasó por los muelles, el instituto, el vertedero municipal, el puerto deportivo y, por fin, en un gesto de valor calculado por parte de los Fratelli, por una carrera en la que competían otros



cincuenta todoterrenos. En la confusión provocada, los Fratelli consiguieron escapar.

El vehículo no llevaba matrícula, pero se reconoce fácilmente por los numerosos agujeros de bala producidos por la policía. Ha sido visto por última vez en dirección norte hacia Janesville, aunque otras informaciones afirman haber identificado un vehículo similar cerca de Fresno.

La prisión ha iniciado una investigación interna sobre sus procedimientos de seguridad. El guardia Emil Yonis está de baja mientras se esperan los resultados.

Los Fratelli van armados y se les considera peligrosos.

# CAPÍTULO 1

**Me llamo Mikey Walsh • Los Goonies • Nada que hacer • Otra historia de Gordi • Tres tíos con americanas sport • Los trastos del museo • Encuentro el mapa • Una X marca el lugar**

Mi nombre es Mikey Walsh. Bueno, en realidad es Michael, pero nadie me llama así excepto mi abuelo, y eso si lo recuerda. La mayoría del tiempo está tumbado en la hamaca del patio trasero, recordando cuando *él* tenía trece años. Yo también tengo trece.

Soy bajito para mi edad. No es que sea un enano ni nada, y no soy cobarde, aunque tampoco me encontrarás nunca en el aparcamiento después de un partido del equipo de Glenoaks West, esperando a mezclarme con esos gigantones. Brand me llama «canijo». Es mi hermano.

Pero no lo soy. Canijo, quiero decir. Es solo que se me ocurren mejores formas de perder el tiempo que soltar gritos sobre quién ha aplastado a quién en el partido. Lo que me va son las aventuras, aunque resulta difícil vivir alguna en este pueblecito desangelado.

Brand dice que no es que sea bajito para mi edad, sino bajito para mi tamaño. Se parte cada vez que me lo repite. Mamá me llama «menudo». Sé a qué se refieren.

Lo dicen porque, al contrario que Brand, no estoy en ninguno de los equipos, llevo *brackets*, soy asmático y me resfrío mucho, más que otros chicos, sobre todo en otoño. Y fue en otoño que sucedió esta historia, pero te la cuento en un rato.

La verdad es que octubre es mi mes preferido, aunque a mamá le dan miedo la «temporada de gripe», mi «estado» y cosas por el estilo. Eso sí, octubre es una pasada para las hojas de los árboles. Se ponen de esos colores geniales y se caen, y yo las junto en pilas para quemarlas, que es el mejor olor del mundo. Claro que también llueve un montón. Pero cuando no llueve hay un viento especial, misterioso, que parece salir de la tierra y pasar por dentro

de mí, como si atravesara mi corazón o algo así. Ya sé que no lo hace, pero eso es lo que siento. Como la magia antigua. Y, por supuesto, Halloween también es en octubre.

Vamos, que me encanta el otoño. Lo que odio son mis *brackets*, sobre todo cuando el doctor Hoffman me los aprieta una vez al mes para corregir mi mal encaje dental; es un procedimiento más lento que una babosa dormida. Además, una vez que besé a Cheryl Hagedorn (en realidad fue ella la que me besó a mí), nuestros *brackets* se engancharon y nos quedamos pegados por la boca.

Fue de lo más desagradable, y tuve que soltarnos usando sus pinzas para las cejas, con el retrovisor del Chevrolet de su padre. Después de eso ya no he podido mirarla, y supongo que ella a mí tampoco. El doctor Hoffman me preguntó si había estado masticando clavos o algo así.

La otra cosa que odio es mi asma. Brand dice que está todo en mi cabeza. Mamá dice que no, que está en mis pulmones, lo que está en mi cabeza es el cerebro. Y entonces Brand acostumbra a replicar algo como «Mikey no tiene el cerebro ahí sino en lo que usa para sentarse», y mamá le dice que cierre la boca y deje de ser tan grosero. Brand no es mal tío, pero ese es su estilo.

La verdad es que mi hermano mola bastante, puede que casi la mitad de lo que él mismo se cree. Tenía dieciséis años cuando sucedió todo este lío. Era su último curso en el instituto Astoria High, y ya estaba en un equipo semiprofesional de lucha, aunque aún no en el de fútbol.

El caso es que no se parece en nada a mí: es rubio, tiene los ojos azules y le va el culturismo. Pero no es solo un musculitos, sabe un montón de cosas.

Papá y mamá son de lo más normales. Es decir, son buena gente, pero no se enteran. Papá trabaja en el museo y mamá hace de mamá.

Vivimos en una gran casa de tres pisos con una verja blanca en el jardín, en la parte del pueblo conocida como Muelles de Goon. No está muy lejos de los muelles de verdad —Astoria es un pueblo de costa al norte de Oregón— y es más que nada lo que papá llama «un barrio obrero». Mecánicos, pescadores, trabajadores de la construcción cuando hay trabajo en la construcción; esa es la clase de gente que vive por aquí. Gente como nosotros. Si aquí hubiera lo que llaman «barrios bajos», nosotros viviríamos en ellos; al menos eso es lo que dicen los miembros del Club de Campo de Hillside. Ellos son los que llaman a esto los Muelles de Goon y a nosotros Goons. A nosotros ya nos parece bien; nos gusta quienes somos. Por eso dimos el nombre de «los Goonies» a nuestra banda.

Bueno, en realidad no es una banda, sino más bien una especie de club. Papá lo llama «una miscelánea»; como te he dicho, trabaja en el museo.

Primero está Bocazas Devereux. Es el mayor del grupo, y desde luego, el más payaso. Siempre está contando chistes o haciendo bromas o, en general, hablando sin parar. Nunca le he visto sin una sonrisa maliciosa. En el cole siempre tenía problemas de conducta. El psicólogo decía que solo intentaba llamar la atención. Yo digo que lo que intenta es reír siempre el último. Y hasta es capaz de hacer reír en diferentes idiomas; es como un experto en lenguaje o algo así: un tío con muchas lenguas. Puede contar chistes verdes en francés, italiano, alemán y portugués (yo ni siquiera sé dónde está Portugal). También es un loco de los ripios. A veces ni siquiera habla en rimas a propósito, lo hace automáticamente. No solo eso: puedes señalarle cualquier tema, por ejemplo, las vacas, y en cinco segundos te crea unos versos, como «La vieja vaca la lengua saca mientras hace...» (ya te imaginas el final). En fin, Bocazas sabe hacerlo mejor que yo. Y mucho más divertido. Si la situación se presta a un chiste o a un comentario de listillo, él es siempre el que no se puede contener. Su padre es fontanero, y eso debe de tener mucho que ver con el asunto: me parece que es un oficio en el que conviene tener bastante sentido del humor.

Después está Gordi Cohen. Ya te imaginarás por qué le llaman así. Otra cosa destacada de él es que es el mejor contador de historias de este hemisferio. Me refiero a bolas de tamaño gigante. No me entiendas mal, es un tío estupendo de verdad, solo que a veces no es lo más sincero del mundo. No diría que miente, porque cree estar diciendo la verdad. Pero, de alguna manera, en su cabeza la historia pasa de ser algo que le gustaría que hubiera pasado a algo que podría haber pasado, a algo que más o menos pasó, a algo que pasó de verdad. Y una vez la cuenta, se convence de que ya la ha oído antes, así que debe ser verdad. Una vez convencido de que sucedió, se toma libertades con los detalles. Y otra cosa más sobre Gordi es que a sus padres les negaron hacerse miembros del Club de Campo de Hillside, según Gordi porque son judíos, y aquel lugar es lo que llaman un club «reservado». Pero yo creo que es solo porque son gilipollas... el club de campo, claro, no los padres de Gordi, que son muy simpáticos, aunque visten igual de mal que él.

Yo no me haría socio de ese club ni que me pagaran, y la verdad es que me alegro de que los padres de Gordi no lo arrastren a aprender a jugar a golf en vez de aprender a saltarse los barriles en el videojuego de *Donkey Kong*.

El último Goony es mi vecino, Ricky Wang. Lo llamamos Data. El tío es un genio. Lo sabe todo sobre ordenadores y electrónica y esas cosas, y

siempre está inventando aparatos molones, como anillos con linterna incorporada y hebillas de cinturón que disparan bombas de humo. Cosas muy gansas, excepto que muchas de ellas no acaban de funcionar bien. Le encantan las pelis de James Bond, y de ellas saca algunas de sus ideas, aunque a veces parece que a media proyección haya salido al vestíbulo del cine a comprar palomitas y se haya perdido la parte importante.

Pues este es el grupo. No somos muy gamberros, aunque en este pueblo tampoco acostumbra a haber nada interesante. Al menos hasta la pasada primavera, cuando nos enteramos de que el club de campo era dueño de la mayoría de los terrenos de los Muelles de Goon, donde estaban nuestras casas... y que iban a echarnos y derribarlo todo para construir un maldito campo de golf justo donde vivíamos.

Se celebraron audiencias públicas, investigaciones y estudios de impacto ambiental durante toda la primavera y el verano, y en un momento pareció que una gran empresa de Portland era propietaria de la mitad de los terrenos, pero resultaron ser solo testaferros (signifique lo que signifique eso) de los mandamases del club de campo, así que entonces pareció que todo estaba perdido, especialmente porque esos pijos de Hillside tenían mucha influencia en la capital, Eugene. Pero en el último momento se hizo una apelación y el juez dijo que los *goonies* tenían derecho de preferencia, es decir, que podíamos pagar nuestras hipotecas si queríamos y si teníamos el dinero. Ahora sí que estaba todo perdido: si alguno de nosotros hubiera tenido dinero no estaríamos viviendo en los Muelles de Goon, para empezar.

Hacia el Día del Trabajo ya sabíamos seguro que nos iban a echar, y que tendríamos que esparcirnos al viento como cuando soplas un diente de león, y que no volveríamos a vernos nunca.

Llegó la orden de desalojo. Para el 25 de octubre teníamos que largarnos. Pensé en escaparme de casa, pero no me pareció justo echarles encima otra carga a mis padres. Bocazas era partidario de ir a destrozar el club de campo, y tengo que admitir que la idea era tentadora.

Pero, por alguna razón, pasaron las semanas y no llegamos a hacer nada de nada, y de repente era 24 de octubre. Tengo que confesarlo: me puse muy depre. Estaba hecho polvo de verdad.

Pero entonces el extraño viento de octubre entró por la claraboya de la buhardilla y de repente sentí que iba a pasar algo. Y pasó.

Así que esta es la historia de lo que sucedió durante aquellos dos largos días del pasado otoño, los anteriores a la fecha límite para que desalojáramos.

Sé que muchas partes van a resultar difíciles de creer, pero juro que cada palabra es cierta.

Todo comenzó con Brand y yo sentados en el salón de casa, mirando por la ventana. Bueno, en realidad era yo el que miraba; Brand colgaba por los talones de su máquina de ejercicio. Él siempre encontraba algo que hacer, pero yo estaba tan aburrido que había empezado a ponerme de mal humor.

—Por aquí nunca pasa nada interesante —dije. Brand no contestó; él sí que se lo estaba pasando bien boca abajo. Pero yo lo decía en serio: el pueblo estaba muerto.

Quizás no fuera tan mala idea largarnos, a fin de cuentas. A ver, un montón de chicos viven aventuras, como Tom Sawyer y Luke Skywalker y Jim Hawkins. ¿Y qué vivía yo? Sesiones con el ortodontista.

—Quién necesita los Muelles de Goon, quién necesita esta casa. No puedo esperar a pirarnos de aquí —me lamenté, y esta vez sí llamé la atención de Brand.

—¿En serio?

Seguía colgado, pero me había entendido perfectamente; siempre veía a través de mí como si yo estuviera hecho de gelatina de limón. Solo con su forma de preguntarme «¿en serio?» me hizo comprender a mí mismo lo que acababa de decir.

—Qué va —le contesté—. Solo lo decía por sentirme mejor. Intentaba consolidarme.

—Será «consolarte» —dijo. Como ya he mencionado, sabe mucho.

—Eso —repliqué.

—Sé cómo te sientes, enano. Desde luego, voy a echar de menos todo esto —reconoció.

Yo también. Sin duda. Usé mi inhalador Promotene para el asma —sentía el pecho un poco cargado— y empecé a vagar por la casa.

Cocina. Ninguna novedad. Comedor. Nada de nada.

Salita de la tele. La encendí, pero era sábado por la mañana y solo daban dibujos animados, es decir, nada.

En el sillón había un ejemplar de la revista humorística *Mad*, así que me senté y lo cogí. En la contraportada aparecía una cosa llamada «póster plegable», que es como los desplegados de las revistas guarras pero al revés: muestra una imagen y un texto, algo como «Tiremos la bomba a los rojos», pero cuando doblas la página sobre sí misma, como si fuera un acordeón, de repente se forma una imagen diferente del todo y dice «Prohibid la bomba» o

algo por el estilo. Es como una especie de mensaje secreto oculto dentro del original. Si no lo has visto nunca, seguramente no sabrás de qué hablo, aunque espero que te hagas una idea. El caso es que, si sabes de qué va el asunto, a veces puedes entrever la imagen y el mensaje secretos sin necesidad de doblar la página.

Esta vez lo vi claramente. Qué rollo.

En la mesa había un puzle a medias, y en eso sí que soy bueno. Es como si «viese» dónde va cada pieza, sin ni siquiera intentarlo. Hay gente que hace una pila con todas las piezas azules, otra con todas aquellas en las que salen flores, y los resuelven así, de forma casi científica. Yo no; con un vistazo me basta. Es algo instintivo.

Cuando tenía doce años, el psicólogo del cole me dijo que en los tests se me daba muy bien el «análisis de relaciones visuales», aunque mi nivel de lectura estaba por debajo de la media. No es que no me guste leer, sí que me gusta. Es solo que, en cuanto me pongo, veo la escena en mi mente y es como si me montase la película en mi cabeza, y me pierdo en las «relaciones visuales» y me desconcentro y ya no sé ni por dónde iba.

Bueno, pues cogí una pieza del puzle, entrecerré los ojos, le di la vuelta... y la coloqué perfectamente en su lugar, pegada a otra pieza. Todo por instinto. Y si algo he aprendido de Obi-Wan Kenobi es a confiar en mis instintos.

Entonces apareció Bocazas. No hacía faltar ser un genio para ver que Brand y yo estábamos depres; perfecto para él, porque no era ningún genio, así que enseguida intentó animarnos.

—¿Qué es esto? ¿Me he metido por equivocación en la funeraria Finklestein? Miraos, ahí tirados como si fuese la fiesta del Sábado Nuclear. ¡Venga, tíos, que es nuestro último fin de semana juntos! ¡El último finde de los Goonies! Como despedida tendríamos que liar una de las gordas: conducir por la costa, ligarnos a unas nenas, tragar cerveza... —Sin dejar de hablar ni un segundo le dio una palmada a Brand en la barriga y se puso a imitar a John Belushi en el programa *Saturday Night Live*—: «¡Pero noooooo! ¡Tuviste que estropearlo *todo*! Tuviste que ir y *catear* el examen del carné de conducir...».

Brand alargó un brazo para pegarle un sopapo, pero Bocazas dio un saltito hacia atrás; sus pies eran aún más rápidos que su boca. Aun así lo habría atrapado igualmente, de no ser porque sonó el timbre y los tres nos quedamos parados.

—¡Alerta de pardillos! —gritó Bocazas.

Todos miramos por la ventana y vimos a Gordi ante la puerta. Llevaba su camisa hawaiana más hortera, pantalones escoceses y calcetines negros. Si no

hubiera sido un Goony, tendría serios problemas llevando ropa así. Se echó a gritar:

—¡Eh, tíos, tenéis que dejarme entrar! Acabo de ver algo de lo más alucinante...

Bocazas le gritó de vuelta:

—¡Primero tienes que hacer el supermeneo!

A Gordi no le hizo ninguna ilusión, pero suspiró, se levantó la camisa para mostrar sus chichas y empezó a bailar un *twist*, de forma que todo se le agitó como un flan. Como siempre, Bocazas se partió de risa, pero a mí me puso aún más depre. A ver, Gordi era un tío majo, y no era que Bocazas no tuviera otras cosas de las que reírse; yo también, la verdad.

—Corta, Bocazas —le dije, y fui hacia la ventana. Habíamos montado todo un sistema para abrir la puerta desde allí, así que dejé caer un palo desde el marco hasta el porche, sobre una bola de bolos que rodó por una pista y cayó en un cubo que tiró de un cordel que cerró un fuelle e hizo volar un globo hacia un alfiler que lo pinchó y el ruido asustó a nuestro conejo, Felix, que empezó a dar vueltas en la rueda de su jaula y esta hizo que se abriera una válvula que puso en marcha los aspersores del jardín delantero con las aspas de uno conectadas por otro cordel a la puerta, que se abrió al girar este.

A los Goonies nos molaban esa clase de cosas. Creo que es porque no podíamos controlar nada más de nuestras vidas o del mundo, como la guerra nuclear o el hambre o los vertidos tóxicos o dónde estaríamos viviendo la próxima semana o qué había para cenar, pero sí podíamos encargarnos de cada detalle de un invento o un chiste que nos contásemos o de los *snacks* que nos comíamos a escondidas entre comidas.

El caso es que hice que se abriera la puerta a mi manera, y Gordi entró. No lo veía tan emocionado desde aquel sorteo en el Burger King.

—¡Teníais que haber estado! —dijo; no pudo esperar ni a haber entrado del todo—. ¡Coches de la poli persiguiendo un todoterreno! ¡Lo más alucinante que he visto en mi vida!

—¿Más alucinante que cuando Michael Jackson entró en tu casa para usar el lavabo? —le pregunté.

—¿Más alucinante que cuando te comiste tu propio peso en *pizza* del Straw Hat? —se sumó Bocazas.

—¿Más alucinante que aquella vez que salvaste a todos esos viejos del incendio en la residencia? —añadió Brand.

Como he dicho, Gordi largaba más bolas que un tenista profesional, así que ninguno de nosotros le creímos.



—En serio, tíos, esta vez es de verdad. Estaba en Maloney's jugando a *Star Wars*, y...

—¿Destruiste todas las torres?

—No, porque me quedé mirando cuando pasó un coche acribillado a agujeros de bala y...

—¿«Acribillado»? ¿Dónde has aprendido esa palabra, en *Dick Tracy*?

—No, tío, es la verdad, y la poli lo perseguía, y todos disparaban...

—... y entonces tú apuntaste a los malos con tu arma de *Star Wars* y los vaporizaste.

—Que no, en serio...

—Gordi, ¿no te estarías tomando el nuevo batido doble de chocolate de Maloney's en ese momento?

—Sí, ¿y qué?

Bocazas asintió.

—Es por el subidón de azúcar. A alguna gente los pone como alelados. Recuerdo que una vez...

Antes de que Bocazas pudiera volver a enrollarse o de que los demás pudiésemos volver a reírnos de la trola de Gordi, de repente oímos la música de James Bond, que llegaba a todo volumen desde fuera. Yo sabía lo que eso significaba, así que fui a abrir la ventana lateral de par en par.

Era Data, que entró volando. Bueno, no exactamente volando: teníamos una cuerda de nilón resistente hasta noventa kilos que iba desde su habitación, en el segundo piso de su casa, hasta nuestro salón, así que cuando quería hacer una entrada espectacular avisaba con el tema de 007 en el casete, yo abría la ventana y él se descolgaba con una polea.

Eso fue lo que hizo esta vez, solo que él estaba más cerca de lo que yo creía y no me aparté a tiempo, así que me cayó encima. Los dos nos tambaleamos y yo di contra Brand, que chocó contra Gordi. Gordi no era precisamente el tío más ágil del mundo; se cayó hacia atrás y se dio de lleno contra la estatuilla que había en la mesilla, tirándola al suelo. Era de un tío en pelotas llamado David, obra de un artista muy importante que se llamaba Miguel Ángel, que también pintó la Capilla Sixtina para el papa y después parte del casino Caesar's Palace de Las Vegas, creo. El caso es que a mamá le encantaba.

Gordi se puso bastante nervioso, se levantó, cogió la estatuilla y, cuando fue a devolverla a su lugar, él y yo nos dimos cuenta a la vez de lo mismo: se le había roto la ya-sabes-qué. No quiero ser desagradable pero, como he

dicho, representaba a un hombre desnudo, así que ya te harás una idea de qué hablo.

Eso sí que era una mala noticia de verdad; mamá se iba a poner hecha una furia cuando la viera. Solo de pensar en eso sentí como un silbido en el pecho, así que volví a darle al inhalador. Gordi colocó de nuevo la estatuilla; yo encontré la ya-sabes-qué bajo la mesa y la llevé un momento a su lugar para asegurarme de que encajaba y no faltaba nada más.

—Esa es la parte preferida de mi madre —dije.

—Si no lo fuese, tú no estarías aquí —se rio Bocazas, haciéndose el listillo, para variar.

Data sacó un mapa de Estados Unidos de la mochila que siempre llevaba a la espalda y lo extendió en el suelo.

—¿Alguno de vosotros ha oído hablar de Detroit? —preguntó. Aún le quedaba un poco de acento chino; sus padres apenas hablaban inglés. Tenían un restaurante en la avenida Algonquin; mamá decía que era bueno porque no usaban demasiado glutamato.

—Detroit, una gran ciudad —dijo Bocazas—. Es donde empezó la Motown. También tiene la mayor tasa de asesinatos del país. O sea, que puedes quedarte tieso escuchando la mejor música. Mal rollo.

Data no pareció acabar de captarlo.

—Los hermanos de mi padre viven allí y tienen un gran restaurante de lujo, y quieren que él les ayude a llevarlo. Así que nos vamos a ir allí en cuanto nos quedemos sin casa mañana.

—No hables de eso —le dije. Había conseguido apartar el tema de mi cabeza por un rato y no quería volver a él—. Eso no va a pasar. Papá va a arreglarlo.

—No, a menos que reciba sus cuatrocientas próximas pagas para mañana por la tarde —dijo Brand. No era de creer en cuentos de hadas y vivir en las nubes, como, según él, hacía yo a veces. Lo que yo decía era que por qué no vivir en las nubes: la realidad a veces es un desastre. Una vez vi una pintada en la puerta de un retrete del lavabo de tíos del cole que decía: «La Tierra siempre te aplasta, pero no es de Gravedad». A veces eso es muy cierto. Y, como si pretendiese demostrármelo, en ese momento Brand señaló hacia la ventana y nos hizo un gesto.

—Venid a ver esto.

Fuimos a su lado a mirar.

Había tres tíos con americanas *sport* en nuestra entrada, mirando la casa de arriba abajo. Nuestra casa. Uno de ellos hablaba, y extendió un brazo,

señalando los terrenos como si fuera un maldito explorador reclamándolo para su país. Pensé que en cualquier momento iba a plantar una bandera. El tío a su lado llevaba uno de esos aparatos de topógrafo que son como un telescopio sobre una brújula en un trípode; lo apuntaba hacia nuestro garaje. Señaló, dijo algo y los tres rieron. Entonces el tercer tío cogió una rama del suelo, imitó un *swing* de golf con ella y volvieron a reír. Me dieron ganas de vomitar.

—Mira cómo se ríen —dijo Brand.

—Casi están babeando —dijo Bocazas.

—No pueden ni esperarse hasta desalojarnos mañana —dijo Data.

—Y cargarse los Muelles de Goon —añadió Bocazas—. «Donde hay dinero no manda Goony».

Brand comentó:

—Cuando derriben la casa, espero que hagan aquí la trampa de arena del campo...

—... y les caigan todas las pelotas y no las puedan sacar. —Solté una débil risita.

—Esto es la guerra —dijo Data. Se le veía cabreado de verdad. Me vi venir lo siguiente—: Venga, Mikey, abre esa ventana. Yo me encargo de ellos. Tengo preparadas todas mis armas de asalto de agente secreto.

Se abrió la chaqueta y se quitó el reproductor de casete que llevaba colgado del cuello. Tenía atada al pecho una especie de caja casera con cordeles que salían de los lados y acababan en pequeñas argollas de plástico, como la cuerda de la que tiras para que las muñecas hablen.

Después sacó de la mochila unas gafas de sol estilo aviador, se las puso, las conectó a la caja de su pecho con una especie de cable adaptador y gritó: «¡Gafas del Poder!» a la ventana, mientras tiraba de una anilla de color amarillo.

Todos dimos un paso atrás; nunca se sabía lo que podía suceder cuando Data usaba uno de sus inventos. Lo que ocurrió esta vez fue que de los lados de las gafas salieron proyectados dos dardos con punta de ventosa de plástico. Estos se pegaron en la pared y las gafas salieron disparadas con ellos.

Dudé de que aquel fuera el efecto deseado; desde luego, Data no pareció muy contento. Gritó aún más fuerte: «¡Mandíbulas de la Muerte!», y tiró de otra anilla, mientras nosotros dábamos otro paso atrás.

De su pecho salió disparada una dentadura de juguete al final de un muelle de metal, como un Slinky pero más grueso. Los dientes volaron por la sala abriéndose y cerrándose con un ruido como de ametralladora, hasta que

se clavaron de un mordisco en las cortinas y se quedaron allí pegados, cerrados como las mandíbulas de un perro callejero con una rata muerta.

Data intentó sacarlos, pero no pudo. Tiró de un par de anillas más y no pasó nada. Estaba empezando a agobiarse de verdad, hasta que Bocazas le pasó el brazo por el hombro.

—Tranquilo, cero cero siete.

Pero lo dijo en tono amable.

No importaba que los inventos de Data no funcionasen muy bien; la intención es lo que cuenta. Todos valorábamos sus esfuerzos, igual que él apreció el comentario de Bocazas, que por una vez pareció no tener nada más que decir.

Entonces entró mamá. Tenía unos cuarenta años, pero a pesar de su avanzada edad seguía siendo más guapa que las demás madres. Antes había hecho de modelo de parkas para el catálogo de los grandes almacenes Sears.

El caso es que ahora tenía un brazo roto, en cabestrillo, por un accidente con la secadora. Recuerdo que una vez yo también me rompí el brazo, cuando me caí en la excavación de las obras de una nueva urbanización, los apartamentos Cuesta Verde; el doctor tuvo que volvérmelo a poner bien de un tirón, me aseguró de que no había otra forma. Lo recordé mientras mamá entraba, así que lo tuve fresco para cuando fuimos al faro, pero ya llegaré a eso más tarde.

Mamá entró con la nueva mujer que iba a ayudar en casa. Era italiana.

—Chicos —nos dijo—, os presento a Rosanna.

Todos la saludamos con la mano. Gordi se colocó justo ante la estatuilla de David para que mamá no la viera.

—Rosanna no habla mucho inglés —siguió mamá— y tiene que ayudarme con las cajas. Me preguntaba si alguno de vosotros... en fin, sé que algunos dais clases de italiano...

—Yo hablo un italiano perfecto, señora Walsh —intervino Bocazas. Como he dicho, era capaz de enrollarse en muchos idiomas.

—Fantástico, Clarke. —Mamá le sonrió; el nombre oficial de Bocazas era Clarke, y así lo llamaban la mayoría de los adultos—. Necesito ayuda para explicarle unas cuantas cosas; si puedes venir con nosotras unos minutos...

—Sí, señora —contestó él. Data me miró y puso los ojos en blanco. Brand volvió a colgarse cabeza abajo.

Mamá se fue con Bocazas y Rosanna. Gordi me dirigió una expresión de agobio y cogió la estatuilla, que tenía un agujero enorme en la entrepierna.

—¿Crees que tu madre va a notar lo? —preguntó con una sonrisa forzada.

Le di un tubito de cola de impacto y le pedí que hiciera algo bien por una vez. Después seguí a Bocazas para asegurarme de que no fuera demasiado impertinente con mi madre.

Estaban ante la cómoda del dormitorio de mis padres.

Yo me quedé a la puerta. Mamá hablaba con Rosanna, lento y levantando la voz, como si eso fuera a ayudarla a entender algo.

—Los calcetines y la ropa interior van en el cajón de arriba, las camisas y blusas, en el segundo, y los pantalones, en el de abajo. Siempre hay que separar la ropa. —Se volvió hacia Bocazas—. ¿Puedes traducirle esto?

—Claro, señora Walsh —asintió él, que se dio la vuelta y dirigió a Rosanna unas palabras en italiano, que más tarde me dijo que significaban: «La marihuana va en el cajón de arriba, la cocaína y el *speed*, en el segundo, y la heroína, en el de abajo. Siempre hay que separar la droga». Bueno, eso es lo que él me dijo que le había traducido, y yo me lo creí porque Rosanna puso una cara de lo más escandalizada.

Mamá se limitó a sonreír. Salieron al pasillo por la otra puerta, y señaló la trampilla del techo:

—Ahí está la buhardilla. El señor Walsh no quiere que entre nadie ahí. Nunca. —Y volvió a asentir a Bocazas.

Según él, esta vez lo tradujo como: «Nunca suba allí, es donde el señor Walsh tiene sus aparatos de tortura sexual». Esta vez no me cupo duda: la cara morena de Rosanna se puso blanca, así que el resultado fue una especie de color beis.

Después, mamá abrió el trastero.

—Aquí dentro encontrarás todo lo que necesites: escobas, fregonas, insecticida, abrillantador...

Cuando Bocazas acabó su traducción, Rosanna parecía dispuesta a coger el primer avión de vuelta a Italia.

Y es que lo que le dijo fue: «Si lo haces mal, te van a encerrar aquí con las cucarachas durante dos semanas, sin comida ni agua».

Yo noté la expresión de Rosanna pero mamá parecía que no, así que me fui. No me gustaba cuando Bocazas hacía esas cosas, como meterse con la barriga de Gordi o con una pobre señora que aún no dominaba el inglés. Hablando de Gordi, me pregunté cómo le iría con la cola, así que bajé al salón, donde oí que la tele estaba encendida.

Brand la estaba viendo, mientras Data observaba a Gordi acabar la reparación. Como me daba la espalda, caminé hacia el otro lado de la mesilla, justo cuando él acababa de dejar la estatuilla.

—¿Qué te parece? —me preguntó.

El muy tontaina había pegado el trozo al revés... así que ahora apuntaba hacia arriba.

Todos nos reímos, hasta Brand, que le dio un coscorrón a Gordi. La verdad es que quedaba como para partirse de risa, aun sabiendo que nos iba a traer problemas.

Brand hizo un comentario guarro, pero creo que mejor no escribirlo aquí.

Oímos como los demás volvían bajando las escaleras.

Data chascó los dedos, cogió una hoja de la planta que teníamos en una maceta y la pegó con celo a la entrepierna del David.

Nos fuimos todos a jugar a canicas y ver una vieja peli de Abbott y Costello, justo cuando mamá aparecía con Bocazas y Rosanna, que parecía totalmente asqueada. Él no me contó en el momento lo último que le había dicho, pero seguro que no había sido nada muy amable.

Mamá le dio un beso en la mejilla a Bocazas.

—Gracias, Clarke, ha sido muy amable por tu parte.

—«Amable» es mi segundo nombre, señora Walsh.

Me dieron ganas de vomitar. Entonces mamá vio la estatuilla; tenía una especie de sexto sentido para esas cosas.

—Lawrence... —dijo con un tono duro. Lawrence era el otro nombre de Gordi. Y es que mamá también tenía un séptimo sentido para saber quién había hecho qué.

Señaló hacia la estatuilla con una mano, mientras extendía la palma abierta de la otra. Gordi se la llevó.

Mamá apartó la «hoja de parra». Alucina: la cola había empezado a despegarse, de forma que la ya-sabes-qué se fue un poco hacia delante, apuntándola directamente a ella mientras miraba.

Volví a usar el inhalador. Rosanna se santiguó. Creo que ella y yo éramos las dos únicas personas en la sala con un mínimo de sentido común.

Mamá iba a decir algo, pero debió decidir que no valía la pena, porque se lo pensó y dijo otra cosa:

—Voy a acompañar a Rosanna al colmado. Volvemos en más o menos una hora. Brandon, quédate en casa con Mikey. Parece que va a llover, y no quiero que salga con su asma.

Me metí el inhalador en el bolsillo.

—Tendríais que meterlo en una pecera de plástico, como al «niño burbuja» —dijo Brand. Lo de mi asma le resultaba molesto.

—Lo digo en serio, Brandon —contestó mamá—. Como dé un paso fuera, tú te vas a meter en un lío de... de... —Pensó un momento, buscando alguna expresión lo bastante molona como para que él le hiciera caso— ... de pelotas. —Y le dedicó una de esas dulces sonrisas de «ni se te ocurra desobedecerme» a la vez. ¡Muy bien, mamá, tú sí que molas!

Brand puso los ojos en blanco, y mamá y Rosanna se fueron. En cuanto salieron por la puerta, Brand se echó encima de mí.

—¿Quieres un problema de respiración? ¡Toma problema de respiración! —Y me cogió del cuello con el brazo. Yo de ninguna manera iba a poder liberarme, pero al menos conseguí atizarle un par de codazos en las costillas. Por fin, cuando empecé a quedarme sin aliento, me soltó.

Bocazas tenía una expresión pensativa, lo que nunca era un buen signo.

—Oye, ¿qué piensa hacer tu padre con todas las cosas de la buhardilla? —preguntó.

Lo que había eran trastos del museo. Concretamente, del Museo Histórico de Astoria. Cuando hacía tres años se había trasladado al edificio Endicott, montaron una gran exposición para recaudar fondos con sus artefactos más antiguos, y papá fue el encargado de transportarlos.

Algunas de las cosas que no cupieron acabaron guardadas aquí «temporalmente» hasta que terminasen la mudanza, aunque los jefes del museo se olvidaron y se volvió «permanente».

—Va a devolverlas al museo —le contesté—. O a quien elijan como nuevo ayudante del curandero.

—Curador —volvió a corregirme Brand. A veces era él quien resultaba un plomo, asma o no asma.

Bocazas abrió los ojos tanto como la boca.

—Eso quiere decir que al final acabarán en manos de los ricachones, para variar. ¡Subamos y veamos si hay algo que podamos llevarles a *nuestros* padres!

—¡Sí!

—¡Mola!

—¡A por ello!

Todos se levantaron de un salto y corrieron a la buhardilla, como si fuese la mejor idea que se les hubiera ocurrido nunca.

Todos menos yo.

—Eh, tíos, que mi padre es el responsable de todos esos artefactos. No os carguéis nada. ¿Brand? Oíd, que seguro que el museo tiene una lista de los objetos por alguna parte. ¿Tíos?

Pero ya se habían ido, así que yo metí las canicas en su bolsa, me la guardé en el bolsillo y los seguí.

Al final, toda esta historia fue una cuestión de, ejem, historia. Estábamos a punto de descubrir una historia... y de hacer historia.

Para cuando llegué arriba, ya habían abierto la trampilla y bajado la escalera. Brand subía delante con una linterna, y el resto le seguían. Como siempre, yo era el último.

Una vez arriba no pudimos evitar quedarnos como estatuas, mirando alucinados. Yo no había estado nunca en la buhardilla —papá no nos lo permitía—, así que me sorprendí tanto como el que más.

Para empezar, estaba muy oscuro. Había una claraboya en el techo, pero las nubes de tormenta que había visto mamá se habían vuelto muy gruesas, de colores negro y púrpura. Aun así, veíamos bastante bien gracias a la linterna de Brand. Se trataba de una habitación enorme, vieja y polvorienta, llena hasta los topes de las cosas más increíbles que puedas imaginarte; cosas históricas, algunas con cientos de años: pinturas al óleo, esculturas, muebles antiguos rotos, trajes, arpones para cazar ballenas, objetos de piratas y de indios. Alucinante.

—No puedo creerme que tengas cosas tan molonas en tu casa —susurró Bocazas.

—Es la mejor colección de basura que he visto nunca —dijo Gordi.

De repente, un destello de luz atravesó la claraboya seguido del estallido de un trueno; un segundo después, las gotas de lluvia chocaban contra el cristal y dibujaban extrañas sombras sobre nosotros. Tengo que reconocer que me impresionó un poco.

—Vale, ya lo habéis visto —dije—; ahora vámonos.

—¿Qué te pasa, ya tienes miedo de nuevo? —dijo Brand.

—Sí, igual que tú en el ascensor —le contesté. Sabía que eso le iba a hacer rabiar. Odiaba que le recordasen aquella vez en que estuvimos en un ascensor que se quedó parado entre dos pisos y a él le dio un ataque de pánico; yo simplemente usé el telefonillo de emergencia y fui como el héroe del momento. A ver, yo creo que todos tenemos miedos a los que enfrentarnos, pero Brand lo ve diferente. Decidió que alguien había echado polvo de ángel u otro alucinógeno en el conducto de ventilación y por eso se le había ido la olla, y que yo debía de ser inmune o algo así. El caso es que me hizo prometer que no se lo contaría a nadie.



Así que, cuando lo mencioné ahora, volvió a apretarme el cuello con el brazo y me susurró:

—Cállate con lo del ascensor. Me has entendido, ¿eh?

Asentí como pude con la cabeza aplastada, así que me tiró al suelo. Eché a toser y no paré hasta volver a usar el inhalador.

—¿Podemos irnos ya? Aquí hay mucho polvo; creo que me ha dado un ataque de alergia.

Pero Brand me ignoró.

—Venga, vamos a mirar por aquí —dijo, y empezó a caminar hacia la colección. Todos le seguimos casi de puntillas, como temiendo romper algo.

Y estaba todo lleno de «algos»: una pata de palo de madera, media dentadura postiza de marfil, una máscara de morsa medio raída por los ratones, un remo tallado a mano con un extremo roto, guantes de seda desgarrados, una brújula oxidada sin la aguja, un trozo de hueso de ballena con dibujos a cuchillo (una «talla», la llamó Brand), un trozo de calavera de verdad... Era totalmente genial, y a la vez daba un poquito de yuyu.

De repente oí una voz aguda que me llamaba:

—Mikey... oh, Mikey... ven conmigo... ven y bésame...

Brand dirigió allí su linterna. En una esquina había un cuadro a tamaño natural, rasgado en algunas partes, que mostraba a un capitán pirata y una mujer desnuda; de una raja en la boca de esta salía una lengua muy real que se lamía los labios.

Al principio me llevé un buen susto, pero entonces me di cuenta de que aquella lengua solo podía pertenecer a Bocazas, que estaba escondido detrás del cuadro.

—Ven aquí, Mikey —dijo, imitando la voz de un espectro—. Hazme sentir mujer.

—Yo voy a hacerte sentir como un saco de boxeo —replicó Brand.

—Para de hacerte el perverso, Bocazas —le contesté yo—; te estás cargando el retrato.

Él salió de detrás del cuadro.

—Tranquilo, tío, que ya estaba roto. Como todo el resto de cosas de aquí: rotas, golpeadas, cortadas, aplastadas.

Volvimos a explorar.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Gordi.

—Hicieron una exposición en el museo —le expliqué— con objetos históricos encontrados por la zona.

Estas son las sobras.

Gordi asintió.

—Un poco como nosotros.

Y era cierto. Me identifiqué con aquellos restos. Empezamos a revolver por entre las pilas. Encontré un parche y me lo puse sobre un ojo. Bocazas y Data encontraron dos sombreros con plumas. Brand cogió un viejo alfanje, que es como una espada de marinos. Sentí como si hubiese visto todo eso antes. Vale, ya sé que había visto cosas así en montones de pelis de piratas. Pero no se trataba de eso; era como si aquellos objetos tuviesen un significado especial para mí. Casi como si ya antes hubiese vestido esas ropas, en una vida anterior o algo así. No es que crea en la reencarnación, pero esa fue la sensación que me dio. O quizás fue el sentimiento de «el tiempo pasa»: otros habían usado antes esa ropa, se la sacaron y se quedó tirada un tiempo, entonces nos la pusimos nosotros y también la acabaríamos tirando, y después alguien más la encontraría. Nosotros, ellos, ahora, lo que sea; todo era parte de lo mismo, ¿sabes a qué me refiero? No sé explicarme muy bien; el psicólogo del cole me dijo que mis capacidades verbales tampoco eran ninguna maravilla... aunque eso seguro que ya lo has visto.

Curiosamente, Data se puso a hablar de lo mismo, la relación entre nosotros y la gente del pasado que había usado originalmente aquellos objetos, como si tuviésemos una especie de *conexión*.

—Pensad en eso —dijo—, todo esto perteneció a gente que caminó por los mismos suelos que nosotros, se bañaron en el mismo mar, respiraron el mismo aire...

—¡Puajjj! ¿Ellos también tuvieron que respirar el aire de la fábrica de conservas de arenque? —Aquella fue la gran aportación de Gordi a la profunda conversación.

—No; por aquel entonces no existía —le explicó Data, paciente. Al ser de ascendencia china, tenía mucha paciencia, y le encantaba la historia; como he dicho, era como un gran pensador en todo—. Esto fue algún tiempo después de Cristóbal Colón —siguió—, en el siglo diecisiete. Solo tenían barcos. Eran aventureros y exploradores. Hacían mapas y capturaban indios y se pasaban el rato matándose entre ellos con espadas; ya sabes, cosas tipo Errol Flynn.

Era cierto; papá me había contado algo de eso. En un tiempo, nuestro pueblo era como un suburbio del imperio británico. Y aquí arriba, en la buhardilla, rodeados de aquella colección, yo casi podía verlo, casi podía olerlo, ¿entiendes?

Fui hacia otro rincón más a la luz del exterior, donde había apilados contra la pared un montón de fotos y dibujos enmarcados. Empecé a pasarlos.

Justo encima de mí había una raja en la claraboya. Ahora no llovía, pero se había levantado el viento y me dio en toda la cara. El viento de octubre. De repente, algo en la forma en que yo estaba parado y el extraño cielo verdoso y púrpura y todos esos objetos antiguos alrededor y el viento ominoso y el olor a moho de la buhardilla... me hicieron tener la seguridad de que estaba a punto de pasar algo.

Justo entonces miré abajo y vi un mapa enmarcado.

Lo cogí para mirarlo más de cerca, pero resultaba imposible con el cristal amarillento y lleno de polvo que lo cubría. Intenté sacarlo del marco, pero este no se movía.

Le di la vuelta; tenía una plancha de madera detrás. La única forma en que iba a poder ver el mapa sería rompiendo el cristal.

Pero no era capaz de hacerlo: mi padre era responsable de todos esos objetos, no podía ponerme a destrozarlos.

Por otro lado, el tío Art siempre decía que no se puede hacer una tortilla sin romper unos cuantos huevos. Claro que el tío Art está en libertad condicional, o a lo mejor ya ha podido entrar en ese programa de trabajo.

Entonces vi que Gordi intentaba sacar el pie de un cubo de pintura con el que había tropezado. Pensé en ayudarlo, pero no podía mientras tuviera el mapa en las manos. Eso me dio una idea.

—Eh, Gordi, sostenme esto un momento —le dije, y se lo di.

Él asintió y lo cogió. Tuve que esperar diez o quince segundos pensando en cómo ayudarlo, y entonces volvió a tropezar y se cayó al suelo, soltando el mapa, que se estrelló haciendo que el cristal se partiera en un millón de pedacitos.

Como he dicho, Gordi no era el tío más ágil del mundo.

—¿Es que no puedes hacer nada bien? —le recriminé.

Él se encogió de hombros, avergonzado, y enseguida me culpabilicé por hacerle sentir mal debido a un simple accidente.

Le ayudé a levantarse y a quitarse el cubo del pie. Después recogí el mapa, lo que me produjo una extraña sensación.

Ahora sí que salió fácilmente del marco, junto a un gran doblón. Lo juro: una verdadera moneda de oro.

El mapa, ajado y roto a trozos, estaba pintado a mano con gran detalle. Todo lo que tenía escrito estaba en italiano, con unas flechas dibujadas en una parte y pequeñas imágenes en otra. Abajo estaba firmado por un tal «Willy el Tuerto»; bueno, lo decía en italiano, pero así lo tradujo Bocazas.

Me quedé mirando y mirando la firma. No sé, había algo en ella que me dejó absorto.

Observé la parte del mapa que representaba la costa.

Me resultó de lo más familiar. La seguí lentamente con los ojos, por esa península que parecía la cabeza de un tiburón martillo y después por una parte casi recta que se iba volviendo más y más llena de cuevas hasta llegar al dibujo de una especie de acantilado montañoso; justo debajo había una gran X roja.

Fue como si me cayese un rayo en la cabeza. Por alguna razón supe que esa gran X roja era *la* gran X roja. Ya sabes, como en eso de «una X marca el lugar».

Y todo lo que te he estado contando, lo de las bromas con la señora de la limpieza y con mi madre y todas las otras gansadas, ahora eran cosas de niños.

La X marcaba el final de todo aquello.

## CAPÍTULO 2

**La más terrible de las muertes • Willy el Tuerto • Nos largamos por detrás • Paramos a por provisiones • Alerta de pardillos • Salvado por Brand • Seguimos la costa • El faro**

Todos los demás se colocaron alrededor de mí. Seguían llevando prendas piratas, sombreros y grandes pañuelos al cuello y cosas de esas.

El doblón era una gran moneda redonda con una especie de escudo de armas grabado y tres agujeros con forma de triángulos irregulares, dos en un extremo y el otro en el opuesto. También había una cruz estampada cerca del tercer agujero, y unas palabras en italiano que rodeaban el borde de la moneda, además de unas pequeñas marcas en un lado. La levanté a la luz.

Gordi me la arrancó de la mano para mirarla más de cerca.

—Aquí dice «1532». ¿Es un año o qué?

—No, es tu puntuación máxima del *Donkey Kong* —dijo Bocazas.

Data pasó un dedo por el mapa, siguiendo el dibujo de la costa, como si estuviera pensando en algo muy profundo.

—Quizás es la pinta que tenía esto —dijo— antes de que pusieran todos esos Wendy's y McDonald's.

—O sea, antes de que pusieran todo lo que mola —añadió Gordi. Estoy seguro de que algún día va a conseguir trabajo en las tertulias de las noticias de la tele, dando el punto de vista contrario al resto. Brand señaló las palabras en italiano de la parte de arriba del mapa.

—¿Qué dice aquí?

Bocazas tradujo:

—Dice: «El padre... de Gordi... se cepilla... ovejas...».

Gordi le dio un buen golpe en el costado, pero Bocazas se limitó a soltar esa molesta risita suya. Después se puso serio y volvió a traducir el texto, esta vez, de verdad:

—«El rufián que intentare descifrar el contenido de este mapa pagará su osadía con la más terrible de las muertes».

Todos le miramos como si estuviese vacilándonos de nuevo, inventándose rimas solo por el placer de escucharse a sí mismo, pero levantó una mano como en el juramento de los *boy scouts*; eso significaba que no mentía.

Entonces Data se puso en plan «pues vaya novedad».

—Ese mapa no dice nada original —nos explicó—. Cuando nuestros padres eran como nosotros, todo el mundo buscaba ese tesoro. ¿Nunca habéis oído hablar del pirata Willy el Tuerto?

Desde luego, Bocazas no iba a creer en nada que Data no creyera.

—Suenan a la típica chorrada de tele de sábado por la mañana para niños. Un rollo —dijo, haciéndose el listillo.

—¡Eh, que es Willy el Tuerto! —exclamé yo, intentando transmitir un poco de entusiasmo—. Fue el pirata más importante de su tiempo. Una noche papá me contó toda su historia.

—Bueno, papá te contaría lo que fuese con tal de que te durmieras de una vez —dijo Brand. Era inútil discutir con él cuando se ponía así.

—Tenía un tesoro valorado en millones —seguí—, pero el rey mandó barcos a por él. Así que Willy cogió su propio barco, llamado *Infierno*, y lo metió en una cueva. Pero los soldados del rey lo encerraron dentro, derribando la entrada con sus cañones. —Lo veía como si acabara de vivirlo.

—Tu padre tendría que escribir guiones de cine —dijo Bocazas.

—Mi padre no miente —repliqué—, y dice que Willy y su tripulación se pasaron años escondidos ahí abajo, construyendo cuevas subterráneas llenas de toda clase de trampas para proteger el tesoro.

—Claro.

—Seguro.

—Lo que tú digas, tío.

Gordi miró hacia el lugar donde yo había encontrado el mapa, y al lado vio un diario enmarcado en el que se distinguía la foto de un viejo sonriente; parecía el típico barbudo buscador de oro de las películas, pero en este caso con un casco de minero. El titular encima de la foto decía: «Chester Copperpot, desaparecido mientras buscaba leyenda local», y debajo, en más pequeño, «El huraño buscatesoros afirma tener la clave del botín de Willy el Tuerto».

Data no lo veía claro.

—Nadie encontró nada nunca. ¿Por qué crees que este mapa estaba ahí tirado en vez de en la cámara acorazada de un banco?

Sus dudas me cayeron como un jarro de agua fría por la espalda.

—Pero... pero y si... y si, ¡tíos!, ¿y si esto lleva al tesoro de Willy el Tuerto?

Entonces intervino Brand, frío y racional, como un adulto que te chafa todas las ilusiones:

—Tíos, quitaos toda esa ropa. Mamá va a volver pronto.

Y justo entonces sonó el timbre de la puerta.

Fue como si sonara el timbre de clase con el pasillo lleno de profes. Todos nos quitamos las ropas piratas y bajamos a ver quién había en la puerta, y a mostrar a quien fuese que éramos chavales amables y educados.

Eran los tres tíos de las americanas *sport*. Estaban tras la mosquitera de la entrada, como si fuesen tres insectos pegados. El más feo seguía ensayando su *swing* de golf.

El que estaba más cerca habló:

—Hola, chicos. Soy el señor Perkins, el padre de Troy.

Perkins era uno de los dueños del club de campo; no existía un desgraciado mayor en toda la galaxia, quizás con la excepción del idiota de Troy, su hijo.

Pero Brand mantuvo la calma.

—Mi padre no está en casa, señor Perkins.

—Bueno, pues ¿está tu madre en casa?

Vaya desgraciado.

—No, señor —dijo Brand—, ha ido al súper a comprarnos pañales a los niños.

Perkins rio como si alguien le hubiera dado clases de cómo debía hacerlo, y se detuvo de repente como si se hubiera olvidado de cómo seguir.

—Bueno, pues puedes darle estos papeles a tu padre para que los lea... y los firme. Alguien de mi despacho pasará a recogerlos mañana por la mañana.

Brand cogió los papeles y le cerró la puerta en los feos morros.

—¿Qué es eso? —pregunté, aunque ya lo sabía.

—Cosas de papá —contestó. Ahora era él quien se había quedado de lo más depre.

Echamos un vistazo a los papeles, pero era todo palabrería legal, demasiado complicada. Miramos por la ventana cómo se alejaban los tres hombres-insecto. No era nada complicado describirlos: basura con dinero.

Recuerdo haber visto una vieja peli en la tele, *Vive como quieras*, sobre un banquero muy estirado y tacaño que va a desalojar a los protagonistas, que son buena gente y acaban convenciéndole a base de cariño y generosidad de

que es mejor ser amable y divertirse que ser rico, así que el banquero no los desaloja y se pone a tocar la armónica. Pero, claro, esas cosas solo pasan en el cine.

—Si encontrase un tesoro con ese mapa —dije— pagaría todas las deudas de papá y la hipoteca, y entonces él podría dormir de noche en vez de quedarse sentado intentando encontrar la forma de que no nos vayamos.

—Sí.

—Y yo.

—Y yo también.

Brand me tiró de los pelos.

—Ya puedes ir olvidándote de tus aventuras, pulmón flojo. Si te vas, mamá me va a castigar a mí sin salir, y tengo una cita con Andy el sábado.

—Tú sueñas, tío —le dijo Bocazas—. Además, ¿quién va a llevaros en coche? ¿Sus padres? Entonces tendrías que montártelo con ella y su madre.

—Cierra el pico, Bocazas —contestó Brand, y volvió a su máquina de ejercicio.

Saqué el mapa de dentro de mi camisa. Los demás me rodearon para mirarlo.

Fuera destelló otro relámpago, con una luz como de neón azul. El mapa pareció iluminarse por un segundo y apagarse.

Me hizo pensar que ese era mi futuro.

Así que los chicos y yo nos sentamos a discutirlo y se nos ocurrió un plan genial.

Esperamos a que Brand estuviera sentado, apoyado en el respaldo recto de la máquina y tirando sobre su pecho de los extremos del aparato extensor de hilo de alambre para hacer pectorales. Nos colocamos sigilosamente detrás de él y, en cuanto acabó la quinceava extensión de su tercera rutina y bajó los brazos a los lados como bultos de gelatina temblorosa, entramos en acción.

Bocazas le sujetó los brazos, Gordi y yo cogimos el extensor y lo atamos alrededor de su pecho y el respaldo de la silla, y Data unió detrás las dos agarraderas del extensor. Brand quedó como encadenado. ¡Mola!

—¡Eh! ¡Esperad! ¡Soltadme!

Pero nos largamos a toda velocidad.

Salimos por el patio trasero. El abuelo dormía en la hamaca, supongo que soñando con las bailarinas de Ziegfeld de las pelis antiguas.

—Id con cuidado, no lo despertéis —susurré.

—Chissst, no lo despiertes tú.

—Sí, chissst.



Pero en cuanto doblamos la esquina de la casa, Bocazas dio un empujón a la hamaca y lo despertó.

Hay que entender que no es que Bocazas fuera mala persona, pero tenía una necesidad incontrolable de hacer lo que no debía. Sería genético o algo así.

El caso es que nos largamos antes de que el abuelo nos viese, huimos por el jardín y corrimos por el lado de la casa. Bocazas desinfló las ruedas de la bici de diez marchas de Brand mientras los demás montábamos en nuestras propias bicis.

Miré para asegurarme de que a Bocazas no le diera por rajar los neumáticos o algo por el estilo.

—Tuvo que cuidar 376 jardines para pagársela —dije—. Es lo que más quiere en el mundo.

—Bueno, pues ahora es lo más desinflado del mundo.

De repente oímos gritar a Brand desde el interior de casa:

—¡Mikey, voy a darte tan fuerte que cuando te despiertes tu ropa estará pasada de moda!

Eso me dio los ánimos que necesitaba: salimos a la calle a toda velocidad.

Fuimos hacia la vieja carretera de la costa, que según el mapa parecía el mejor sitio por donde empezar. Para llegar pasamos por la zona de negocios del pueblo, en la que teníamos dos cosas que hacer. Primero nos acercamos al museo.

Papá estaba en el tejado, clavando una teja. «¡Hola, papá!», le grité. Él me saludó con un brazo. Me dieron ganas de decirle adiós, por si nuestra búsqueda del tesoro nos llevara a algún lugar del que después no pudiéramos volver. No sé, fue como una premonición.

El último lugar por el que pasamos antes de salir del pueblo fue la tienda Stop-'N'-Snack. Yo iba a toda marcha, con el mapa abierto en el manillar y concentrado en llegar cuanto antes a la costa y enfrentarnos a los peligros que quizás nos esperaban. Pero, al mirar atrás, vi las otras tres bicis aparcadas frente a la tienda y a los colegas entrando.

Di un frenazo sobre la gravilla y alcé el mapa.

—¡Eh, tíos! ¿Qué pasa con esto?

Pero ellos solo me hicieron un gesto para que fuera hacia allí y siguieron. Como dicen, supongo que es difícil perder las viejas costumbres.

Di media vuelta y me dirigí hacia ellos. Como siempre, fui el último en entrar. Data compraba cromos de béisbol; la señora Keester, la anciana que

atendía, le estaba cobrando en la caja registradora. Se ve que esta estaba atascada o algo, porque ella empezó a pegarle golpes.

Data le dijo que parase, abrió la puertecita que había en la parte trasera de la máquina y empezó a toquetear los cables.

Bocazas estaba ante el expositor de revistas, con cara de tramar algo. Mientras la señora Keester estaba ocupada con Data, él metió un ejemplar de *Playboy* dentro de la revista de ciencia *Omni* y se puso a leer como si nada, concentrado en las páginas centrales.

Gordi estaba donde la comida basura y, al igual que Bocazas, tenía una expresión sospechosa. De repente cogió un pastelito Twinkie, lo abrió, absorbió todo el relleno de crema, volvió a cerrarlo y lo dejó en su sitio.

Resultó de lo más repugnante.

Fui hacia él y le puse el mapa ante las narices.

—Venga ya, Gordi; si vamos a buscar el tesoro, tenemos que hacerlo ahora.

—No te pongas nervioso. Necesitamos provisiones, ¿verdad? Nos vamos de expedición, ¿no?

Supongo que eso tenía su lógica, aunque yo estaba demasiado nervioso como para comer nada. Fui hacia Data mientras Gordi se preparaba para asaltar otro pastelito.

Data seguía intentando arreglar la máquina registradora, cosa que me cabreó un poco.

—Oye, Data, ¿si al final nos hacen largarnos de casa, adónde vamos a ir? —le recordé. Empezaba a estar depre otra vez y a tener dudas sobre nuestra aventura. A ver: si nos podían distraer una calculadora grande, una revista de tías y un pastelito de crema, seguro que no íbamos a llegar muy lejos en nuestra búsqueda del tesoro—. ¿Data? —insistí.

—No lo molestes mientras está trabajando —dijo la señora Keester.

Así que fui con Bocazas, a ver si volvía a motivarlo.

—¿Qué pasa si empiezan a derribar nuestras casas?

Pero el póster central de la revista era lo único que ahora le motivaba.

—Tranqui, tío; deja que nuestros padres lo arreglen, ese es su trabajo. El nuestro es intentar pasar el fin de semana sin quemar demasiadas neuronas.

Me quedé tan hecho polvo que tuve que volver a usar el inhalador. Cogí una revista *Mad*, la hojeé rápidamente hasta la última página y miré el «póster plegable». Adiviné el resultado, como casi siempre.

Por casualidad, en ese momento vi que en la parte más baja del expositor había unos cuantos planos viejos y polvorientos de Astoria. Cogí uno, me

senté en el suelo y lo abrí; saqué el mapa pirata e hice lo mismo, dejando uno al lado del otro.

Eran iguales.

Bueno, básicamente iguales. La línea de costa era idéntica y los barrancos y similares eran exactos en casi todo excepto por unas pocas diferencias, seguramente debidas a terremotos, maremotos y cosas así a lo largo de los años. Pero lo verdaderamente importante era que el lugar del mapa donde estaba la X coincidía con uno del plano que yo conocía bien; sabía exactamente dónde estaba.

—Sé dónde cae esto —susurré.

Era demasiado genial. Estábamos de nuevo en el buen camino. Me volví a animar del todo. Me levanté de un salto y corrí hacia Gordi para darle la gran noticia. Él estaba doblado con la cabeza dentro de la nevera de los helados, lamiendo la parte superior de las tarrinas y volviendo a ponerles la tapa. Eso era lo que más le gustaba del mundo y no estaba para interrupciones.

Así que entonces volví con Data, que seguía revolviendo cables en la caja registradora. «Data», le llamé, y justo entonces la máquina hizo un *bip* y se encendió. La señora Keester le sonrió y le pellizcó una mejilla, como acostumbraba a hacer.

De repente, la voz de Bocazas recorrió toda la tienda:

—¡Alerta de pardillos!

Miré hacia la puerta. No era una gansada de Bocazas: Troy Perkins estaba entrando.

Como he dicho antes, Troy ganaba por aclamación el premio a gilipueñas del año. No creo que se debiera a que era rico, ya que yo conocía a otros tíos de Hillside que eran tan normales como cualquiera. Pero, como también he dicho antes, Troy tenía un gran hándicap de salida por ser hijo del señor Perkins, que necesitaba unas cuantas lecciones de comportamiento de los humanos.

El caso es que Troy entró en el Stop-'N'-Snack como si fuese el dueño (seguramente lo era). Llevaba su polo de tenis de lujo, un peinado de diseño y hasta las uñas arregladas (él lo llamaba «manicura»). Te lo imaginas, ¿no?

La cuestión es que iba hablando con Andy Carmichael y Stef Steinbrenner. Andy era la chica con la que Brand quería salir el sábado por la noche, y estaba tan buena que casi hacía daño. Llevaba su uniforme de *cheerleader*, pero encima se había puesto el suéter de Troy del equipo de fútbol, con su nombre bordado junto al bolsillo. Ohoh-oh. Stef era la mejor amiga de Andy. No era ni de lejos tan guapa, pero se las sabía arreglar por sí

misma. Vivía en los Muelles de Goon, como nosotros. Andy era de Hillside. Stef llevaba gafas, Andy, lentillas. Stef una vez le había pegado un puñetazo a Lenny Dole. Fue antes del insti, pero se le quedó la reputación. También tenía otra reputación en cuanto al sexo: siempre aparecía alguien diciendo que tenía un amigo que «lo había hecho» con Stef Steinbrenner. Pero uno no puede fiarse de esas bobadas. Aunque también era cierto que tenía una forma muy especial de caminar, y sus hermanos siempre se metían en líos, y a veces ella salía con Macy y los moteros, además de que fumaba y tenía un permiso de conducir falso. Es decir, que Stef y Andy eran como opuestas la una de la otra, pero se pasaban el rato susurrándose cosas al oído e iban al baño juntas, así que supongo que también tendrían muchas cosas en común.

Troy fue directo al expositor de las revistas, le cogió el *Playboy* a Bocazas de las manos y empezó a pasar las páginas. Bocazas se lo quedó mirando fijamente como si pudiera matarlo con los ojos, pero Troy no le prestó ni la menor atención, estaba muy concentrado en las fotos.

Por fin Bocazas se retiró, sin decir ni una palabra, como si aquel desgraciado no fuera digno del esfuerzo; en vez de eso, cogió otra revista.

Stef se colocó detrás de él.

—Sigues oliendo a hijo de fontanero —dijo.

—Y tú sigues oliendo a hija de pescador —replicó él.

Los dos eran justo lo que acababan de decirse. Y creo que, a pesar de todo, se caían bien.

Andy fue hacia ellos. Troy le dirigió una sonrisa asquerosa, le mostró el póster de *Playboy* y le preguntó:

—¿Crees que estás a la altura?

Ella miró a otro lado, un poco avergonzada, como es lógico; y entonces, para empeorarlo todo, Troy soltó una carcajada, aunque no era una carcajada de verdad, era más como para demostrar su supuesta superioridad.

No sé, me hizo sentir mal.

—Tú eres mucho más guapa, Andy —le dije. Y era verdad. Vale, no tendría unos melones tan enormes como los de la del cómic de Annie Fanny, pero ¿y qué? Me entiendes, ¿no?

Ella me sonrió, y eso hizo que me temblase el estómago por dentro, como cuando en la fiesta del cole de la primavera anterior tuve que recitar *La oda del viejo marinero* ante todo el mundo, y no sabía si iba a acordarme de cada palabra pero no podía echarme atrás.

En fin, no sé, no es que yo hubiera tenido mucha suerte con las mujeres. Reconocía que tendría que intentarlo, pero no sabía ni por dónde empezar...

sobre todo con alguien tan guapa como Andy. Para empezar, esos *brackets* que llevaba yo eran tan asquerosos que tenía la impresión de que a la mayoría de las chicas les daría corte mirarme. Y eso por no mencionar que no creía que fuera muy justo pasar mis genes de tío debilucho y enfermizo a un bebé; así que, si no tenía intención de casarme, ¿para qué liarme con tener citas y esas cosas?

Troy fue hacia el congelador en el que Gordi seguía con la cabeza metida dentro, lamiendo helados, y le bajó la tapa sobre la espalda, atrapándolo.

Qué borde.

—Esta noche mi madre va a hacer *pizza* de Goony —se burló Troy—. Va a necesitar masa congelada.

—¡Déjale en paz! —le grité. El pobre Gordi agitaba las piernas como un pez en el anzuelo. Bueno, si los peces tuvieran piernas. Estaba claro que se había asustado de verdad.

Troy no contestó pero fue hacia mí.

—¿Te he oído bien? —preguntó—. ¿He oído a un Goony decirme lo que tengo que hacer?

Creí que me iba a soltar un puñetazo. Se me empezó a encoger el pecho. Iba a agacharme para esquivar el supuesto golpe, pero lo que hizo fue coger el mapa del suelo. El antiguo.

—¡Eh, suelta! —le pedí—. ¡Eso es arte! —Se me ocurrió que, si se lo cargaba, papá me iba a matar a mí. Pero tampoco iba a ponerme a darle a Troy grandes explicaciones sobre el plan.

Es decir, que él no podía saber lo importante que era, pero sí veía lo importante que era *para mí*. Lo levantó por encima de mi cabeza —era mucho más alto que yo—, cogió una bolsa de tabaco de liar del estante, lo vació sobre el mapa y empezó a enrollarlo como si fuera un cigarrillo.

—Ya no se consigue papel de fumar como este —dijo.

Intenté recuperarlo de un salto, pero él me devolvió a tierra con un golpe. Qué tío más borde. Entonces sacó del bolsillo un mechero y encendió la punta del mapa.

No podía creérmelo. Le dio una calada. ¡El mapa empezó a arder!

No podía ver eso; tuve que taparme los ojos con las manos. El muy desgraciado se había puesto a hacer anillos de humo. Entonces apareció Bocazas y alzó las cejas.

—Oye —le dijo, muy amistoso—, el ver cómo fumas ese cigarrillo me ha recordado algo.

—¿Ah, sí? ¿Qué? —preguntó Troy.

—La vez que me morreeé con tu madre —respondió él.

Troy se quedó paralizado. Caray, por la cara de enfado que puso pareció casi como si fuera él mismo quien estuviera liado con su madre. Fuese lo que fuese, el caso es que soltó el mapa y agarró a Bocazas. Yo apagué el fuego con el pie y lo cogí. Por desgracia para mi amigo, esta vez sus movimientos no habían sido tan rápidos como su lengua. Troy empezó a pegarle.

Bocazas se tapó la cara, pero Troy era mucho más grande que él. Salté sobre su espalda y lo agarré del cuello con un brazo. Pero también yo era demasiado pequeño.

Data vino corriendo y gritó «¡Cortina de humo!», extendiendo un brazo. De la manga asomó una manguera de jardín, pero en vez de cubrirnos de humo, se le quemó la manga y el brazo; tuvo que correr hasta la máquina de hielo y enterrarlo entre los cubitos.

Troy se zafó de mí con su mano izquierda y ladeó la cabeza para golpearme la mía. Pero a medio camino de mi nariz su puño se detuvo; alguien le había parado el brazo en el aire.

Brand.

—Nadie le pega a mi hermano excepto yo —dijo.

Troy me soltó y se irguió. Le tenía miedo a Brand, eso seguro. Puso esa sonrisa enfermiza de los matones cuando no están metiéndose con alguien. Me hubiese encantado verlo sudar hasta convertirse en un charco.

—No puedo esperar al lunes —dijo. Noté en su voz que tenía tanto miedo que las palabras casi le salían por la nariz—. El lunes es cuando mi padre os va a dejar a todos vosotros en la calle. —Simuló un *swing* de golf, como si fuera un profesional o algo así—. Mientras vosotros los Goonies metéis todos vuestros trastos en camiones de mudanza, yo estaré jugando un partido en lo que antes eran vuestros jardines. —Entonces soltó una carcajada que sonó como si estuviera escupiendo flema, y se dirigió a Andy—: Tenemos la pista de tenis dentro de cinco minutos. Te espero fuera.

Después salió, simulando estar supertranquilo, se sentó en su Mustang rojo descapotable y puso la radio tan alta que pudimos oírla desde la tienda.

Brand miró a Andy con una mezcla de enfado, resentimiento y celos, pero ella le devolvió otra que ojalá me hubiese dedicado a mí. Entonces fue como si Brand se derritiese, Andy se encogió de hombros como diciendo que no era buen momento, Brand hundió los suyos dando a entender que le daba igual, y Andy se dio la vuelta y se fue.

Inmediatamente desenrollé el mapa. No pasaba nada, solo se habían quemado las puntas.

Pero Brand estaba muy cabreado. Me lo cogió y me dio un papirotazo con él.

—¿Sabes cómo conseguí soltarme? —me dijo—. Tuvo que venir mamá a desatarme. Estaba muy enfadada, y yo también. Rosanna había venido con su hermano, y debió pensar que yo estaba en alguna especie de aparato de tortura sexual, gracias a Bocazas. Mamá me dijo que si no te encontraba en treinta minutos y te llevaba a casa nos iba a castigar a los dos. ¿Y sabes lo que pasó después? *Alguien* me había desinflado las ruedas de la bici, así que tuve que *robarle* la suya a la hermana de Data para venir... y es que estaba seguro de que vosotros, atontados, no ibais a llegar más lejos de aquí en vuestra gran aventura. —Entonces me pellizcó fuerte un brazo y me empujó delante de sí—. Acabas de destrozar todo el resto de tu vida, tío. —Se metió el mapa en el bolsillo trasero y miró a los demás—. Y vosotros también, sois todos historia. No necesitamos amigos como vosotros.

Bocazas posó un brazo en el hombro de Brand y empezó a cantar, muy sincero:

—*Brindo por los buenos amigos, hoy es un día especial, la cerveza que compartimos es más que cerveza...*

Y, mientras cantaba, le cogió el mapa del bolsillo trasero. Brand se lo sacó de encima de un empujón.

—Para hacer amigos no es necesario beber alcohol, pardillo.

En cuanto Bocazas tuvo a mi hermano de espaldas, nos mostró el mapa y los cuatro salimos corriendo.

Para cuando Brand se dio cuenta, nosotros ya estábamos en nuestras bicis, y para cuando llegó a la de la hermana de Data, que era como tres tallas demasiado pequeña para él, ya íbamos por la calle a toda velocidad y no había forma de que pudiese atraparnos.

En la siguiente esquina Bocazas me dio el mapa, pero yo no necesitaba mirarlo aún. Guie a los demás hasta la carretera de la costa y nos dirigimos al norte. Íbamos de camino.

Del casete de Data salía música de Bruce Springsteen.

De alguna manera, entre eso y el viento y las nubes y los oscuros abetos que seguían la costa, parecía la situación perfecta para hacer descubrimientos. Pude oler en el aire que era un momento importante.

Una de las nubes del horizonte cambió de forma con el viento, y la nueva me recordó a un barco pirata. Siempre veo formas en las nubes. Mamá dice que es porque soy un soñador, pero a mí me parecen tan reales que no

entiendo cómo es posible que otra gente no lo vea. Supongo que debe de ser como lo de los puzzles.

El que aquella nube tuviera forma de barco pirata me pareció como una especie de señal: estaba clarísimo, mi instinto no se equivocaba, y si lo seguía iba a encontrar algo gordo.

Después de conducir unos veinte minutos consulté el mapa. Cogimos la primera salida, detrás de la vieja escuela, la que lleva a la cresta de Piedmont. En la distancia vimos el perfil del Club de Campo de Hillside. Bocazas escupió.

Pasamos la cresta y la carretera de la costa hasta volver a tener el océano a la vista. Lo primero en lo que me fijé fue en tres rocas que asomaban del agua formando una especie de V. Me sonaba de algo.

Dejé de pedalear, y los demás frenaron.

—Conozco este lugar —susurré—. Es aquí.

Era el principio de la parte del mapa del tesoro que no aparecía en el plano para turistas. Estaba marcado por las tres piedras y por un alto pilar natural de roca que se elevaba desde la base de la colina sobre la que nos encontrábamos. Esta era bastante pronunciada y estaba repleta de losas partidas, cortantes; apenas había por donde bajar con las bicis. Desde luego, no hubiéramos ido por ahí de no ser por el mapa secreto.

Pero fuimos.

Era tan escarpada que tuvimos que bajar caminando.

Al llegar abajo se convirtió en una especie de camino de grava que hacía una extraña curva justo pasada la pila alta de piedra. Volvimos a montar en las bicis, aunque ahora fuimos muy lentos y con mucho cuidado.

Dejamos atrás la carretera de la costa. Primero la tuvimos a nuestras espaldas y después ya ni idea. Atravesamos un lugar lleno de árboles cubiertos de musgo, después llegamos a un ruidoso puente de madera sobre un arroyo y lo pasamos caminando de nuevo; de repente nos encontramos fuera del bosque y en una playa de piedra.

Seguimos avanzando. En un punto los árboles entraban en la playa; pasamos por entre ellos, bajamos a una hondonada y subimos a otra colina en la que había menos árboles, lo que nos dejó una vista clara del océano por debajo de nosotros. Esto fue lo que vimos:

Había una pequeña península contra la que chocaban las olas en todas las direcciones. Cerca de la entrada se observaba un pequeño cementerio con unas cuantas tumbas de cruces torcidas y medio caídas. Un poco más lejos, en



la otra punta, había un alto faro de piedra, sin la parte de arriba y torcido; casi parecía una tumba más, pero gigantesca.

Entre los dos extremos había un edificio cuadrado de un solo piso. Estaba muy hecho polvo; era de madera y estaba pintado de blanco, aunque parecía que de eso hiciera un siglo. Al igual que las tumbas, no estaba recto, o sea que una parte de él debía de haber empezado a hundirse en el suelo. Las ventanas estaban sucias y desarregladas, y sobre la fachada había un cartel de neón rojo y verde, roto, que parecía como si lo hubiera depositado allí el viento por accidente; decía Restaurante del Faro.

En la puerta se veía uno de esos cartelitos que en un lado dicen *Abierto* y en el otro *Cerrado*, pero, como ondeaba al viento, a veces mostraba una cosa y otras, la contraria.

Tengo que admitir que el lugar daba bastante canguelo. Ninguno de nosotros dijo ni una palabra.

Justo entonces, lo juro, vi como pasaba una sombra por dentro de la ventana.

Miré a los demás, pero ninguno dijo nada.

Dirigí la vista al mar. Desde allí se veían en la distancia las tres rocas por las que habíamos pasado, mucho más allá del faro. Eso me hizo venir algo a la cabeza, no recordaba qué, hasta que de repente se me ocurrió.

Saqué el doblón. Tenía tres agujeros, así que me lo llevé a la vista: encajaban perfectamente con las tres rocas y el faro. Hasta tenían las mismas formas. Y no solo eso: una X marcada en la moneda parecía caer exactamente sobre el Restaurante del Faro.

Pasé la moneda a los demás y todos miraron.

Volví a consultar el mapa. Parecía acabar justo donde nos encontrábamos, aunque resultaba difícil estar seguro, ya que tenía un pliegue en un lugar por donde había estado doblado hacía mucho, antes incluso de ser enmarcado.

Intenté alisarlo, pero me resultó imposible. Entonces recordé lo del médico que me tuvo que recolocar el hueso del brazo forzándolo en la dirección contraria. Se me ocurrió doblar el mapa hacia el otro lado para deshacer el pliegue. Y entonces fue cuando de verdad vi qué era qué.

Resultó que funcionaba igual que los «pósteres plegables» de la revista *Mad*.

Una vez doblado del todo sobre sí mismo formaba una réplica exacta del doblón, con los agujeros marcados en los mismos lugares y una X justo al lado del tercero.

Y cuando coloqué el doblón encima de donde estaban las tres rocas del mapa, la X de la moneda cayó justo en el faro.

Se lo mostré a los chicos.

—Hemos llegado —dije, señalando hacia la punta hundida en la arena del pequeño edificio cuadrado—. Ahí es donde está enterrado el tesoro.

Les mostré la X del mapa y después apunté hacia el faro.

—Por ahí.

## CAPÍTULO 3

**El Restaurante del Faro • Disparos • La vieja • La Sorpresa de pescado de Jake • El ser del sótano • Brand vuelve • El maletero de una sola bolsa • Stef y Andy • Descenso a la oscuridad**

Bocazas leyó el texto que estaba escrito en el mapa al lado de la cruz: «Diez por diez pasos en dirección punto norte».

Nos detuvimos a calcular.

—Diez por diez son cien —dije.

—Eres un genio —replicó Bocazas.

—En dirección punto norte... —añadió Data. Consultó su brújula y señaló—. El norte es hacia allí.

—¡Eso es! —concluí—. Si caminamos cien pasos al norte, encontraremos el tesoro.

A Gordi le dio un temblor.

—No sé... se está haciendo tarde. Mi madre estará preocupada. —Le entendí perfectamente; era un ambiente un poco lúgubre—. Además —añadió—, ¿qué hace ese lugar abierto en otoño? Es un local de verano; de pequeño fui una vez. Pero me parece que he visto a alguien caminando ahí adentro. Da un poco de miedo.

De repente, un coche se metió en el camino de entrada. Se detuvo frente al edificio y se bajaron dos tíos con trajes oscuros. Fueron hasta la puerta y entraron.

—¿Lo veis? —dijo Data—. No hay nada que temer.

Hay dos clientes.

—A lo mejor no son clientes —susurró Gordi—. Igual son traficantes de droga o algo.

Data no se lo tragó.

—¿Traficantes? ¿Has visto su ropa? Poliéster de tienda barata. Para un traficante, antes muerto que ponerse esa birria.

Estuve de acuerdo, aunque tampoco tenía ni idea de qué es lo que se ponen los traficantes, vivos o muertos.

Todos debimos pensar cosas similares, porque Bocazas parecía un poco desanimado.

—¿Y qué te hace pensar que nadie haya seguido antes este mapa y se largara con lo que fuera que había enterrado? —preguntó.

—Podría ser —contesté—. Pero nunca he oído de nadie que haya encontrado nada más que lo que hay en el museo. Además, por lo visto a los adultos les debió de parecer un mapa valioso, si después de desenterrarlo lo enmarcaron, lo colgaron en el museo y lo llamaron «arte».

—Vale, pero ¿y nosotros cómo vamos a desenterrar nada? —quiso saber Bocazas—. ¿Llamamos a la puerta? ¿Le pedimos permiso a quien haya ahí dentro? «Perdone, ¿le importa si le destrozamos su suelo y nos llevamos unas joyas?».

Estaban empezando a rajarse, y yo ya estaba bastante rajado como para hacerlo solo, así que tuve que intentar animarlos.

—Oíd, obviamente este lugar está abierto. Podemos hacer como que entramos para comer algo y estar ojo avisón... ¿O era «ojo avisador»?

—Quieres decir «ojo avizor» —dijo Data.

—Sí. —Era eso. Tenía que prestar más atención a la peli en que lo había oído.

Bajamos con las bicis hasta la base de la colina y aparcamos, a un lado del cementerio. Las nubes eran casi negras y pasaban como un océano agitado por encima de nosotros. Tela marinera.

Caminamos muy lentamente por entre las tumbas.

Como todas las cruces estaban en diferentes ángulos, no había forma de saber si estabas caminando por encima de una tumba o no, así que al menos intentamos no pisar fuerte. Un cementerio es un lugar donde mejor no ofender a nadie.

Me recordó aquel episodio de *En los límites de la realidad* en el que a un pistolero le retaban a que clavara un cuchillo en la tumba de un hombre al que había asesinado; él lo hace, pero sin querer se clava también la punta del abrigo, así que cuando se levanta cree que es el cadáver quien tira de él hacia sí y se muere de un ataque de pánico.

Por si acaso, me aseguré de que mi abrigo no tocara el suelo.

De repente oímos un fuerte estallido, como un fuego artificial, que venía del edificio. Nos quedamos quietos.

Sonaron dos más: ¡*Bam, bam!* Daba miedo, pero por otro lado molaba: estábamos en un cementerio, casi era Halloween y nos sobresaltaban ruidos repentinos.

—Eso ha sonado a disparos —susurró Gordi—. No esos tan fuertes de las pelis sino los de verdad.

—Disparos. Anda ya, Gordi, que no se te vaya la bola —le dije.

—Pues todo él es una bola —se rio Bocazas.

—A alguien se le habrá caído una olla en la cocina —añadí, solo como ejemplo. Creí que debía ser algo sin importancia, así que seguí caminando.

Cuando llegamos, todo estaba en completo silencio.

Bocazas miró por los cristales de la puerta principal pero, según dijo, estaban demasiado sucios como para ver nada. Data y yo fuimos a un lado del edificio, pero allí las ventanas estaban demasiado altas. Gordi fue hacia el garaje mientras yo cogía un par de cajas de naranjas para que Data y yo pudiésemos subirnos en ellas. Hecho eso, pegamos las narices a los cristales y miramos dentro.

Era un restaurante con una barra de bar, aunque parecía cerrado y, desde luego, era de lo más cutre, del estilo de esos lugares de frituras de pescado con redes rotas colgando del techo, llenas de polvo y telarañas. En las paredes había peces disecados, aunque parecían de plástico, y remos cruzados colgados con clavos oxidados. El lugar recordaba el espacio de detrás de la nevera de casa después de que nadie lo limpie en diez años.

Al fondo de todo vi a dos personas. Bueno, más bien sus sombras. Debían de ser los tíos que habíamos visto entrar. Arrastraban dos largos y pesados sacos por el suelo. Me imaginé que serían de harina, o quizás contuvieran un par de grandes peces espada, así que debían ser repartidores de comida o quizás trabajaran de pinches de cocina fuera de estación; quizás pudiesen contarnos ellos lo que pasaba.

Salté de la caja de naranjas y entré. Bocazas y Data me siguieron.

Como he dicho, estaba totalmente silencioso. El techo tenía vigas altas que absorbían casi toda la luz de las pocas bombillas de la pared. Algunos de los muebles estaban rotos, la pintura de la pared ajada. Parecía vacío, pero a la vez me sentí observado.

De repente Gordi entró corriendo, agitando los brazos y pegando saltos como loco. Cerca de la barra había una *jukebox*, una vieja máquina de discos; por un momento pareció que Gordi estuviera bailando una canción que solo él podía oír.

A veces me pasa a mí: oigo una melodía, aunque debe de ser dentro de mi cabeza, porque si pregunto «¿Has oído eso?» a alguien como Brand, me mira como si me hubiese vuelto loco. Pero suenan de verdad, lo juro, igual que las imágenes están de verdad en las nubes, igual que hay patrones en los puzzles que alguna gente ve y otros no. A lo mejor es verdad que eso me hace ser un soñador, pero ¿quién no tienes sueños?

En fin, el caso es que Gordi empezó a gritar:

—¡Tíos, tíos, tenemos que largarnos de aquí! Hay un coche en el garaje con...

Pero, antes de que pudiera acabar, el golpe de una puerta al cerrarse lo interrumpió. Pegué un bote tal que casi me hice daño al volver al suelo. Todos miramos hacia el lugar de donde había venido el ruido y vimos a una mujer. Pegué otro bote.

Era un poco vieja, pero parecía capaz de comérsenos vivos a los cuatro... y también parecía estar pensándoselo. Llevaba un vestido negro horroroso, zapatos negros, un gorro negro y espesas cejas negras. Se apreciaba un tatuaje en su brazo izquierdo. ¡Daba mucho miedo!

—¿Cuánto hace que estáis aquí? —rugió.

—El tiempo suficiente como para comprobar que este local necesita unas cuatrocientas trampas para cucarachas —contestó Bocazas. Solo él era capaz de soltar una respuesta ingeniosa tan rápido a una mujer así. A mí me sirvió para aligerarme la tensión y casi reí, sobre todo porque ahora ella le cogió una manía especial a Bocazas y se fijó menos en los demás.

Apartó una silla de la mesa más cercana y nos indicó con un gesto que nos sentásemos. Obedecimos. Ella exclamó:

—¡Jake, tenemos clientes!

Oímos un golpe seco que venía de una sala trasera, y alguien gritó:

—¿Cómo que clientes? Esto no es un... —pero se interrumpió a media frase, asomó la cabeza y dijo—: Mierda, Mama —pero muy bajito.

La vieja le chascó los dedos.

—Ve a calentar el horno.

Jake atravesó la sala hasta la puerta de la cocina, sin dejar de echarnos el ojo. Era bastante viejo, de unos treinta años, con gafitas metálicas redondas, chaleco y pinta de estar controlándose pero tener bastantes malas pulgas.

—Vale —dijo Mama—, aquí tenemos un menú muy especializado.

Debía ser broma: la mesa a la que estábamos sentados tenía una pata corta y estaba tan guarra que si mi madre la viera vomitaría. Intenté coger un

tenedor oxidado, pero estaba medio pegado por una bola de goma de mascar pasada. Asqueroso.

Los chicos se mantuvieron cautelosamente quietos, excepto Gordi, que parecía una de esas «pulgas marcianas» de tanto que temblaba y daba saltitos.

Mama siguió hablando:

—Solo servimos un plato: sorpresa de pescado fresco.

—¿Qué clase de pescado? —preguntó Gordi. La comida siempre le hacía olvidar cualquier otra cosa.

—¡He dicho que es una sorpresa! —gritó Mama, pegando un puñetazo en la mesa.

—Vale, vale, me apetece —dijo Gordi. Parecía aterrado de verdad.

De repente se me ocurrió que ella solo quería asustarnos, lo que me hizo pensar de inmediato que en realidad no daba tanto miedo. Raro, ¿no?

También se me ocurrió que si esa vieja horrible quería hacernos salir corriendo, quizás sí que había oro enterrado allí, así que me decidí más que nunca a quedarme.

—¿Y los demás qué decís? —preguntó Mama.

—Para mí solo un vaso de agua —dije. Los demás pidieron lo mismo. Nadie sabía qué pensar.

—Vale, pues una sorpresa y cuatro aguas. ¿Es todo? —gruñó.

—Yo quiero la ensalada de antipasto, los *fetuccini* Alfredo, *scallopini* de ternera y una botella de Botticelli del 81. —Bocazas hizo su imitación del acento italiano, lo que significaba que estaba tan nervioso que no podía callarse.

Se echó a reír sacando la lengua, y la vieja se la agarró (¡le cogió por la lengua!), sacó un cuchillo del vestido, le pasó el filo por la «sin hueso» y dijo:

—También tenemos otra cosa en el menú: lengua. ¿Os gusta la lengua?

Inmediatamente negamos con la cabeza. Me di cuenta de que la señora no solo quería asustarnos sino que estaba un poco ida.

Soltó la lengua de Bocazas, sonrió como si todo hubiese sido una broma y se dirigió a la cocina.

Él se llevó la mano a la boca. Me levanté a ver si encontraba una trampilla o algo donde pudiera estar escondido el tesoro. En cuanto se cerró la puerta de la cocina Gordi empezó a hablar, pero le interrumpió una discusión que venía de allí.

—Pero, *Ma* —oímos decir a Jake—, se supone que esta era nuestra cena...

—Callaos la boca —gritó la vieja—. Callaos y haced lo que digo.

Data me susurró:

—¿Y qué hay de los dos tíos que entraron antes que nosotros? ¿Qué ha sido de ellos?

Gordi se nos acercó y por fin nos contó lo que había querido decirnos antes de que apareciera Mama:

—Tíos, si no nos largamos ya, va a haber una «crisis de rehenes» —susurró—. En el garaje hay un todoterreno, el mismo que vi esta mañana, con agujeros de bala del tamaño de Big Macs...

Pero Bocazas le interrumpió:

—Qué Big Mac ni qué niño muerto. Gordi, estoy teniendo una sobredosis de tus trolas. —Supongo que Bocazas estaba un poco fuera de sí por lo de su lengua.

Entonces sucedió algo muy extraño: empezó a oírse un fuerte ruido de máquina en marcha, traqueteante, como si a una lavadora le hubiera dado un ataque. Le siguió la voz de un hombre soltando tacos, oímos pasos por una escalera, se abrió otra puerta y entró un tío de golpe, todo manchado de tinta verde oscura, y también fue hacia la cocina a paso de elefante, sin dejar de decir palabrotas, mostrando la palma de una mano, en la que tenía estampada la cara de un presidente americano, aunque no reconocí exactamente cuál.

—¿¡Cómo diablos voy a acabar ahí abajo con esa mierda de aparato de museo arqueológico!?! —gritó.

Entonces nos vio y se detuvo. Se nos quedó mirando un segundo, cerró el puño, puso cara de muy mala leche, se dio la vuelta y se fue por donde había venido, dando un portazo.

Antes de que nosotros pudiésemos decir nada, Mama salió de la cocina con una bandeja de vasos que dejó en nuestra mesa. Tenían un líquido color naranja óxido y había partículas flotando; parecía sacado del desagüe de un edificio.

La mujer nos dio un vaso a cada uno.

—¿Se supone que esto es agua? —preguntó Bocazas.

—Está mojada, ¿no? —replicó la vieja.

—Sí, sí... Muy apetitosa —dijo Data.

—Desde luego, un gran pis de mula —añadió Bocazas.

Me pareció que se la estaba jugando. La vieja lo miró con una extraña expresión. Pero así era él: siempre tenía que decir lo que no debía.

Empezó a vaciar su vaso en los otros, supongo que para molestar a la señora. El sonido de verter el agua sonaba un poco como ir al lavabo, lo que me dio una idea. Si hacía como que necesitaba ir a orinar, la vieja me dejaría



levantarme de la mesa y conseguiría un poco de tiempo y privacidad para examinar el lugar. Así que entrecerré los ojos y puse la misma cara que cuando era pequeño y casi no podía aguantarme las ganas. Eso me hizo recordar que aquel local era de los que seguro que tienen arañas en los baños; me dio un escalofrío y entonces sí que me vinieron ganas de ir.

Las puertas de la cocina se abrieron y Jake salió con un delantal cubierto de sangre y una enorme cacerola con un gran cucharón. Lo dejó en la mesa y dijo:

—Vale, ¿quién ha pedido la sorpresa de pescado?

Gordi levantó la mano, nervioso. Jake le sirvió el espeso potaje en su plato. Era repugnante, una especie de sopa negra gelatinosa con cabezas y trozos de pescado flotando. Igual está considerado exquisito en Francia o en otro país, pero a mí me revolvió el estómago.

—Qué buena pinta tiene —dijo Gordi. No supe si lo decía en serio o no. Desde luego, él sabía mucho más de comida que yo.

Mama miró en la cacerola.

—¿Ha quedado algo? —Y consultó su reloj.

Jake asintió.

—Entonces es hora de dar de comer a tu hermano —siguió ella.

—Que lo haga Francis —replicó Jake—. A mí ya me tocó anoche.

—Francis está ocupado —contestó Mama.

—Pero a mí no me gusta nada ir ahí abajo, Mama. Es...

—Es tu hermano, así que ponte en marcha antes de que se enfríe. —Y le pegó un buen empujón.

Él cruzó la sala sin mucho entusiasmo, abrió una puerta chirriante y bajó unas viejas escaleras también muy ruidosas.

Ahora que nos habíamos quedado de nuevo a solas con Mama, me pareció que era un buen momento para poner en marcha mi plan. Me levanté.

—Perdone, señora —dije, muy educado—. ¿Dónde está el lavabo?

Ella se volvió hacia mí y se me quedó mirando. Tras ella, Gordi me hacía gestos para que dejara estar el asunto, aunque dio la impresión de que volvía a bailar con la *jukebox* apagada. Y esta vez era yo quien oía mi propia música; me refiero a que me sentía en el lugar correcto en el momento adecuado.

Mama mantuvo la mirada fija en mí.

—¿No puedes aguantarte?

—Sí, Mikey —dijo Gordi—, ¿no puedes aguantarte?

Y Bocazas, claro, no pudo evitar hacer su aportación para liarlo todo. Pasó un ruidoso chorrillo de agua de un vaso a otro. Vaya memo... aunque a mí me

vino de perlas.

—¡Por favor, señora!

Ella asintió, comprensiva; quizás en algún momento había sido de verdad la *mamma* de alguien.

—Abajo a la derecha —dijo—. ¡Y no te apartes de la derecha!

Asentí y salí por la puerta antes de que cambiara de opinión. Oí que detrás de mí Gordi susurraba algo como «Mikey, no lo hagas, no puedes...», pero lo ignoré y empecé a bajar las escaleras.

Estaba oscuro, demasiado oscuro como para ver bien, y el camino era curvado, así que me agarré a la pared para seguirla. Era de piedra, fría y húmeda. La madera de los peldaños estaba podrida, no dejaron de crujir durante toda la bajada.

Al final había un largo pasillo con unas pocas bombillas desnudas colgando del techo. No había nadie más por allí, así que saqué el mapa, a ver si podía encontrar puntos que comparar o alguna otra pista. Pero no me dio mucho tiempo: de repente oí una especie de medio-rugido-medio-gárgaras al otro lado del pasillo. Me puso los pelos de punta.

Guardé el mapa y seguí el ruido. Tras dar unas pocas vueltas me condujo hasta una robusta puerta de madera.

No estaba cerrada del todo, quedaba una rendija. El ruido era mucho más fuerte, como de un animal enfermo o algo así, y mezclado con el sonido de cadenas agitadas.

No sé por qué pero no acababa de dar miedo del todo; resultaba más bien triste, raro, daba lástima.

Abrí la puerta un poquito más y asomé la cabeza dentro. Era una habitación de piedra, pequeña, casi como una celda, con pesadas y viejas vigas de madera en el techo. En la habitación de arriba debía de haber una luz encendida, porque pequeñas tiras de claridad se colaban por entre los listones. En el suelo de cemento había un delgado y sucio colchón. También había comida podrida y cacas de rata por todas partes. Contra la pared opuesta, sentada en una silla de madera, vi una gran... persona.

O más o menos persona. Era demasiado grande y su forma no parecía normal... pero resultaba difícil de ver, estaba completamente en la sombra.

Jake se encontraba frente a aquel tío, que le soltó un gruñido que no sonó nada humano. Tenía la cacerola entre manos y le habló como lo haría con un perrito.

—Aquí, chico. ¿Tienes hambre? ¿Quieres la cena?

El ser gruñó y adelantó los brazos. Eran muy gruesos, con más músculos de los que yo había visto nunca, cubiertos de pelo oscuro rizado y demasiado largos para el viejo abrigo gris que llevaba. Tenía grandes cadenas atadas a las muñecas y que iban a dar a la pared de piedra.

Gimió como un bebé hambriento. Juro que, por muy asustado que estaba yo, aquel lamento casi hizo que me echara a llorar.

Jake extendió los brazos con la cacerola justo unos centímetros más allá de hasta donde al ser le llegaban las cadenas.

—¿Qué, chico? ¿Es esto lo que quieres? ¿Tus Friskies?

El tío rugió e intentó alcanzar la comida. Me sobresaltó; sonaba como un lobo herido. Jake la dejó caer, y la sopa de cabezas de pescado se vertió por todo el suelo.

Otro grito, esta vez parecido al de un conejo atrapado en una trampa.

Jake se puso aún más sarcástico:

—Ooh, pobre chico. Lo siento, tío. Quizás mañana.

El gran ser gimió. Jake rio y fue hacia la puerta. Me dio el tiempo justo de ocultarme detrás y que pasase por mi lado. No me vio en la oscuridad y volvió arriba. Salí de nuevo y di un paso dentro de la habitación.

Había una pequeña tele en blanco y negro contra la pared; estaba encendida pero sin sonido, apoyada en unos ladrillos sobre el suelo, con unas antenas extensibles. La imagen se veía fatal. Parecía que daban una peli antigua; había un duelo de espadas y gente con pinta de estar gritando. Pensé que debía ser *El conde de Montecristo*, que no había visto pero sí había leído en su adaptación de «clásicos ilustrados» en cómic. Este sí que fue un signo clarísimo: el conde había llegado a serlo porque consiguió descifrar su propio mapa del tesoro y excavar hasta hacerse con él.

Pero el ser no parecía interesado en nada de eso. Ahora estaba de rodillas, comiendo las cabezas y tripas de pescado del suelo, que a veces cogía sin querer junto a trocitos de cemento o huesos de rata o porquería. Emitía gruñidos de satisfacción. Entonces él me oyó a mí.

Levantó la cabeza. Le vi la cara a la luz blanquecina de la tele. ¡Y el miedo que me dio!

Era calvo excepto por un único ricito en la frente, y su cabeza no tenía una forma normal. En lo alto tenía unas orejas poco formadas, más como albaricoques resecos pasados. Sus ojos no eran del mismo tamaño ni color y los tenía a diferentes alturas de la cara, uno donde le correspondía, pero el otro más bajo, a un lado de la nariz... que también era deforme, no centrada y

como aplastada, como si su cara fuera de barro y él se hubiera caído de morros.

Pero lo más triste era su boca.

Gruñó como si creyera que yo iba a cogerle su comida, así que decidí que no era el momento de discutir; me largué y rogué que las cadenas aguantaran y le hubiesen puesto todas las vacunas.

Corrí por el pasillo del sótano, subí las escaleras y llegué al salón tan rápido que empezó a silbarme el pecho.

Y entonces choqué de morros contra Brand.

Estaba sucio y magullado, y parecía muy enfadado.

Me cogió por el cuello del abrigo, me levantó en el aire y me miró tan fijamente que casi me dolió.

—La muerte sería demasiado buena para ti —dijo—. Voy a guardarte para mamá.

Jadeé más fuerte y él me soltó.

—Brand, ¿qué te ha pasado? Estás horrible —le pregunté. La verdad es que me alegraba mucho de verlo, pero entre la cosa del sótano y la pinta que tenía mi hermano de haberse caído en una picadora de carne en marcha, no sabía por dónde empezar.

—Ya te voy a contar yo lo que me ha pasado, niño —dijo en voz baja pero como si estuviera gritando—. Os estaba siguiendo en esa bici enana cuando Troy Perkins apareció a mi lado con su Mustang rojo, acompañado por Andy y Stef. Me preguntó si quería que me llevara.

Estiré el brazo para abrir la puerta, él me cogió de la muñeca y aceleró, así que me hizo ir a cien por hora en la bici. Cuando por fin me soltó, lo único que pude hacer fue rodar por la carretera hasta estrellarme contra la hierba del borde. Me levanté, vi las huellas de vuestros neumáticos y, entre eso y el rastro de envoltorios de pastelitos que siempre va dejando Gordi, no fue difícil seguiros a pie hasta aquí. Y, cuando vi tus huellas de enano que iban hacia el faro, solo tuve que usar mis enormes poderes de deducción para llegar a este punto.

—Felicidades, Brand —dijo Bocazas—. Queda claro por qué te dieron el premio de detective del año.

—Cierra el pico, Bocazas, o te lo cierro yo.

—Mira cómo tiemblo —replicó él.

Brand lo miró fijamente, y después a mí.

—Y cuando mamá acabe contigo empezaré yo.

Miré hacia Gordi, buscando un poco de apoyo, pero casi se había acabado su sorpresa de pescado y estaba claro que deseaba no haberlo hecho.

—¿Podemos irnos ya? —susurró—. Creo que voy a ponerme malo.

Entonces miré a Data, pero, antes de poder decirle nada de nada, Mama volvió a la sala desde la cocina. Parecía bastante cabreada.

—Vale, chicos, largaos. La casa invita. —Señaló el plato casi vacío de Gordi. Este escondió la cabeza bajo la mesa y no pudo evitar vomitar.

—¡Mira, ya lo has tirado todo por el suelo! —rio Bocazas.

—Venga, fuera de aquí —dijo Mama con una sonrisa forzada, intentando sonar como una madre de verdad—. Ya limpiará Jake. Andando.

Eso hicimos. De hecho, por cómo corrimos pareció que hubiésemos hecho una apuesta a ver quién llegaba antes a la puerta (ganamos todos). En cuanto esta se cerró detrás de nosotros, Mama puso el cartelito de Cerrado en la ventana. Estábamos temblando.

—Vamos —dijo Brand, y nos hizo desfilar.

Nos mantuvimos casi en silencio total hasta llegar al cementerio. Cada uno iba pensando en sus cosas. Gordi fue el primero en hablar:

—Eh, tíos, tengo que parar un momento. Me encuentro mal...

Así que paramos. Empezaba a hacerse de noche, y las sombras de las tumbas se disolvieron en los matorrales que nos rodeaban. Nos sentamos un momento y yo intenté ordenar mis pensamientos, sobre todo en lo tocante a aquella especie de ser. Al principio me pareció que no podía haber sido verdad. Pero sí.

—Vale, escuchadme. Ya sé que no me creeréis, pero os juro que es cierto. Cuando bajé al sótano entré en una habitación y ahí tenían una especie de monstruo. Un monstruo gigantesco. Lo tenían encadenado a la pared, y cuando salió a la luz y lo vi... —Se me encogieron los pulmones con solo pensar en aquel rostro, y tuve que usar el inhalador—. Tíos, le teníais que haber visto la cara. Era horrible. Parecía que todas las partes estuvieran fuera de lugar...

—Como tu cerebro, alelado —dijo Brand. Cuando sucedió él aún no había llegado, así que no vio el miedo que daba ni oyó los lamentos ni estaba interesado en encontrar el tesoro. Volvió a levantarme del suelo—. Diles adiós a tus amiguitos.

Pero antes de que pudiera sacarme de allá a empujones, Gordi dijo «¡Mirad!», y señaló de vuelta al faro. Todos nos volvimos.

Jake y Francis salían por la puerta lateral, cargando con una bolsa grande e inmóvil, más o menos del tamaño de una persona. Los siguió Mama, que

llevaba otra ella sola.

Jake abrió la puerta del garaje. Gordi se quedó sin aliento.

—¡Mirad! ¡Está ahí! —dijo—. ¡Ese es el todoterreno de la persecución de esta mañana!

Por primera vez pensé que igual su historia no era un puro invento.

El hermano mayor abrió el maletero y apartó lo que parecía un fondo falso, aunque resultaba difícil distinguir nada en la oscuridad. Jake y Francis metieron su bolsa y después lo intentaron con la de Mama, pero no cabía, así que cerraron de nuevo y volvieron a arrastrar la segunda bolsa hasta el restaurante.

—¿Qué crees que habrá en las bolsas? —susurró Data.

Nadie contestó, aunque creo que a todos se nos había ocurrido la misma respuesta.

Jake, Francis y Mama salieron de nuevo, subieron al todoterreno y se largaron.

Empezó a soplar el viento (el viejo viento de octubre) y sentí como si me pusiese todo rojo por dentro, como cuando me ponen una inyección para el asma en urgencias; estaba excitado pero a la vez muy muy calmado.

—Oíd —dije—, ahora tenemos todo el lugar para nosotros.

Todos me miraron. Me sentí... no sé cómo decirlo... mágico, de alguna forma.

A Gordi se le veía asustado y enfermo.

—Nuestros padres estarán preocupados, chicos. Venga, volvamos a casa.

—¿Qué casa? —le espeté. No me gustaba hacerle eso a Gordi, pero me salió sin pensarlo—. Dentro de un par de horas no vamos a tener casa.

Entonces todo acudió a la vez a mi mente: la vieja loca a la que le gustaban las lenguas, la cosa del sótano, las bolsas que seguramente debían contener cadáveres, lo poco valiente que era yo y el todoterreno lleno de agujeros de bala que quizás fuera el mismo al que había estado persiguiendo la policía aquella mañana. Quizás ofrecieran una recompensa por esos dos, Jake el borde y Francis el sonado.

Pero, por mal que fueran las cosas, esos tíos no iban a cargarse a cinco niños.

Y también pensé que, sin la menor duda, había un tesoro enterrado por allí, y que iba a ser nuestro si sabíamos cómo seguir el mapa, y pensé que el hecho de que nos desahuciaran al día siguiente era triste, pero en cierta forma liberador porque ya no nos quedaba nada que perder, y me pareció que todo lo sucedido hasta ahora ya era historia antigua y solo el mapa era real, el mapa

era lo único importante y yo era mágico al viento de Halloween, sabía que era cierto. Estaba en una especie de racha, como cuando sabes que vas a meter una canasta en cuanto el balón deja tus manos, como oír una música que nadie más puede percibir, un acorde perfecto, y no solo eso sino que además ya lo había oído antes. ¿Entiendes?

Intenté decírselo a los chicos.

—Venga, tíos. Es nuestra oportunidad. Nuestra *última* oportunidad.

Fue la única manera que se me ocurrió de explicarme.

Saqué el mapa del bolsillo e intenté leerlo, pero todo estaba demasiado oscuro.

—¿Alguien tiene una cerilla? —pregunté.

Apareció una pequeña llama, y después una segunda.

Miramos. Detrás de nosotros estaban Andy y Stef.

Los ojos de Andy brillaban a la luz de la cerilla; así de claros eran. Pero le temblaba la mano: quedó claro al instante que no le gustaba demasiado lo de estar en un cementerio.

—Hola, Brand —dijo.

Él sonrió y me soltó. Stef se sentó al lado de Bocazas.

—¿Qué haces entre las tumbas? —Le guiñó un ojo—. ¿Estás desenterrando una nueva novia?

—No critiques —replicó él—. Las muertas son más cálidas que tú.

Entonces supe seguro que sí íbamos a vivir nuestra aventura. Stef y Bocazas podrían seguir metiéndose el uno con el otro, y él además ya estaría pensando en lo mucho que podría fardar el lunes en el cole. Brand intentaría impresionar a Andy y mostrarle que molaba más y era más duro que el memo de Troy *Perkinútil*. Gordi iba a tener material para inventarse historias durante años, y no iba a poder soportarlo si todos participábamos menos él y vivíamos mayores aventuras que las suyas (y encima las nuestras eran de verdad). Data nunca iba a tener una mejor ocasión de hacer algo al estilo 007. Yo ya te he contado mis propias razones. Y, si todos los demás nos íbamos de aventura, Andy no iba a quedarse sola en el viejo y sombrío cementerio. Así fue como supe de repente que la cosa estaba decidida. Encendí otra cerilla y estudié el mapa.

Brand miró a Andy, confuso.

—¿Y qué hacéis vosotras aquí?

—Te seguimos. Continuamos un rato en el coche con Troy, pero estaba muy borde. No paraba de mover el retrovisor para poder mirarme el escote.  
—Se encogió de hombros, muy *cool*—. Así que le di un codazo en la boca.

Brand sonrió; la respuesta le había gustado. Después de eso ya no les presté mucha atención, estaba demasiado concentrado en ver dónde estábamos exactamente en el mapa... y adónde íbamos a ir.

—Vale —dije, levantándolo ante mi vista—, si son cien pasos... —Empecé a caminar—. Uno... dos... tres... Pero Data me detuvo.

—No, Mikey. Tus piernas son demasiado pequeñas. Tenemos que hacerlo de forma científica. —Sacó una calculadora de su mochila.

Pero Bocazas lo apartó de un empujón.

—Los pasos son pasos. ¿O es que crees que el tal Willy tenía una calculadora? —Empezó a caminar en la dirección que yo había marcado pero con pasos mucho más largos. Justo hacia el restaurante.

Contó los pasos imitando a Elmer Gruñón, el de los dibujos de Bugs Bunny.

—Unooo... dooos... treees... ¡Chissst! ¡No hagáis ruido, que estoy cazando conejos! ¡Je, je, je, je! —Hacer el payaso era su forma de superar los nervios.

Continuó caminando y los demás le seguimos. Me emocioné: ahora sí que estábamos todos superimplicados. Bocazas intentaba mostrarse como una especie de héroe, y Stef esperaba a ver si lo veía caerse de morros.

Gordi estaba asustado, pero no quería abandonar a sus hermanos Goonies. Y Andy estaba como atontada con Brand.

—Pobre Troy —la oí decir—. Creo que por un tiempo no va a poder montárselo con nadie. No lo voy a echar de menos. —Se arrimó totalmente a mi hermano y le susurró—: Vámonos de aquí, Brandy, los cementerios no me gustan nada.

No me hizo falta mirar; casi se podía oír cómo a Brand le brillaban los ojos. Estaría pensando que era la mejor noche de su vida. Sí le vi dar media vuelta junto a ella, pero entonces se detuvo y dijo:

—No puedo irme sin Mikey. Espera un segundo...

Para cuando nos alcanzó, ya estábamos a la puerta del lugar. Estaba cerrada. Bocazas intentó abrirla. Yo intenté abrirla. Imposible.

Gordi estaba allí parado, muy nervioso, y eso dio a Bocazas una idea.

—Eh, Gordi —le dijo—, tengo unas fotografías de tu madre desnuda bañándose. Te las vendo baratas.

Para él, aquello fue la gota que colmó el vaso. Se lanzó sobre Bocazas como un profesional del fútbol americano.

En el último momento, Bocazas se apartó y Gordi chocó contra la puerta, partiendo la cadena del viejo candado que la mantenía cerrada y yendo a caer



al interior.

Otro accidente estilo Gordi. Bocazas soltó una gran carcajada como las de Pedro Picapiedra y entró tranquilamente.

Ahora Gordi estaba muy agobiado. Se levantó y empezó a sacudirse el polvo.

—Mamá me va a matar. Voy a tener que pagar esta puerta de mi semanada, y papá me la va a quitar...

—Gordi —le susurré—, todos vamos a ser ricos.

Andy gritó desde fuera:

—Yo me voy a casa. ¡Os vais a meter en un buen lío!

La vi darse la vuelta. Caminó hasta una gran gorgona de piedra sentada en una de las tumbas. Pegó un salto de medio metro y regresó corriendo hasta nosotros... bueno, hasta Brand, que la abrazó como un aguerrido soldado. Ahora seguro que él iba a quedarse: no iba a permitir que su enclenque hermano pequeño pareciese más valiente que él.

Dentro, Bocazas volvió a contar pasos al estilo Elmer.

—Noventa y ocho... noventa y nueve... cien. ¡Ya! ¡Ese maldito conejo debe estar aquí debajo!

Stef puso los ojos en blanco.

—Puedes dejar de intentar hacerte el molón. Ya no me impresionas.

—Preferiría tirarme a una piscina llena de hojas de afeitar antes que impresionarte —dijo. No se lo creía ni él.

Miré el mapa.

—Tenemos que llegar al punto más bajo.

—Tenemos que largarnos de aquí —dijo Brand. Su parte más responsable empezaba a dudar. Me agarró, pero yo me solté.

—Venga, Brand, ¿qué daño van a hacer un par de minutos más? ¿Y si encontramos algo, eh? —Ni en sueños iba a irme ahora. El punto más bajo del lugar en el que estábamos iba a hacernos los Goonies más ricos de la Tierra.

Abrí la puerta del sótano. Abajo estaba negro como la boca del lobo, y mucho más inquietante. Les miré a todos: Bocazas, Gordi, Data, Stef, Andy, Brand... En total éramos siete. Como *Los siete magníficos*. Me sentí como Steve McQueen. Invencible. Decidido. Seguro.

Empecé a bajar las escaleras, más asustado de lo que había estado nunca. Al cabo de un par de segundos, los demás me siguieron. De repente me di cuenta de que ya no iba el último: ahora iba el primero.

Volví a apoyarme en la pared de piedra y avancé por el tortuoso pasillo. Pero todos nos detuvimos a la vez a medio camino, porque oímos lo mismo.

Un grave rugido y el ruido de cadenas.

## CAPÍTULO 4

**El rugido del ser • Una chimenea nada normal • Un cadáver congelado  
• El regreso de los Fratelli • Gordi se escapa • Entramos en los túneles  
• Chester Copperpot • La bandada • El oro pirata**

—Gordi —dijo Stef—, espero que ese ruido haya sido tu estómago.

—No —susurré—. Es «eso».

El Ser rugió más fuerte; casi pareció que estaba orgulloso de que le mencionasen. Daba miedo.

—Suenan un poco como Kong —dijo Gordi.

—No, en parte es humano... creo —repliqué.

Seguimos caminando hasta llegar al final del pasillo, donde hicimos una piña.

—¿Queréis verlo? —les pregunté. Me sentía casi como si el Ser fuese de mi propiedad. Molaba. Pero todos negaron con la cabeza: «Ni soñarlo»—. No os preocupéis, está atado.

Dirigí nuestros pasos. Nos mantuvimos en silencio y muy juntos. A ver, yo sabía que el Ser estaba muy bien encadenado; la cuestión era si él lo sabía. Cuando ya estábamos cerca de la puerta oí a Andy susurrar: «No quiero verlo, Brand. Quédate aquí conmigo, ¿vale?». Y eso hicieron: se detuvieron frente a una puerta en la pared opuesta. Vi que Brand le rodeaba el cuello con un brazo y supe a qué iban a dedicarse.

Llegamos a la puerta que buscábamos nosotros, pero ahora estaba cerrada. Cogí el pomo, lo hice girar lentamente, y de pronto nos llegó desde el otro lado el rugido más fuerte y horrible que había oído en mi vida, como si fuera el grito de muerte de Godzilla y todo el pasillo fuese un altavoz Dolby o algo parecido.

El caso es que todos nos asustamos, volvimos atrás corriendo sin concierto hasta donde estaban Andy y Brand besándose y entramos dando tumbos por la puerta de enfrente.

El doblón se me cayó del bolsillo y rodó por el suelo, pero Gordi lo atrapó antes de que desapareciera por un sumidero y se lo guardó él.

Miré alrededor. Estábamos en una gran sala de piedra que debía haber sido una cocina. Había un congelador gigantesco al lado de la puerta, un par de enormes pilas, un viejo horno oxidado con unas cuantas ollas encima, y un dispensador de agua como los de las oficinas. Estaba todo bastante guarro pero claramente en uso: había un pequeño fuego encendido en la chimenea de la pared más cercana.

Pero lo más curioso era que contra la pared opuesta se apreciaba una gran imprenta negra de metal y, por encima de esta, una ventana que daba al exterior, y al lado una foto sacada de un periódico que mostraba a Mama, Jake y Francis.

Gordi corrió directamente al dispensador de agua y se puso a beber a morro. Yo cogí un atizador de la chimenea y fui hasta el centro del suelo.

—Supongo que este es un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar a cavar.

Levanté el atizador tan alto como pude y lo golpeé contra el suelo de cemento.

Lo único que conseguí fue que me temblaran los dientes. Brand negó con la cabeza.

—¿Estás seguro de que no eres adoptado? Tú y yo no podemos ser de la misma familia. —Miró a Andy, que claramente no tenía ningunas ganas de estar allí—. Venga, Mikey —siguió—, me estás dando vergüenza ajena.

Aquí abajo no hay nada enterrado, caramba. Estamos en el siglo veinte, por si no lo habías oído.

—Eh, yo sé cómo atravesar el cemento —dijo Bocazas—. Solo tenemos que poner chocolate por todo el suelo y que Gordi lo rompa a mordiscos. *Gordi se come lo que le echas / con un poco de chocolate con leche...*

Este seguía encorvado con la boca bajo el grifo del dispensador de agua, pero se levantó de inmediato en cuanto oyó aquello.

—Vale, Bocazas —dijo, hablando como Popeye—, ya te he aguantado bastante y ya no te voy a aguantar más.

Pero, claro, al levantarse le dio un golpe a la garrafa del dispensador y esta cayó al suelo, partiéndose en un millón de pedazos.

El agua se esparció por todo el suelo hasta la chimenea y empezó a gotear por la rejilla abierta bajo los troncos.

Oí el ligero ruido de las gotas de agua contra el fuego, pero lo que me alucinó fue que pasaron al menos un par de segundos antes de que el agua

llegara al fondo.

Gordi empezó a rayarse sobre su tendencia a romper cosas, pero le pedí que se callara un segundo.

—Chissst. Escucha.

Un gotear lento, con eco.

—Nunca había oído nada más increíble —exclamó Brand, sarcástico.

—¡Que no! ¡Que quiere decir que es profundo! —dije, pero nadie más lo entendió—. Ahí abajo tiene que haber alguna especie de abertura u otra sala o algo.

Corrimos a la chimenea. Brand se agachó a apartar un leño, se quemó la mano y lo soltó de golpe.

—Oye, ¿seguro que no eres adoptado? —le dije—. Tú y yo no podemos ser de la misma familia. Venga, me estás dando vergüenza ajena. —Vi que Andy sonreía.

Brand me dirigió una mirada de odio pero no me atizó. Se quitó la camisa, en parte para envolverse la mano en ella y en parte, creo, para mostrar a Andy sus pectorales. Por fin arrinconó todos los troncos calientes y apartó a un lado las cenizas, dejando al descubierto la rejilla ennegrecida del suelo. Tiró de ella y la arrancó.

Vimos que unos metros más abajo había un segundo nivel, de tierra y ladrillo que apenas se mantenía en equilibrio. Brand metió el pie en el agujero y empezó a pegar pisotones para ver lo sólido que era. Este enseguida se hundió un poco; parecía que iba a conseguir abrirse paso, y siguió golpeándolo.

Cada uno reacciona a los nervios a su manera. Yo, por ejemplo, me iba agobiando más y más, y a veces me daba un ataque de asma. Bocazas se ponía a largar sin parar.

Data se concentraba en sus inventos..., y a Gordi le daba hambre. Así que en ese momento se fijó en el congelador de la pared.

—¿Habrán helados? —se preguntó, con esa sonrisa brillante que se le ponía cada vez que pensaba en comida.

Tiró del asa de la puerta, pero esta no se abrió.

Brand seguía dando patadas al suelo falso bajo la chimenea. Vi que los ladrillos empezaban a ceder. De repente se oyó un gran ruido y su pie atravesó el agujero hasta la rodilla: en efecto, había una abertura debajo.

Ayudamos a Brand a levantarse. Justo entonces empezó a sonar un fuerte ruido de máquina que llenó la sala.

Data, como siempre atraído hacia el aparato más cercano, había puesto en marcha la imprenta.

Fuimos hacia allí mientras él cogía la última página de las que salían del rodillo. Era una hoja impresa de perfectos billetes falsos de cincuenta.

—Son de pega —dijo Brand.

—Mira. —Data me pasó la hoja.

—Ya sabía yo que esos tíos no eran trigo limpio.

Stef cogió de la pared el retrato de nuestros anfitriones.

—Por Dios, ya decía yo que estas caras me sonaban —dijo—. Son la banda de los Fratelli. Salieron en las noticias de la tele. Jake acababa de escaparse de la cárcel, y entonces hubo una persecución en coche, y los buscan por todas partes, y...

—¡Os lo dije! ¡Si es que nunca me creéis! —exclamó Gordi, que seguía tirando del asa del congelador—. Y ahora ya veis en la que nos hemos...

La puerta se abrió de golpe.

Y dentro había un cadáver.

En pie, congelado, con los ojos abiertos de par en par.

Con un agujero de bala en la frente. Y con un pin del FBI en la solapa de su americana.

Era uno de los dos tíos de traje oscuro que antes habíamos visto entrar en el restaurante. Ahora estaba atado y amordazado, medio metido en una bolsa verde con cremallera. Era el cadáver que no había cabido en el maletero.

Y entonces, como a cámara lenta o algo así, el muerto cayó hacia delante y se dio contra el suelo de cemento.

Casi golpeó a Gordi, que estaba tan petrificado que no pudo moverse. Salimos corriendo a toda velocidad.

Atravesamos la puerta, llegamos al salón y subimos por las escaleras... aunque no fuimos muy lejos; oímos voces que venían de arriba.

Los Fratelli estaban en casa.

Y entonces oímos también como se abría la puerta del sótano.

Nos dimos la vuelta en silencio total, corrimos de nuevo a la habitación de la imprenta y cerramos la puerta.

Tuve que volver a usar el inhalador.

Gordi estaba temblando.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Tío Wormer! —repetía una y otra vez. Recuerdo que hizo lo mismo para calmarse después de aquella vez en que se había colado en el cine para ver *Viernes 13 segunda parte*.

—Por Dios —susurró Andy, santiguándose.

Gordi la vio y decidió probar lo que fuese que pudiera ayudarlo, aunque, como era judío, él se dibujó una estrella de David sobre el pecho y la barriga.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Brand.

—Tenemos que volver a meterlo en el congelador —dije—. Si no, se van a dar cuenta de que hemos estado aquí.

Gordi se colocó tras el cadáver y tiró mientras los demás nos pusimos delante y empujamos, excepto Andy, que se quedó paralizada, más tiesa que el fiambre, susurrando: «Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo...».

Oímos como los Fratelli bajaban las escaleras. Por fin conseguimos poner el cadáver en pie, lo empujamos hasta el congelador y cerramos la puerta. No nos dimos cuenta de que también habíamos encerrado a Gordi.

Corrimos a la chimenea. Cogí una pala e hice una señal a los demás para que bajaran al pasillo que había bajo el falso suelo. Lo primero era lo primero, pero pensé que podíamos escapar de los Fratelli y buscar el tesoro enterrado a la vez.

Todos bajaron excepto Brand.

—Caray, es muy pequeño —dijo.

—Sí, como el ascensor, ¿te acuerdas? —le contesté.

—Te dije que no hablaras de eso. —Iba a soltarme un buen tortazo, pero la voz de Mama se acercaba y, además, Andy le miraba desde abajo; desde luego, Brand no quería quedar como un gallina delante de ella, así que tragó saliva y bajó con los demás.

Yo fui el último. Después volví a colocar la rejilla sobre nuestras cabezas y, usando la pala a través de esta, volví a colocar los troncos y palos encima; entonces cogí el mechero de Stef y Data hizo lo propio con las cerillas de Andy, y volvimos a encender el fuego desde abajo.

Mama y los hermanos entraron.

Los vi a través de la rejilla. Jake fue directo hacia el congelador, pero antes de que acabara de abrir la puerta Mama observó el dispensador de agua y se dio cuenta de que ahí había algo raro.

—Vamos a ver cómo está vuestro hermano —dijo, con voz de lo más rasposa. Deduje claramente de quién le venía la voz al Ser de la otra habitación.

La familia Fratelli se fue a visitar a Júnior. Aún oí a Mama decir: «Espero que no haya vuelto a cargarse las cadenas; no pienso ir al zoo a buscar más». Entonces la puerta del congelador acabó de abrirse y Gordi salió de detrás del cadáver. No me había dado cuenta de que no estaba con nosotros.

—¡Gordi! —grité, pero en un susurro.

Él corrió a la chimenea. Con aquella camisa hawaiana me recordó a uno de esos postres de gelatina con trocitos de fruta, pero no comenté nada.

—¡Tíos! —dijo, calentándose las palmas al fuego—. ¡Dejadme entrar! ¡Venga, rápido!

Pero no había tiempo para eso; la banda iba a volver en un segundo.

—Tienes que salir de aquí, Gordi —le susurré—. Ve a avisar a la policía. —Miré arriba de la imprenta—. ¡Por esa ventana!

Él la contempló y negó con la cabeza, pero entonces todos oímos como regresaban los Fratelli, así que saltó sobre la imprenta, abrió la sucia ventanita y trepó por ella. Salió al exterior justo cuando Mama, Jake y Francis volvían a entrar.

—Ya sabía yo que no podría romper esas cadenas —dijo ella.

—Igual ha sido uno de esos temblores de tierra, *Ma* —replicó Jake.

—Sí. —Francis asintió—. Recuerdo que ya pasó una vez y...

—Callaos —les interrumpió Mama—. Venga, tenemos que mover al otro. —Y señaló hacia el congelador.

Los dos hombres asintieron y arrastraron fuera el cadáver.

—Vosotros dos ocupaos de eso —siguió ella—. Yo voy a quedarme y echar un vistazo para asegurarme de que ninguno de los «temblores de tierra» siga fisgoneando por aquí.

Pensé que era el momento de poner un poco de tierra de por medio, así que todos retrocedimos.

Nos encontrábamos en un estrecho túnel rodeado de rocas lisas y tierra dura apuntaladas de vez en cuando por maderos alquitranados. Descendía diagonalmente, agrandándose a medida que avanzábamos, pero se volvió totalmente oscuro en cuanto dejamos atrás la débil luz del fuego de arriba. Así que, incluso cuando nos pudimos poner en pie, nos quedamos un momento parados, juntos, asustados de seguir avanzando entre la negrura e intentando asimilar todo aquello por lo que habíamos pasado.

Estábamos escondidos de los asesinos, Gordi había escapado y había ido a por ayuda, y cada paso que diésemos a partir de aquel momento podía conducirnos al oro pirata. Era una pasada y daba miedo, pero habíamos superado los primeros peligros casi como profesionales y era como si me hubiese dado un subidón de emoción.

Lo de Andy era más bien un bajón:

—Por Dios, he visto mi primer cadáver —susurró.



—Bueno, tíos —dijo Brand—, soy el mayor, así que mando yo. Primero encontremos la forma de salir de aquí. Mirad hacia arriba, igual vemos una tapa de alcantarilla.

Me pareció una idea bastante tonta, pero no lo dije. En vez de eso me volví hacia Data.

—Oye, ¿llevas algo que dé luz?

—Sí, para casos de emergencia. Cuando vuelvo a casa del cole y algún tío mayor me viene a pedir dinero hago como si estuviera muerto de miedo, pero me llevo la mano al bolsillo y grito: «¡Cegador de Matones!». —Esto último lo dijo en una especie de grito-susurro, mientras tiraba de uno de sus cordeles.

De repente se encendieron dos bombillas de proyector de película de ocho milímetros (la de los filmes caseros), y todo se iluminó con un brillo tal que tuvimos que cubrirnos los ojos.

Tres segundos más tarde, las dos luces se apagaron de repente.

—El único problema —masculló Data— es que las pilas no duran mucho —rebuscó en su mochila—, así que... también llevo la linterna de papá. —La sacó y la encendió, iluminando el pasadizo. Brand se la cogió.

—Vale, yo caminaré delante con la luz...

—¿Caminar? —dijo Bocazas—. *Mejor correr sin parar, sin mirar atrás, y cuando creas que no puedes más, a correr, vuelve a empezar...* —se puso a rapear, provocando risas nerviosas generales.

Entonces comenzamos nuestro viaje.

Caminamos durante mucho rato. El túnel iba dando vueltas en una dirección y otra, a veces ensanchándose y otras volviendo a encogerse, a veces grande como una cueva, otras dividiéndose en tres o cuatro pasajes.

Después de tres cambios de dirección, yo ya estaba totalmente perdido. Decidimos seguir avanzando hacia arriba siempre que pudiésemos, si no hasta el tesoro, al menos hasta la libertad.

Al cabo de un rato alcanzamos una vista sorprendente: era una caverna ancha y baja, del techo de barro asomaban cañerías que se interponían en nuestro camino, entrecruzándose y doblándose hacia arriba. Todas eran de diferentes tamaños, la mayoría bastante oxidadas y mezcladas con un montón de raíces de árboles y enredaderas.

Fueran lo que fueran, aquello debía significar que estábamos bastante cerca de la superficie.

Stef le dio un golpecito en las costillas a Bocazas.

—Tu padre es fontanero. ¿Qué clase de cañerías son estas?

Él las estudió.

—Cañerías del gas, eléctricas, de residuos, de agua caliente, de agua fría, de presión...

—¿De agua? —preguntó Brand—. Oye, ¿creéis que si nos ponemos a golpearlas alguien arriba nos va a oír?

Bocazas asintió y sacó la llave inglesa que siempre llevaba en su bolsillo trasero. Los demás cogimos piedras, y todos nos pusimos a atizar las cañerías.

Pero nadie respondía, así que nos dio por hacer un poco el payaso para calmarnos: empezamos a saltar de una a otra como si fuéramos Tarzán, a caminar por algunas en plan equilibristas, y Andy intentó imitar a la gimnasta Nadia Comaneci pero se cayó. Brand se colgó de una boca abajo, en lo que parecía su posición natural.

Bocazas intentó desatornillar una con la llave inglesa.

Entre él y nosotros, pronto hubo una docena de cañerías vertiendo chorros de agua. Debido a la presión, algunas empezaron a agitarse por sí solas. Resultaba extraño y misterioso, como si se tratara de un enorme motor subterráneo o algo así.

Nos pusimos a hacer locuras con las cañerías, tirando, empujando, golpeándolas. Había agua por todas partes, y algunas se vinieron al suelo arrastrando cosas de la superficie como pilas y grifos y esas cosas.

Entonces todo se descontroló: las cañerías iban violentamente de un lado a otro, golpeaban contra las paredes de tierra con una fuerza brutal, había vapor y agua siseando por todas partes. Enseguida el asunto se puso terrorífico, como si en mitad de una risotada te dieras cuenta de que tenías que estar en otro sitio.

—¿¡Qué pasa!?! —exclamó Stef.

—¡Nos hemos cargado las válvulas de presión! —gritó Bocazas—. ¡Mejor que nos larguemos de aquí!

Nos largamos de allí. Hasta el siguiente túnel.

—Caramba —dijo Brand—, uno diría que alguien tendría que haber notado eso. —Sonó bastante desanimado. Creo que todos estuvimos de acuerdo, aunque nos encontrábamos en un estado demasiado lamentable como para decirlo en voz alta, así que seguimos caminando.

Ahora estábamos empapados, lo que nos hizo coger frío, y el frío nos hizo aumentar el miedo. Por alguna razón, la oscuridad y estar perdidos y el frío es mucho peor que solo la oscuridad y estar perdidos. Avanzamos muy juntos para darnos calor y compañía. Me recordó a Robin Hood y sus alegres compadres, escondidos del malvado príncipe John en el bosque, manteniendo la moral alta contándose historias y cantando y jugando.

—¿Alguien conoce alguna historia o canción o juego? —pregunté.

Bocazas empezó a silbar la *Marcha fúnebre*, y Brand dijo:

—Sí, ¿has oído la historia del hermano pequeño enterrado en vida?

Vale, quizás no era exactamente como en *Robin Hood*.

Un buen rato después llegamos a un largo pasillo de suelo irregular, lleno de rocas que asomaban e inclinaciones pronunciadas. Más o menos a medio camino vimos algo curioso: un envoltorio de chicle, un tubo de aluminio para puros y una vieja Biblia mohosa.

Nos detuvimos tan grácilmente como un animal con demasiadas patas.

—Alguien ha estado aquí antes que nosotros —susurré.

—Quizás todavía esté —dijo Data, mirando a su alrededor.

—Quizás mejor esperar que no —replicó Stef.

Andy dejó de rezar avemarías por un rato para echarse a balbucear y desbarrar:

—Hace una hora Troy me estaba mirando el escote. Eso tampoco es tan malo, ¿verdad? Pero no, yo tenía que hacerme la orgullosa, así que ahora, en vez de ir conduciendo por la costa con él, estoy aquí abajo hablando de mi cuerpo con las paredes. Es verdad que es un buen cuerpo, pero ¿cuántos años me quedan antes de... —Se quedó por un segundo en completo silencio; casi pude oírla ponerse blanca. Y entonces extendió un dedo—:... antes de empezar a parecerme a él?

Todos miramos en la dirección que señalaba su dedo.

En el suelo, contra la pared, había un esqueleto descompuesto.

Avanzamos como corriendo lentamente hasta este.

Tenía las piernas atrapadas bajo una enorme piedra.

Miré al techo: había un montón de otras piedras que colgaban de pesadas cadenas a lo largo del túnel.

De repente comprendí lo que había pasado, y cómo, y por qué, y todo cobró sentido.

Hablé en voz baja al esqueleto que me había dado las pistas:

—Es cosa tuya, ¿verdad, Willy el Tuerto? Esta es una de tus trampas. Y no te hubieras tomado tantas molestias para evitar que la gente llegue hasta aquí si no tuvieras algo muy importante que ocultar, ¿no?

Me pareció oír como el viejo Willy soltaba una risita.

Fue como si desde aquel momento los dos estuviésemos en la misma onda. Había algo entre nosotros, algo que atravesaba los siglos que nos separaban y nos unía.

Igual era mi santo patrón. ¿San Willy? ¿Era eso posible? O igual éramos familia. Como si algunos de sus genes, al pasar de generación en generación, hubiesen acabado en mí, en la parte de mí que había sabido todo el rato adónde iba a conducir aquella aventura.

Miramos el esqueleto de cerca. Llevaba ropa, casco y herramientas de minero: palas, picos, cosas de esas.

—Este debe de ser Chester Copperpot —dijo Data.

—¿Quién? —preguntó Stef.

—El último tío que vino a buscar el oro de Willy el Tuerto. El diario decía que entró pero no volvió a salir... y eso fue en 1935.

—Regístrale y busca su cartera —dijo Brand. Estaba claro que no pensaba hacerlo él mismo.

—Ni soñando voy a tocar a ese tío —contestó Bocazas—. Coge tú su cartera.

—Ya me encargo yo, pardillos —dijo Stef, rebuscando en los pantalones del esqueleto. Como te he dicho, era una chica dura.

—Está acostumbrada a meter la mano en los pantalones de los tíos. — Bocazas rio, pero un segundo después Stef le pegó una buena patada en la pantorrilla y él se calló.

Ella encontró la cartera y la sacó, aunque en el último instante —lo juro— la mano del esqueleto se cerró sobre esta y no la quiso soltar. De haberme pasado a mí habría dejado que el muerto se quedase con su maldita cartera, pero Stef ya había hecho el esfuerzo y no iba a rendirse.

Tiró, volvió a tirar y por fin consiguió recuperarla. Para más inri (nunca mejor dicho), del tirón cayeron al suelo un par de dedos del esqueleto. Me sobresalté de nuevo.

Stef abrió la cartera y dentro encontró el nombre del anciano en una tarjeta: sí, aquello era lo que quedaba de Chester Copperpot.

—Caray, si él no lo consiguió, y se supone que era un experto, ¿qué vamos a hacer nosotros? —susurró Data.

Entonces se le ocurrió otra cosa; metió la mano en su caja, sacó un par de docenas de unas pequeñas cositas rojas y dejó dos en el suelo.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Pongo trampas —contestó—. Por si alguien nos sigue. Así los oiremos llegar.

Vi que el esqueleto llevaba un medallón al cuello. Lo cogí y lo estudié de cerca. Era de cobre y tenía forma de llave, con una calavera en una punta y tres agujeros irregulares en los ojos y la nariz.

Me pregunté si encajaría de alguna forma en el mapa, así que lo saqué e intenté buscar puntos de comparación.

Mientras, Data había empezado a coger cosas de la mochila de Copperpot y las iba añadiendo a la suya: bengalas, cerillas, una brújula, un gran cuchillo...

Ese último objeto fue la gota que colmó el vaso para Andy. Se le fue la pinza y echó a correr por el túnel, gritando:

—¡Larguémonos de aquí! ¡Venga, no podemos quedarnos parados!

Iba directa hacia una rama de árbol en el suelo y apoyada contra una pared. Justo entonces me di cuenta de que había otras repartidas a intervalos irregulares, todas iguales, y todas estaban cerca de donde había piedras colgando.

Eran trampas.

—¡Andy, frena! —le grité.

Pero fue demasiado tarde: acababa de pisar la primera.

Oí un gran crujido y una de las piedras empezó a agitarse. De inmediato, sin pensarlo, todos corrimos tras Andy. Yo no sería muy fuerte, pero sí rápido —al menos, más rápido que el viejo Chester—, así que también salí disparado. Era como una apuesta para ver quién era más veloz, las piedras o yo.

¡Y vaya si cayeron! Dos muy cerca de mí, una tanto que el viento de la caída me tiró al suelo. Pero solo el ruido ya era suficiente como para matar a cualquiera con medio cerebro. Por suerte, habíamos decidido dejar de lado temporalmente los nuestros.

Pero bueno, el caso es que todos conseguimos llegar a la otra punta del pasadizo a la vez que la última piedra cayó a unos milímetros detrás de nosotros y se partió en mil pedazos. Nos quedamos un momento parados todos juntos, temblando y tapándonos las orejas, asustados y aturridos. Tardamos un rato en darnos cuenta de que nos habíamos metido en un callejón sin salida.

Era una enorme pared de roca que tenía una gran piedra redonda en la parte inferior. Poco a poco, a medida que dejaban de retumbarnos los oídos, oímos que ahora llegaba un nuevo ruido desde el otro lado de la pared.

—¡Escuchad! —dijo Stef, muy excitada—. ¡Hay algo ahí detrás!

—Igual es una salida —dijo Andy.

Brand sintió que era su oportunidad de hacerse el Gran Macho Rescatador. Guiñó un ojo a Andy, se arrancó la camisa y flexionó los músculos. Andy se puso colorada, Bocazas soltó un *haaala*, yo intenté imitar

la postura de mi hermano, Data puso los ojos en blanco y Brand llevó su hombro a la piedra.

Al principio no pasó nada, pero tras muchos gruñidos, sudor e isométricas por parte de Brand, la piedra redonda empezó a ceder.

Brand sería a veces todo un desgraciado, pero hay que reconocer que era fuerte.

Poco a poco la piedra redonda se fue moviendo cada vez más, con ruido de roca contra roca. De repente se soltó y salió rodando por la bajada del camino, dejando un agujero en la pared.

Todos aplaudimos y Brand hizo su numerito habitual de falsa modestia. Yo metí la cabeza por el agujero. Estaba todo negro. Seguía oyéndose el mismo ruido, solo que ahora era mucho más fuerte. Era una especie de mezcla de chillidos como de rata y caucho contra el viento.

—Eh, Data, trae la linterna —le pedí. No era la clase de ruido al que me apeteciera enfrentarme a ciegas.

Brand también metió la cabeza.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien ahí?

Entonces oí una especie de aullido y un batir de alas, y unos mil murciélagos salieron volando del agujero.

Se nos metieron en el pelo y en la ropa, con sus alas negras y sus afilados colmillos y sus ojos rojos y sus grititos malvados. Los golpeamos, intentamos escondernos tras las piedras más grandes, gritamos... Creo que es lo más repugnante que me ha pasado en toda la vida.

Por suerte no se quedaron mucho rato, o podríamos haber muerto de un ataque de asco. Se alejaron volando en grupo por el túnel en la dirección de la que nosotros habíamos venido; eran como una nube ruidosa. Tardaron unos cinco minutos en pasar todos.

Después seguimos avanzando.

Atravesamos el agujero de la pared, y resultó que fuimos a parar a una gigantesca y antigua caverna en la que solo había otro túnel de salida, así que hacia allí fuimos.

Al principio Andy no quiso entrar, pero Data le explicó que si ahí vivían murciélagos tenían que tener una salida, lo que significaba que también nosotros teníamos una.

Camino del túnel tuvimos que pisar como treinta centímetros de guano de murciélago, cosa que no fue lo más agradable del mundo, pero por fin llegamos al otro lado y entramos.

Brand iba delante con la linterna. El túnel se iba haciendo cada vez más estrecho y volvía a descender, a veces de forma tan pronunciada que tuvimos que bajar casi como si fuese un tobogán. Me di cuenta de que mi hermano se estaba poniendo más nervioso.

Un rato después el túnel se había vuelto tan estrecho que tuvimos que gatear, y justo entonces la luz de la linterna empezó a parpadear. Brand entró en pánico.

—¡Eh! ¿Qué pasa? ¡Esto se está quedando sin pilas! ¿Y ahora cómo vamos a tener luz?

Data rebuscó en su mochila y sacó una de las bengalas que le había cogido a Chester Copperpot. La encendió y esta se iluminó con esa llama roja que mola tanto; era tan fuerte que apenas podías mirarla. Se la pasó a Brand.

Este la cogió, pero siguió gruñendo:

—¡No hacemos más que bajar y bajar! ¿Adónde vamos? ¿Adónde lleva este túnel? Yo solo sé que esto se está volviendo muy pequeño...

Yo estaba cerca del puesto de cola con Andy.

—Oh-oh —susurré—, se le está poniendo la misma cara que en el ascensor.

—¿Qué quieres decir con eso de «ascensor»?

Me acerqué más a ella. Aún con todo lo que habíamos pasado, olía genial. Era alguna especie de perfume que ninguna otra chica llevaba. Me dio ganas de hablar en tono más suave de lo habitual.

—Una vez Brand y yo nos quedamos encerrados en un ascensor —le expliqué—. Cinco horas. Al principio no pasó nada, pero entonces a él le dio un ataque de *catastrofobia*...

—Claustrofobia —me corrigió. Era aún más lista que Brand.

—Eso. Se agobió mucho y perdió totalmente el control. Empezó a dar vueltas en círculo, agitando los brazos. Era como un *break dance* a cámara rápida. Tuve que subirme al techo del ascensor para que no me hiciera daño...

El túnel empezó a ensancharse ligeramente, y pronto pudimos ir casi de pie. Aun así, Brand se echó a gritar de repente:

—¡No puedo respirar! ¡Me ahogo! ¡Mikey, dame tu inhalador! ¡Venga, tío! ¡Ya!

Se lo pasé y vi que le daba una larga bocanada. Le susurré a Andy:

—La última vez que lo usó fue en el ascensor. Andy, esto puede complicarse. Mejor que me dejes cogerte de la mano.

No sé por qué lo dije; simplemente me salió así. Estaba tan petrificada y olía tan bien que sentí la necesidad de protegerla, no sé.

Supongo que es que quería gustarle. No es que fuera una idea muy realista, siendo yo un tío con *brackets* y asma, pero no podía evitar sentirlo. Debió de ser por eso que le chivé lo de Brand y el ascensor: si a él lo apreciaba menos quizás me apreciaría más a mí. El problema fue que en cuanto se lo dije me sentí fatal por romper la promesa que le había hecho a mi hermano, así que me desprecié a mí mismo un poco más y eso me hizo pensar que Andy sentiría lo mismo. O sea, que me salió el tiro por la culata, y eso me hizo recordar que no es buena idea romper las promesas, incluso aunque parezca que tienes una razón poderosa.

Le debí dar lástima a Andy porque me dio la mano, y entonces yo me sentí más tranquilo. Alucina.

Seguimos andando y ahora el túnel se agrandó mucho, de forma que pudimos volver a erguirnos. Después de unos seis metros hizo una curva muy pronunciada y fuimos a parar a un charco de agua que nos llegaba por los tobillos. Avancé hasta donde estaba Brand, pero antes de llegar me detuve porque algo en el agua me llamó la atención; o, más bien, un montón de *algos*.

Bajo las pequeñas ondas del agua había miles de monedas viejas que relucían a la luz roja de la bengala de fósforo.

Acabábamos de encontrar el oro pirata.

—¡Lo conseguimos! ¡Somos ricos! —grité.

Y entonces la bengala se apagó.



## CAPÍTULO 5

**El pozo de los deseos • La puerta equivocada • El juramento • Los Goonies • Sanguijuelas • A Brand se le va la pinza • Perdemos a Data • El esqueleto pirata • Seducción en el túnel número 3 • Dentro de la nariz de la calavera**

Me arrodillé y llené mis manos con monedas del poco profundo charco. Al principio lo único que vi fue un punto rojo brillante donde estaba la bengala, pero, al acostumbrarse mis ojos a la oscuridad, pude percibir que había un rayo de luz de luna, blanco, frío, que llegaba directo desde arriba. También olía a aire fresco. Brand respiraba muy hondo, como cuando nos sacaron del ascensor.

Mientras todos se llenaban los bolsillos de monedas, miré de cerca a las mías. Centavos. Con la cara de Lincoln.

Data también estudiaba las suyas.

—¿En qué año hicieron ese mapa?

Bocazas lo comprobó.

—Unos cientos de años antes de Lincoln... Washington... Eisenhower... Roosevelt... Martin Sheen...

—Ese era el presidente Kennedy, *caracráter*. Debemos estar en el fondo del pozo de los deseos —dijo Stef.

Tenía razón: la mayoría eran monedas de un centavo, con unas pocas de diez y de veinticinco aquí y allá. Desde luego, no se trataba de ninguna fortuna.

Aun así, era un montón de dinero de bolsillo, así que nos los llenamos.

Menos Andy.

—Siempre pensé que cuando tirabas una moneda se convertía en tu deseo. Stef fue con ella y asintió.

—Esperad, chicos. Estos son los deseos de otros; no son nuestros.

Se vació los bolsillos. Yo hice lo mismo. Tenía razón: no está bien meterse con los deseos ajenos.

Todos devolvimos el dinero, pero Bocazas se quedó una moneda de veinticinco.

—Sí, bueno, este deseo era mío y no se hizo realidad.

Miré varias veces del mapa al medallón que había arrancado del cuello de Chester. Seguro que estaban conectados, aunque aún no veía cómo.

—¿Qué tiene que ver esto con el mapa? —le susurré al espíritu de Willy; cada vez estaba más convencido de que estaba flotando cerca—. Sé que la respuesta está por aquí. Sé lo listo que eres...

De repente algo cayó al agua con una salpicadura, justo delante de Data, que metió la mano en el charco y sacó un dólar de plata.

—¡Caray! ¿Quién tiene tanta pasta como para hacer deseos de un dólar? Brand le cogió la moneda.

—Intentemos llamarles la atención antes de que se vayan.

Lanzó el dólar de vuelta hacia arriba, tan fuerte como pudo. Oímos un *tunc*, y después una voz gritó hacia nosotros:

—¡Eh! ¿Quién hay ahí abajo?

La voz me resultó familiar.

Todos se volvieron locos de alegría.

—¡Eh, búscanos una cuerda y tíranosla!

—¡Socorro!

—¡Estamos aquí abajo!

Se produjo una pausa, y después la voz de arriba dijo:

—¡Andy! ¿Eres tú?

Entonces lo reconocí: Troy Perkins.

De todos los desgraciados que hay en el mundo entero, tenía que ser ese el que estuviera allí en aquel momento. Andy le gritó:

—¡Sí, Troy, soy yo! ¡Estoy atrapada aquí abajo!

—¿Quiénes hay contigo?

—Stef y Mikey y Bocazas y... Brand...

—¿Los Goonies?

—¡Troy, solo tienes que usar una cuerda y un cubo para salvarnos! ¡Por favor!

—¿Qué habéis estado haciendo allí abajo?

—¡Troy, no es el momento para jugar a las veinte preguntas! ¡Hazlo ya, por favor!

—¿Y cómo habéis llegado ahí?

Se veía claro que Andy empezaba a hartarse, y nadie más quería decir nada; ¿cómo le hablas a un desgraciado?

—Entramos en el faro y nos metimos en los túneles —empezó a explicar ella, paciente—, y después nos pusimos a golpear las cañerías subterráneas del agua, pero no nos oyó nadie...

—¿Cañerías? ¿Las de debajo del club de campo? ¿Erais vosotros los que las golpeabais? ¿Tienes la menor idea de los daños que has causado?

—¿¡Los daños que yo he causado!?

—¡Desde luego! ¡Nos empezó a salir agua de cloaca por las duchas, a las pilas se las tragó el suelo, los váteres explotaron...!

—¡Pues a nosotros nos han caído grandes piedras encima y nos han atacado murciélagos y...! ¿¡Por qué diablos estamos discutiendo esto mientras estoy atrapada en el fondo de un pozo!?

—gritó.

Creo que Andy dejó muy clara su postura. Unos pocos segundos después oímos como nos bajaban el cubo.

Todos estaban muy emocionados, pero yo me quedé a un lado y seguí examinando el medallón.

—Sé que puedo vencerte, Willy. Este es solo otro de tus juegos.

El cubo llegó hasta nosotros, al final de la cuerda. Rodeamos a Andy mientras ella empezaba a meter un pie.

De repente sentí una gran tristeza, como si todo lo sucedido fuese a desaparecer en cuanto Andy subiese, como si nunca hubiera llegado a pasar. Así que la cogí por un brazo.

—¡Andy, espera! Tenemos una nueva pista... y Chester Copperpot nunca llegó tan lejos, así que tenemos la oportunidad de...

—¿La oportunidad de qué, Mikey? —contestó mirándome fijamente, muy seria—. ¿De que nos maten? Si seguimos así alguien va a acabar muerto. Piedras, murciélagos... no quiero ni imaginarme qué otras cosas puede haber aquí abajo. Y además, tenemos que ir a la policía.

—Gordi ya debe haber ido a la policía —repliqué.

—A menos que esté muerto.

—¡No digas eso! Nunca digas eso —le solté—. Los Goonies nunca se rinden.

—Yo no soy una Goony —respondió sin levantar la voz.

—Vale, por un momento lo olvidé. —Me volví hacia los demás, que nos miraban inmóviles como si fuésemos dos gladiadores o algo parecido—. Vosotros sí que entendéis lo que digo, ¿verdad? La próxima vez que veáis el cielo nocturno será en otra ciudad. La próxima vez que hagáis un examen será

en otro cole. Nuestros padres y madres desean lo mejor para nosotros, pero tienen que hacer lo correcto para ellos porque ese es su juego, es su tiempo; pero aquí abajo esto es *nuestro*. Nuestro tiempo y nuestra aventura y nuestras reglas y nuestros planes.

Pero en cuanto nos subamos al cubo de Troy, todo eso habrá acabado.

Me miraban fijamente, como si oyeran por primera vez la melodía que a mí me había estado sonando toda la noche. Intenté hacer que la escucharan de otra forma:

—Mirad, hace un par de años mi padre y mi madre participaron en un gran concurso de la tele. ¿Te acuerdas, Brand? Mamá se pasó un mes cosiendo aquellos disfraces. Ella era un huevo gigante y él, una sartén. Papá insistía en que iban a ganar un montón de pasta y vivir como Dios, así que hicimos un largo viaje en coche hasta Hollywood. Cuando llegamos, nos metieron entre el montón de público, todos disfrazados. Entonces un tío con los labios pintados y el pelo lacado bajó por las escaleras, hacia nosotros, ¿vale? Primero le pidió a mamá que adivinara cuánto costaba un líquido limpiador de lavabos, y ella acertó. Después le dijo a papá que si él sabía cuánto costaba un tarro de salsa para espaguetis, y él también acertó. Entonces le volvió a preguntar si el gran premio estaba detrás de la puerta número uno, la número dos o la número tres. El número de la suerte de papá siempre había sido el dos: se casó un dos de agosto, consiguió su trabajo un dos de junio, ha tenido dos hijos...

—Vale, vale, nos hacemos a la idea —dijo Data—: eligió la puerta número dos. —La historia le había llamado la atención y estaba enganchado.

—No, esa es la parte más rara: por alguna razón eligió la puerta número tres. Entonces el presentador gritó: «¡Felicidades! ¡Acaban de ganar cien mil...!», y la puerta se abrió, y tras ella había un tarro enorme lleno de... palillos de dientes. Cien mil palillos.

Todos me miraban, esperando. De repente Troy gritó desde arriba, como si tuviera que recordarnos lo insoportable que era:

—¡Eh, Andy! ¿Subes o no?

Soltó la cuerda y el cubo cayó contra el suelo. Pero yo me alegré de que hubiese hecho: nos puso la elección aún más clara. Andy volvió a tirar de la cuerda, molesta, sin dejar de mirarme, esperando a que acabara. Eso me gustó.

—Así que todo el mundo se echó a reír —seguí—. Hasta papá y mamá sonrieron. Pero yo vi en sus caras que acababan de darse cuenta de que adiós a lo de la vida fácil. Habían perdido su oportunidad. ¿Y sabéis por qué? Por

no haber seguido sus instintos. Intentaron ser más listos que ellos mismos. Creyeron que lo que sabían en sus corazones y lo que sabían que les funcionaba no podía ser la puerta tras la que estaban las riquezas. Así que eligieron la puerta que creyeron que *debían* elegir... y se equivocaron. — Miré fijamente a cada uno—. Este es nuestro momento de elegir, tíos. El lunes nuestros cuartos van a convertirse en hoyos de golf. Es nuestra última oportunidad, y no quiero estropearla porque seamos demasiado cagados como para intentarlo.

Nadie movió un músculo, pero noté que todos asentían por dentro. Y supe que por primera vez durante aquella noche íbamos a la misma; la misma de verdad.

Troy volvió a gritar:

—¡Eh, Andy! ¿Quieres quedarte allá abajo con los Goonies, o vas a subir adonde deberías estar? ¡No tengo toda la noche!

Todos miraron a Andy. Sin dudar un segundo, ella cogió tres piedras y las metió en el cubo; después se quitó la chaqueta del equipo de Troy y las cubrió con esta.

Tiró tres veces de la cuerda y él empezó a subir el cubo.

Andy ya era una de los nuestros.

Lo único que faltaba era hacerlo oficial.

Oímos que Troy empezaba a soltar tacos y se largaba en su Mustang. Le pedí a Andy que alzara su mano derecha y repitiera después de mí:

*A los Goonies no traicionaré ni por un segundo,  
seguiremos juntos hasta el fin del mundo.  
En el cielo y el infierno o en la guerra nuclear  
nada habrá que nos pueda separar.  
En la ciudad, el campo o el bosque, da igual:  
me declaro ahora mismo una...*

Justo en ese momento vi la primera. Se me puso la piel de gallina y grité:

—¡Sanguijuela!

—¡Sanguijuela! —repitió Andy, igual que había hecho con el resto del juramento. Entonces hizo una pausa—. ¿«Sanguijuela»? Quieres decir Goony, ¿no?

—¡Quiero decir «sanguijuela»! —grité—. ¡Tienes el brazo lleno! ¡Sanguijuelas!

Todos miraron. Había incontables pequeñas, negras, repugnantes babosas que cubrían sus brazos y manos.

Que nos cubrían a todos.

Presas del pánico, salimos corriendo del agua, nos alejamos del rayo de luz, gritamos y chillamos y tiramos de los pequeños chupasangres. Pero era imposible: no había manera de arrancárnoslas, empujarlas, aplastarlas.

Data tuvo una idea. Cogió una batería de veinte voltios y le conectó dos largos alambres, uno en cada polo.

Se agachó en el charco y metió las dos puntas de los cables en el agua. Las sanguijuelas que él tenía pegadas se llevaron un buen calambrazo y cayeron al suelo, electrocutadas.

Después nos fue llamando, y uno a uno nos metimos en el agua entre los alambres de Data y matamos a nuestras sanguijuelas. Andy y Stef fueron las últimas. Incluso después de acabar con sus bichos, siguieron allí en pie, con una especie de sonrisa perdida y suspirando.

Cuando por fin salieron, oí que Stef le susurraba a Andy: «Qué gusto. Vaya suerte la mía, enamorarme de un charco».

Por alguna razón Andy se molestó, no sé, como si alguien la hubiese hecho ponerse caliente cuando ella no quería.

—¿De quién ha sido la idea? —dijo, enfadada.

Data le mostró orgulloso los dos alambres, y ella, ¡*blam!*!, le soltó un bofetón sin avisarle, como diciendo: «¡Ni se te ocurra volver a intentar eso conmigo, so guarro!».

Pero la torta activó una de las trampas de Data: de su camisa saltó un muñeco G.I. Joe y le disparó con una pistola de balines en miniatura. Andy puso los ojos en blanco.

Entonces oímos disparos de verdad. A lo lejos, en el túnel. Como de armas de fuego. Nos quedamos helados.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Brand—. ¿Qué ha sido ese ruido?

—Mis trampas —dijo Data. Le mostró un par de sus aparatitos rojos, que resultaron ser petardos—. Los puse por el suelo para que oyésemos si alguien nos seguía.

Nos miramos los unos a los otros mientras nos dejábamos invadir por el pánico en silencio.

—Eso quiere decir que alguien nos sigue —dijo Stef.

Nadie se lo discutió. Nos limitamos a echarnos a correr.

Data iluminó el camino con otra bengala. Los túneles eran muy retorcidos y daban un montón de vueltas, pero parecían ir poco a poco hacia arriba, lo

que significaba (supuse) que nos estábamos acercando a la superficie. Corrimos así durante diez minutos, casi chocando con las paredes e intentando escuchar atrás. De repente nos encontramos con un giro brusco, y fuimos a topar con otro callejón sin salida. Y entonces la bengala silbó y se apagó.

Data encendió otra más, y me di cuenta de que Brand estaba volviendo a entrar en pánico por su claustrofobia.

—Genial, no hay salida. ¿Y ahora qué, eh? —Respiraba a toda velocidad y no dejaba de mirar a un lado y al otro.

—Solo tenemos que volver por donde hemos venido —dijo Andy. Parecía preocupada por Brand, pero intentaba calmarlo.

Miré el mapa. Tenía que haber una salida.

—El camino debe seguir, ¿verdad, Willy? Tú no lo hubieras hecho acabar aquí. Siempre te guardas un as en la manga...

Brand empezó a flipar de verdad.

—¡No puedo respirar, esto es demasiado pequeño! ¡Tíos, estáis consumiendo todo el aire! ¡Es demasiado pequeño! —Rascaba las paredes y parecía que fuera a fundirse.

Encontré el lugar del mapa donde creía que estábamos, más o menos, y le pedí a Bocazas que tradujera el texto que había al lado.

*Huesos de metal,  
trío de pedernal,  
espuma occidental.*

Miré el medallón de cobre de Chester Copperpot, con su forma de calavera y tres agujeros para la nariz y los ojos.

—Esto son huesos de metal —dije. Creí haber dado con la respuesta. Aún no sabía de qué iba el resto de la frase, pero no paré de darle vueltas.

Entonces a Brand se le fue del todo la pinza:

—¡No puedo respirar! ¡Tíos, estáis consumiendo todo el aire! ¡Lo habéis gastado todo! ¡Dejadme salir! ¡Dejadme salir!

Y empezó a subirse por las paredes. Literalmente.

Arrancó grandes trozos de tierra, raíces, piedras; atravesó capas de musgo... Necesitaba salir de verdad.

Lo agarramos entre todos, lo tiramos al suelo y nos tiramos nosotros encima; no queríamos que se hiciera daño. Por fin se tranquilizó un poco,

aunque no dejó de respirar como una *locomotora* (con énfasis en la parte de «loco»).

—¿Alguien lleva una bolsa de papel? —dijo Stef—. Tenemos que hacerle volver a respirar su propio dióxido de carbono.

Data se sacó la mochila y rebuscó en ella, pero no tenía ninguna bolsa. Nadie tenía, así que Stef se soltó la camisa y metió dentro la cabeza de Brand. Desde luego, la chica sabía arreglárselas.

—Has de volver a inhalar lo que exhalas —le dijo—. Te hará bien.

Data miró hacia otro lado, Bocazas puso su sonrisa guarra y Andy contempló nada contenta cómo Brand tenía la cabeza enterrada en el pecho de Stef.

Ella lo notó, así que, sin decir nada, sacó la cabeza de Brand de su camisa y la colocó dentro de la de Andy.

—Creo que Andy está mejor equipada para esto —dijo, negando con la cabeza como lamentándose de estar entre niños. Yo mismo no pude evitar pensar que igual Brand no había sido nada tonto con lo de ponerse a respirar demasiado rápido.

Me fijé en la pared que Brand había arañado y fui a examinarla de cerca. Ya no quedaba tierra, así que era toda piedra fría y dura, con un montón de clavijas de metal, irregulares, que asomaban. Casi parecían una formación natural, aunque me llamó la atención que fuera como si siguieran un patrón o algo así. ¿Sabes esas fotos como de diario en que de muy cerca solo ves un montón de puntitos, pero cuando te alejas vas notando que forman una cara? Pues eso. Yo estaba en el punto intermedio: me daba cuenta de que las clavijas formaban un dibujo pero aún no veía cuál.

—«Huesos de metal, trío de pedernal...» —murmuré. Levanté el medallón y miré las clavijas más altas a través de los agujeros. No sé bien por qué lo hice, pero intuía que ambas cosas estaban conectadas. Igual que cuando haces un puzzle y ves que una pieza pertenece a una determinada parte pero aún no estás seguro de cómo encaja exactamente—. Eh, Data, levántame —le dije, y trepé sobre él para alcanzar las clavijas que quería.

Apoyé el medallón contra la pared. A veces algunos agujeros encajaban con las clavijas. Lo moví por todas partes.

Los otros me miraban.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Data. Sé que parecía muy extraño.

—Se ha vuelto tarumba —dijo Bocazas—. Igual que su hermano. Igual que pronto lo estaremos todos. Vamos a acabar como cabras uno a uno. Pronto nos comeremos los dedos los unos a los otros para seguir vivos. *Para*



*chuparse los dedos, los dedos de los compañeros, como varitas de pescado, estaremos todos sonados...* —Marcó el ritmo de su rap golpeándose la cabeza con los nudillos.

De repente el medallón encajó perfectamente, como una pieza del puzle en su lugar, suave como una llave en una cerradura.

Molaba tanto que casi me quedé sin aliento. Iba por el buen camino; solo tenía que descifrar el resto de la pista.

—«Espuma occidental»... espuma... espuma...

—Mi abuelo tenía un perro que se puso a echar espuma por la boca cuando le mordió una mofeta —dijo Bocazas.

—¿Y la espuma de afeitar? —propuso Data. Estaban todos muy concentrados en el asunto. Veían que yo estaba en racha y querían ayudarme.

—Cuando las olas chocan contra un acantilado hacen espuma —dijo Stef. Eso me sonó perfecto.

—Y el océano está al oeste —añadí. Moví el medallón en la dirección donde creía que estaba el oeste... y las clavijas lo acompañaron, como una cerradura perfecta.

Oímos un ruido como de engranajes que encajan. Fue alucinante.

Y entonces la bala de cañón se disparó. Bueno, no exactamente, pero salió por una rendija de la pared y bajó por una inclinación claramente creada para esta, hasta ir a parar a una placa de piedra en el suelo. Me recordó un poco al invento con la bola de bolos que usábamos para abrir la puerta de casa. Increíble. Esperaba que en cualquier momento se fuese a abrir una puerta para que pasásemos. Y, de repente, lo que se abrió fue una trampilla cuadrada en el suelo bajo Data, que cayó por esta como una piedra, con un grito salvaje que pareció inacabable, mientras yo me sostenía colgado del «pomo» de la pared.

El grito cesó.

Interrumpido. Un final repentino, inesperado.

Salté al suelo, evitando la trampilla.

Corrimos hacia esta y miramos abajo. Era un conducto vertical y tan largo que al poco se volvía completamente negro y no se veía nada.

—¿Data? —lo llamó Brand—. ¿Data?

Iluminó la trampilla con la bengala, pero el túnel era demasiado profundo como para que la luz llegara hasta el fondo.

Andy palideció a la luz del brillo rojo.

—¡Data! ¡Data! —gritó. No recibió respuesta—. *Dios te salve, María, llena eres de gracia...* —empezó a susurrar.

Bocazas negaba con la cabeza, apesadumbrado.

—Se cayó de golpe... Podría haberlo cogido... Estaba tan cerca... tan cerca... —Adelantó las manos—. Está... está...

—Ya no está con nosotros —dijo Brand en voz baja.

No pude más. Aquello había sido tan repentino... como si un segundo atrás Data hubiera estado allí y al siguiente hubiese desaparecido. Para siempre, y sin posibilidad de volver a intentarlo. Recuerdo cuando yo era pequeño y la abuela murió y le pregunté a papá cuándo iba a volver y él me dijo que nunca, y me resultó tan duro pensar que ya no la vería de nuevo que salí corriendo y me eché a llorar. Esta vez era lo mismo, solo que no podía salir corriendo, así que solo lloré.

No podía parar. La verdad es que todos los demás parecían estar conteniendo las lágrimas. Brand hasta se despegó de Andy y vino a mi lado para darme un abrazo.

Eso me ayudó un poco, y no me dio ninguna vergüenza.

—Voy a echar de menos cómo gritaba los nombres de todos esos inventos cutres suyos —dije, y lo imité—: «¡Gafas del Poder! ¡Cegador de Matones! ¡Pantalla de Humo!».

Entonces una voz se elevó desde el agujero:

—¡Mandíbulas de la Muerte!

Todos gritamos de vuelta:

—¡Data! ¡Data!

—¿¡Estás bien!?

—¡Di algo!

—¡Las Mandíbulas de la Muerte me han salvado!

Aplaudimos y lo vitoreamos. ¡Era genial volver a oír su voz!

Saqué una cuerda de su mochila, la até a la bengala y la bajé por el agujero. A unos seis metros vimos por fin a Data. Sus Mandíbulas de la Muerte se habían clavado a un saliente de roca y él colgaba de la espiral de alambre, balanceándose arriba y abajo por encima de unas enormes estacas de madera que salían del suelo.

—¡Eh, tíos, he descubierto otro agujero! ¡Aquí está todo iluminado!

Le vi apoyar un pie en una roca cercana, descender hasta abajo del todo y desaparecer.

Tiré de la cuerda para recuperar la bengala. Atamos un extremo a un garfio de la mochila de Data y lo ajustamos contra una roca. Bajamos uno a uno por el agujero con la cuerda.

Cuando llegamos al nivel de las puntas de las estacas vi que había un esqueleto clavado en una. Parecía una momia. Me dio tanto miedo que casi

me caí sobre la estaca de al lado.

Al final conseguí llegar abajo. Todos lo logramos.

Cada uno abrazó a Data o le dio una palmada en la espalda o le dio una mano o lo llamó gilipollas. Él se limitó a sonreír al estilo de 007.

Miramos alrededor para ver dónde estábamos. Era una cueva de tamaño medio, húmeda y cubierta de una especie de algas pegajosas que emitían un brillo verde fosforescente. Goteaba agua de las estalactitas del techo, que iba a parar a las esquinas, donde había lo que parecían corales oscuros y rugosos. No estaba seguro, pero creí oír el océano en la distancia, una especie de *wsh*, *wsh*, como el ruido de los coches que pasan corriendo de noche por la autopista que hay más allá de la colina desde la ventana de mi habitación.

La ventana de mi habitación... ahora parecía que de eso hiciera años y años. Me pregunté si alguna vez volvería a oír la autopista desde allí. Ya era casi como un recuerdo de infancia.

En un extremo de la cueva había tres túneles uno al lado del otro. Y en el extremo opuesto alguien había colocado un esqueleto, haciéndolo que señalase hacia los túneles. Llevaba ropa pirata, gastada y desgarrada.

Lo examinamos de cerca. Su cara parecía sonreír, y tenía un puñal en la cuenca de un ojo. Daba miedo de verdad. Bocazas soltó una risita nerviosa.

—Toda esta agua goteando me recuerda que hace rato que no hago algo... Voy al lavabo de tíos.

Se metió en el túnel de la izquierda. Brand le siguió, mientras Stef y Andy iban al «baño de señoras», en el túnel de la derecha.

Yo no tenía necesidad, así que me quedé allí parado mirando las tres entradas. Estaba totalmente convencido de que una de ellas conducía al tesoro... y otra al tarro lleno de palillos de dientes, y la tercera a...

Miré el esqueleto del pirata con el puñal en el ojo. Me hizo temblar. «¡Por las barbas de Neptuno!», como diría un pirata. Observé hacia donde señalaba su mano.

Parecía apuntar más hacia el túnel tres que hacia el resto. Pero el bueno tenía que ser el de en medio, ¿no? Era como uno de esos casos en que «la historia se repite», como cuando mi padre tuvo la oportunidad de seguir sus instintos pero no lo hizo y perdió; y ahora era yo el que estaba ante tres «puertas» iguales.

—Está tras la segunda puerta —susurré.

—Quizás —dijo Data—, o quizás no.

Oí que Andy llamaba a Brand desde el túnel de la derecha.

—Brand —dijo en voz baja—. Brand, date prisa.

Pero mi hermano aún no había vuelto.

—Voy a ver qué quiere —dije, y entré por el túnel.

Era retorcido y estaba oscuro. Tuve que apoyar la mano en una pared y seguirla. Esperé que no se hubiera torcido un tobillo o algo así; eso nos ralentizaría mucho.

Entonces pensé en que no había oído a Stef para nada y me puse aún más nervioso: ¿y si se había caído a un abismo o la había aplastado una piedra o había sido secuestrada por alguna criatura extraña o...?

Di la vuelta a la siguiente esquina en total oscuridad, cada vez más asustado. Ahora apoyé las dos manos en la pared, y entonces una palma dio con algo blando y cálido. Era algo que nunca había tocado antes, pero lo reconocí de inmediato: un pecho de mujer.

Andy me cogió, tiró de mí hacia ella, susurró «Oh, Brand», llevó sus labios a los míos y me besó con la boca abierta del todo.

No me soltó: siguió y siguió con el mismo largo beso.

Yo seguí sus acciones y abrí la boca. También era la primera vez que hacía eso, excepto por aquella en que empezamos a hacerlo con Cheryl Hagedorn y se nos engancharon los *brackets*. Pero aquello y esto no se parecían en nada.

Andy me metió la lengua e hice algo así como lamerla dentro de mi boca. Era de lo más raro, pero me gustó.

En fin, no creía haber tenido nunca nada en la boca que se pareciera en absoluto a su lengua; ni siquiera mi propia lengua era comparable.

Entonces pensé en que todo estaba pasando en mi boca, así que metí mi lengua en la suya y la deslicé por ella. Andy empezó a hacer unos ruiditos medio susurrados. Yo seguía con mi mano en su pecho y decidí apretar un poco más, aunque casi no la moví de allí. Me daba miedo que se enfadara y me hiciera parar, o se lo dijera a Brand y él me diera una buena. Me limité a poner la otra mano en su otro pecho.

Por unos pocos segundos me olvidé por completo de Willy el Tuerto.

Finalmente nos separamos y ella se apoyó en la pared, sin aliento, aunque sonaba como si estuviera sonriendo.

De pronto apareció Stef desde el otro lado y se quedó parada al verme. Mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, así que yo también pude verla a ella. Andy podría haberme visto si no fuese porque tenía los ojos cerrados. Stef puso cara de sorpresa, pero creo que enseguida se dio cuenta de lo que había pasado y me guiñó un ojo. A veces Stef actuaba como un tío más.

Le devolví el guiño y confié en que eso significara que sería nuestro secreto. Me alejé lentamente hacia la cueva. En cuanto desaparecí de la vista de las chicas, oí que Stef le susurraba a Andy:

—Vale, ya está el beso, ahora cuenta.

—Bueno —contestó ella—, no es lo que parece. Es... educado. Y sensible. Y muy muy dulce. Aunque sí que tenía una cosa rara.

—¿Qué?

Me detuve para escuchar mejor.

—Creo que lleva *brackets* —contestó.

Me pasé la lengua por los alambres de mis dientes frontales. Andy me había hecho olvidar por un minuto que mi dentadura no es perfecta.

—La próxima vez —oí decir a Stef— tienes que besarle con los ojos abiertos. Es una experiencia muy diferente.

—Bueno, supongo que si alguien lo sabe eres tú —replicó Andy—. Pero no quería mirar: pensé que, si era mi último día en la Tierra, deseaba que Brand fuese mi última comida.

—Yo espero que este no sea mi último día, así que alguna vez te contaré un secreto sobre esto.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Andy.

—Que las manzanas saben mejor cuando aún no están maduras del todo.

—¿Eh?

—No importa. Volvamos.

Oí como se acercaban, así que fui a la cueva tan rápido como pude.

Todos los tíos estaban de nuevo alrededor del esqueleto. Se les unieron Stef y Andy. Data había conseguido que la linterna volviera a funcionar. Bocazas siguió el brazo con la mirada, hacia los túneles.

—Bueno, ¿vamos a largarnos de aquí o qué? —dijo mi hermano. Andy se arrojó a él y lo abrazó por la cintura.

Él pasó su brazo por el hombro de ella. Eso me hizo sentir raro, en parte mal y en parte bien, a la vez celoso de Brand y orgulloso de mi secreto. Stef no me miró y yo no la miré a ella.

Bocazas dijo:

—Vale, el brazo apunta a la puerta número tres, así que sigámoslo y larguémonos.

Se dirigió hacia el túnel de la derecha. Los demás lo siguieron.

Yo me quedé un momento más mirando al bucanero momificado... y de repente se me ocurrió una idea. Fue de nuevo como sentir una melodía dentro de mi cabeza, y empezó a sonarme muy bien, como una de esas canciones que

soy el único en oír. Me recordó a Gordi bailando junto a la *jukebox* silenciosa en el Restaurante del Faro... ¿Cuándo había sido eso? ¿Solo unas horas antes? Parecía que hubiera pasado un año.

Me pregunté dónde estaría Gordi ahora. ¿Habría avisado a la policía? ¿Estaría atrapado en algún lugar? ¿Estaría...?

En fin, el caso es que se me ocurrió una idea.

—¡Eh, tíos, esperad! —grité.

Todos se detuvieron y me miraron.

—Este tío tiene un puñal en un ojo, ¿vale? O sea que es como si solo tuviera uno, igual que Willy el Tuerto, ¿sí? —Se mostraron de acuerdo, así que seguí—: Y si solo tienes un ojo ves las cosas un poco diferentes...

Miré el brazo del pirata, primero cerrando un ojo y después el otro. Este apuntó a un túnel diferente cada vez. Cuando cerré el ojo en el que el esqueleto tenía el puñal vi que el brazo señalaba al túnel de en medio.

Todos vinieron conmigo e hicieron lo mismo.

—Es el túnel central —dijo Brand—. La puerta número dos.

Bocazas reconoció que era así. Sin más discusiones entramos en la boca de en medio. Brand llevaba la linterna y hacía de guía.

Tras unos cuantos pasos volví a acordarme de Gordi.

¿Y si no había ido a buscar a la poli sino que nos había seguido aquí abajo? ¿O si lo había conseguido y ahora todos nos buscaban? Teníamos que hacerles saber qué camino habíamos escogido, dejarles alguna indicación.

—Un minuto, tíos —dije, y volví corriendo a la cueva principal.

Quería dejarle algún rastro que él y nadie más pudiese seguir, por si hubiera alguien indeseado siguiéndonos.

Rebusqué en mis bolsillos y saqué una navajita, una goma elástica, un dispensador de caramelos PEZ, tres cromos de béisbol, un Kleenex usado, el envoltorio de un pastelito Twinkie, media entrada del cine del sábado anterior y media tira de regaliz roja.

Dibujé con el dedo un número uno en la tierra frente al túnel de la izquierda, un dos en el de en medio y un tres ante el de la derecha. Entonces tiré el envoltorio al lado del pirata. Supuse que Gordi se imaginaría que los.

Twinkies se venden de dos en dos e iría hacia el segundo túnel. Bueno, eso es lo que creí.

Me levanté para entrar en el túnel y casi me volví a caer de la impresión. Había dos grandes agujeros redondos encima de la pared, uno a cada lado del túnel del medio. Antes no los había visto, pero ahora, con la luz dentro del pasaje, esta los había iluminado. Si me imaginaba los otros dos túneles como

mejillas chupadas, la pared entera formaba una calavera gigante, con los dos ojos encima y el túnel como el gran agujero de la nariz.

Y ahora todos los amigos que yo tenía en el mundo estaban dentro de aquella calavera.

Corrí con ellos por el agujero de la nariz.

# CAPÍTULO 6

## La historia de Gordi

Pensar en Gordi me recuerda que durante todo aquello él estaba viviendo su propia aventura, aunque no lo supe hasta más tarde. Supongo que este es un momento tan bueno como cualquier otro para contártela, así que ahí voy. Tal como me la relató él:

«La última vez que os vi estábamos en la sala del faro donde falsificaban dinero, y los Fratelli volvían y había un muerto congelado en el suelo y creí que estábamos acabados, aunque yo ya no tenía miedo después de haberme enfrentado a aquel lobo cerca de Vancouver.

»Entonces fuisteis y me metisteis en el congelador con el fiambre y cerrasteis la puerta. ¡No podía creérmelo! Intenté gritar, pero las cuerdas vocales se me habían congelado y no conseguí emitir ni un sonido. Y el maldito cadáver parecía que se me tiraba encima, y yo no podía evitar mirarlo a la cara, que, si recordáis, parecía tener tres ojos si tenemos en cuenta el agujero de bala entre los dos normales.

»Se abrió la puerta. Os iba a dar un par de tortas, pero entonces vi que no erais vosotros sino Jake. Así que en vez de eso decidí quedarme muy quieto hasta que los oí largarse y salí.

»Os oí llamarme desde debajo de la chimenea, sí, de la chimenea, anda que no, os pedí que me dejaseis entrar y ¿qué me dijisteis vosotros? Que me buscase la vida. Vale, mil gracias, yo estaba ahí de blanco fácil y mis mejores amigos se negaron a ayudarme cuando las cosas se pusieron serias de verdad. Qué grandes amigos.

»Entonces volví a oír a la banda de los Fratelli, pero por suerte soy un tío con muchos recursos, así que fui hasta la ventana de un solo salto, ágil como un hurón... y me escapé. No sé cómo es que a vosotros no se os había ocurrido.



»Ahora estaba fuera. Era de noche, hacía frío y estaba muerto de miedo, así que eché a correr. Me recuerda a aquella vez en que fui uno de los que marcaban el ritmo en la maratón de Portland. Eso, claro, había sido antes de tener mi, ejem, problema de peso, y no llegaron a medirme el tiempo, pero gambaba muy bien, sobre todo a campo abierto. Intenté concentrarme en eso mientras me largaba a toda mecha del faro.

»Crucé el cementerio, que no resultó un pícnic precisamente, atravesé el bosque y subí la colina todo el camino hasta la carretera, y entonces me di cuenta de que habíamos dejado las bicis ahí abajo y podría haber cogido la mía. Pero me daba demasiado miedo volver, así que seguí corriendo.

»Creo que no paré en diez minutos, hasta que por fin pasó un coche. Me detuve delante de sus luces y agité los brazos para que frenara, cosa que hizo tan justo que casi me atropelló. Entonces bajó un tío, aunque por las largas que me daban en los ojos no pude verlo muy bien. Me preguntó si había algún problema, y yo le contesté “Señor, necesito que me ayude. Mis amigos y yo acabamos de enfrentarnos a una gente muy mala, quizás haya oído hablar de ellos, la banda de los Fratelli. El caso es que hemos encontrado su escondite, así que si puede llevarme hasta la comisaría...”.

»Mientras hablaba iba acercándome al coche. En cuanto ya no me cegaron las luces vi que era el maldito todoterreno del faro, con los agujeros de bala. Ahí sí que me sentí como un verdadero idiota...

»Miré arriba y, claro, el tío era Jake Fratelli, con Francis detrás. Me di la vuelta para echarme a correr. Soy rápido, pero ellos más, así que antes de darme ni cuenta me habían atrapado y me estaban metiendo en el maletero, y aunque yo gritaba no había nadie cerca.

»Bueno, sí que había alguien: dentro del maletero, justo a mi lado, estaba el mismo maldito fiambre del FBI.

Pero, claro, no me oía.

»El viaje de vuelta a la guarida fue corto pero lleno de baches y doloroso. Me llevaron de nuevo al sótano, justo a la sala de la imprenta. Allí me esperaba Mama.

Deseé saberme alguna oración, pero no, así que sonreí tanto como pude y rogué que solo me secuestraran y me adoptaran como hijo bandido y pudiera entregarme en cuanto fuéramos a cometer nuestro primer atraco. Pero ellos no pensaban en adoptarme: solo querían torturarme.

»Me ataron a una silla de metal de la que salía un cable, y Jake me puso una pistola en la cabeza. Ostras, mamá ni siquiera permite que tengamos una escopeta en casa, cosa que me había dificultado el desarmar a aquellos dos

ladrones que intentaron robar en casa el Año Nuevo pasado, cuando mis padres habían ido al ballet. Los cacos habían entrado por la ventana del lavabo de arriba, pero yo les oí desde la sala de recreo. Supe que iban a tener que pasar junto al armario de la ropa de cama si iban a por las joyas de mamá, así que me escondí dentro y cuando pasaron les tiré una de esas toallas grandes sobre sus cabezas y los dejé fuera de combate golpeándolos con un cubo.

»En fin, el caso era que ahora no podía arrebatárles las pistolas a los Fratelli, porque me ataron a la silla. Pensé que la cosa no acababa de ir muy bien.

»Entonces la vieja dejó una picadora industrial de carne en la mesa de delante de mí, la enchufó, la puso en modo “licuar”, le metió una berenjena y todos miramos cómo se convertía en una masa pastosa. Mama dijo: “Primero vamos a empezar por tus dedos regordetes, después tus manos redonditas, después tus brazos carnosos...”. La leche, me dan ganas de vomitar con solo recordarlo.

»Después apagó la máquina y dijo: “Bueno, ¿vas a contarme ahora dónde están tus amiguitos?”.

»“¡En la chimenea!”, le contesté en tres décimas de segundo. No os lo toméis a mal, pero tenía miedo; más bien, estaba totalmente cagado.

»¡Pero ella no se lo creyó! “No me mientas, chico”, dijo. “En serio — insistí yo—. Conseguimos un mapa que tenía el padre de Mikey, y decía que aquí abajo hay un tesoro enterrado, así que...”.

»“No nos vengas a nosotros con tus bolas —dijo Jake, y empezó a darme empujones—. ¡Queremos la verdad! ¡Canta, niño! ¡Suéltalo todo! ¡Todo!”.

»Y dale con gritarme y sacudirme, y yo que no sabía qué es lo que iban a hacerme: les estaba diciendo la verdad pero tenía que conseguir que me creyesen. Ya que me pedía que lo “soltara todo”, decidí que fuera “todo” de verdad. Así que eso hice: “Vale, vale —les dije—, en tercero de primaria copié en un control de historia, en cuarto le robé el peluquín a mi tío y me lo pegué en la cara para hacer de uno de los Reyes Magos en la obra de Navidad, y después, en quinto, empujé a mi hermano por las escaleras y le eché la culpa al perro...”.

»Seguí así un rato. Me miraron como si me hubiese vuelto loco, y entonces empecé a sentirme mal y pensar en cosas que había hecho de verdad y de las que me arrepentía, cosas que nunca había reconocido ante nadie. Les conté cuando hice un vómito falso con sopa de guisantes, salsa de soja y granos de maíz, lo metí en una lata, me la guardé en la chaqueta, fui al cine,

me senté en la primera fila del gallinero, imité el sonido de potar y vertí la sopa sobre la gente que tenía abajo, en la platea, y eso les hizo ponerse malos a ellos y vomitar unos sobre otros. Caray, fue horrible, nunca en mi vida me había sentido tan mal. Y después de contárselo a los Fratelli volví a sentirme fatal y me eché a llorar como un bebé, ¿podéis creéroslo? ¡Eh!, ¿cómo que sí que podéis!?

»Bueno, el caso es que la vieja Mama me miró con cara tan cabreada que le bizqueaban los ojos. Me cogió la barbilla entre el pulgar y el primer nudillo, como hacía mi tía Rose, solo que Mama apretó como si quisiera licuarme ella misma, y me dijo: “Mira, chico, aún no he oído lo que quería: ¿dónde están tus amigos?”.

»Yo ya no sabía qué hacer para que me creyese, así que insistí: “Ya se lo he dicho, en la chimenea. Apartaron los leños y la rejilla y se metieron en una especie de pasadizo secreto...”.

»Ella, muy sarcástica, me contestó: “Ya, y supongo que después volvieron a colocar la rejilla y los troncos e hicieron fuego desde abajo”.

»“Sí, sí, justo eso”, dije, pero me dio la impresión de que no la convencí precisamente. Enseguida quedó clarísimo, porque se volvió hacia Francis y le dijo: “Pon el *modo puré*”. Él le dio al botón de la picadora, que empezó a convertir los restos de berenjena en puré, y Mama insistió: “¿Y ahora, vas a decirnos la verdad o quieres convertirte en ingrediente de la sorpresa de pescado?”.

»Me cogió una mano y la puso sobre la picadora. Grité. Lloré. Negocié con Dios: “Líbrame de esta y prometo que iré a la iglesia cada domingo, o haz desaparecer a estos tíos y sacaré la basura durante un año”, cosas así.

Pero ellos no dejaban de acercar mis dedos más y más a las aspas del aparato. En fin, ahora iba a tener una buena excusa para dejar las clases de violín.

»De repente sonó un ruido, también como de picadora del tamaño de Hawái, y venía de la chimenea. Lo primero que se me ocurrió fue que igual era un enorme trol que aparecía para meternos a todos en su propia picadora gigante. Pero entonces los leños y la rejilla salieron disparados de la chimenea hasta rebotar por el suelo, y del agujero de abajo salió una bandada de murciélagos, en serio, una bandada inacabable, y empezaron a dar vueltas por la sala como cuando te vas a la cama justo después de cenar *pizza*, hasta que desaparecieron entre las vigas del techo, donde estaba oscuro. Francis corrió al hueco de la chimenea, miró abajo y dijo: “Eh, lo que decía el chaval no era una trola de mierda”.

»¿“De mierda”? Yo sí que estaba cagado. Pero los murciélagos me salvaron. En realidad fue la segunda vez que me salvaban unos murciélagos. La primera vez fue en el viejo campanario de Lynch Road. Yo estaba allí con una red, atrapando unos cuantos porque había oído que en la universidad hacían experimentos con ellos y pagaban cinco pavos por cabeza, y ya tenía un saco lleno. De día es fácil cogerlos porque duermen. Y entonces me caí de la torre y grité tan fuerte que desperté a los murciélagos, y estos se pusieron a volar dentro del saco, convirtiéndolo en una especie de globo espástico, y así volví al suelo suavemente. A continuación los solté a todos, era lo menos que podía hacer después de que me salvaran la vida aunque ellos mismos no lo supieran.

»Bueno, el caso es que entonces los Fratelli pensaron que los murciélagos debían haber venido de alguna parte, y que quizás yo no era el trolero ignorante que creían.

»Miraron y vieron que sí, había un pasadizo allí abajo. Me sentí tan aliviado que podía haber cagado perlas.

Pero entonces Mama abrió el armarito de la despensa y vi que estaba lleno de pistolas y más pistolas. Todos cogieron una, y Mama dijo: “Si encontramos a esos chicos, recordad que no queremos testigos: vamos a agujerearlos como coladores”.

»Soltó una carcajada como la de un personaje de *Dragones y mazmorras*, y, no es broma, me apuntó a la cabeza con su pistola. De repente, todo lo que yo había comido en la vida me pasó por delante de los ojos. Pero entonces bajó su arma. “Mejor que no lo matemos —dijo—, por si miente. Llévalo con tu hermano”.

»Jake empezó a levantar la silla en la que yo estaba atado, y entonces el doblón se me cayó del bolsillo. Mama lo cogió, le pegó un mordisco, lo miró muy de cerca. No pillaba lo que era. “¿Qué es esto, un regalo de una caja de galletas?”, me preguntó.

»“La encontramos con el mapa —contesté—. Tiene algo que ver con el tesoro enterrado”.

»Mama se la dio a Francis. “Se supone que tú eres el experto en hacer dinero”, le dijo.

»Él la examinó con mucho detalle, incluso más que ella. Se le abrieron los ojos como platos. “¡Que me den!”, exclamó.

»“Ya te daré yo —replicó su madre—. Pero ¿qué pasa con la moneda?”.

»“¿Ves esta marca de aquí? —señaló—. Es como la ‘firma’ de William B. Pordobel, más conocido como Willy el Tuerto”.

»“He oído hablar de él” —dijo Jake.

»Francis asintió muy lentamente. “Willy el Tuerto fue uno de los piratas más ingeniosos del siglo XVII. Empezó como bufón de la corte británica, pero lo echaron por sus chistes verdes y sus gamberradas”.

»“A ti te hubiera caído bien, *Ma*”, dijo Jake, y todos rieron.

»Francis siguió hablando: “Entonces Willy creó su propia tripulación pirata y salieron en un barco llamado *Infierno*. Willy y sus hombres asaltaron y destrozaron cientos de embarcaciones del rey y amasaron una fortuna, un tesoro valorado en millones. Según la leyenda, tres barcos del rey lo persiguieron y le obligaron a ir más y más al norte, hasta que llegó a esta zona. Mientras le atacaban, Willy llevó su barco hasta una enorme cueva oculta bajo tierra, pero los barcos de la marina la sellaron con fuego de cañón. Willy y los sobrevivientes se pasaron el siguiente par de años escondidos y reparando el *Infierno*. Exploraron todas las catacumbas naturales, excavaron nuevos túneles y los llenaron de trampas para proteger el tesoro y prevenir ataques. Uno de sus hombres huyó y lo contó, y la historia ha pasado de generación en generación durante más de trescientos años”.

»“¿Y cómo es que tú sabes tanto de eso?”, le preguntó Mama.

»“Willy derritió todo el oro que había robado y creó sus propias monedas —contestó Francis—. Esta es una de ellas, y lo sé porque esa es mi especialidad, *Ma*”.

»“Bueno, pues vosotros llevad a este tocinillo con vuestro hermano —le dijo ella—, y después iremos a ver si encontramos a esos pequeños metomentodos y de paso conseguimos unos cuantos doblones”.

»Ella descendió por el pasadizo de debajo de la chimenea con una pistola y una linterna, mientras sus dos hijos me levantaron en la silla, me sacaron de la sala al pasillo y me metieron en la habitación de al lado, donde habíamos oído aquellos gruñidos.

»Ahí había un tío sentado de espaldas a la puerta, muy grandote, mirando la tele, con la cara a tres centímetros de la pantalla. Daban una peli de espadachines en la que todos los personajes se acusaban entre ellos y se retaban a un duelo y sacaban sus espadas. Ya me hubiera gustado a mí llevar una espada, pero de eso nada. Jake y Francis me dejaron al lado del tío, pero este estaba tan concentrado en la peli que ni se dio cuenta, y yo no podía verle la cara porque la tenía vuelta hacia la tele.

»Jake le dijo: “Eh, no te pongas tan cerca de la pantalla, te puede dañar el cerebro”, y él y Francis se echaron a reír y después se fueron.

»Así que el tío y yo nos quedamos viendo la peli durante cinco minutos. Yo empecé a ponerme nervioso y a preguntarme en qué estaría pensando él; y es que, la verdad, la peli tampoco era tan buena. Se me ocurrió que no estaría de más hacerme amigo suyo, así que sonreí y le dije: “Hola, ¿qué tal? Mi nombre es Lawrence, pero todo el mundo me llama Gordi. Supongo que es porque como demasiado relleno de Twinkies...”.

»De repente, el tío se volvió hacia mí con un gran rugido. Increíble. Tenía la cabeza deformada, acabada en punta, con unos pelitos arriba y los ojos fuera de lugar, orejas en punta como de venusiano, nariz de mazapán, labios de goma por los que le caía la baba hasta el cuello y unos dientes amarillos torcidos. Me revolvió todo.

»Grité, me dieron arcadas, intenté levantarme, me desmayé. Y no exagero, parecía que iba a arrancarme el corazón. Pero solo abrió la boca y, en serio, sonrió y después soltó una risita. Bueno, a mí me pareció una risita.

»Alucinad, pero creo que le caí bien.

»“Vale, pues, ¿y cómo te llamas?”, le pregunté. Él señaló hacia una página arrancada de un *National Geographic*, creo, y pegada a la pared. Era un dibujo de un enorme y peludo animal prehistórico al que un tigre de dientes de sable se estaba comiendo vivo mientras los dos se hundían en un pozo de alquitrán ardiente y burbujeante, y debajo de la imagen decía: “Un perezoso gigante, el animal conocido en inglés como ‘sloth’, demasiado pesado para escapar del alquitrán, es la última cena del feroz tigre de dientes de sable, que aún no se ha dado cuenta de su destino”.

»Señaló primero al perezoso y después a sí mismo, y puso una cara que parecía a la vez avergonzada y orgullosa, y dijo con voz muy grave: “Sloth”. Se golpeó el pecho un par de veces y repitió la palabra.

»Miré el dibujo más de cerca y, bueno, sí que tenían un cierto parecido.

»Entonces cambió el canal. Apareció un cocinero famoso preparando una tarta de crema de chocolate y lo miró un rato. Juro que no me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que vi al de la tele poniendo el glaseado sobre la doble capa de la tarta y añadiendo grandes cerezas, y se me hizo la boca agua, no pude evitarlo ni pude apartar la vista de la pantalla. Así que ahí estábamos los dos, pegados al aparato, y el tío casi empezó a caerme bien, me pareció que no era malo y a los dos nos molaba el programa, y de repente se volvió hacia mí y me habló como si tuviera un Scotch-Brite en la boca.

“Chocolate”, dijo, y volvió a sonreír.

»Le devolví la sonrisa. Era buen tío. Yo no me fío de nadie a quien no le guste el chocolate. Y entonces recordé algo más: llevaba una barrita en el

bolsillo trasero. Aunque tenía las manos atadas, mis dedos llegaban a esta. Conseguí coger entre dos dedos un Snickers.

»Se lo mostré a Sloth, que me dedicó una gran sonrisa y gritó: “¡Milka! ¡Milka!”. La verdad es que resultaba enternecedor.

»Le tiré la barrita, pero como no podía mover bien la muñeca, cayó al suelo entre nosotros. No podíamos cogerlo: yo estaba atado a la silla y él estaba encadenado a la pared y quedaba fuera de su alcance. Se echó a gruñir y a sollozar y empezó a agitarse y a tirar de las cadenas de los pies. Al principio no pasó nada, pero lo hizo cada vez más fuerte, bufando y resoplando, y al poco la pared empezó a ceder. El cemento se agrietó, las tablas de madera crujieron. Los clavos salieron disparados de la pared y las cadenas cayeron al suelo. ¡El tiarrón estaba libre!

»“Caramba, tienes aún más hambre que yo”, le dije.

»Él se rio, aunque sonó más como una especie de resoplido, y con un par de tirones fuertes rompió la cadena que unía sus muñecas. Se quedó con cuatro colgándole de brazos y piernas, y fue a por la chocolatina. La cogió y se comió la mitad de un bocado, con envoltorio y todo.

»Yo seguía atado a la maldita silla. ¿Sabéis lo que hizo él entonces? Me puso la otra mitad de la chocolatina en la boca. Tíos, nunca nada me había sabido tan bien.

»Entonces se incorporó delante de mí y, en serio, debía medir dos metros y medio. Os lo juro. Me llevé tal susto que dejé de masticar. Se inclinó sobre mí y por un momento pensé que mi próxima residencia iba a ser en el otro barrio. Me cogió por los hombros y me levantó junto con la silla hasta tener nuestras caras a la misma altura (que parecía fuera de la atmósfera terrestre), me miró un momento, y entonces, alucinad, me dio un beso en la boca.

»No me entendáis mal, no fue guarro ni nada. Solo intentaba mostrar su amistad. A ver, en el momento me asustó un poco, pero entonces echó la cabeza atrás y soltó una risita de buen rollo. Claro que su aliento olía como el aire de un vestuario durante la temporada de fútbol. Se lo mencioné y él me dejó caer.

»La silla se estrelló contra el suelo y me levanté, libre como un pájaro. Pero, antes de que pudiera largarme, Sloth me cogió de la mano y me arrastró fuera, por el pasillo, y me devolvió a la primera habitación.

»Ahora no había nadie. Me imaginé que habrían bajado por el pasadizo de debajo de la chimenea. Sloth corrió al congelador, lo abrió, me dirigió una sonrisa gamberra y de corderillo a la vez y me dijo: “Chuleta”. Tiró de una bolsa de plástico helada y sacó de ella eso, un chuletón de lo más grueso,

congelado, duro como el granito, pero a él le dio igual, le pegó un enorme mordisco y se puso a masticarlo tan tranquilo, como si fuera un Dorito.

»Entonces me lo mostró, como ofreciéndome compartirlo. Intenté ser lo más educado posible, pensé que Sloth no era la clase de persona que te conviene que se enfade contigo. “Oh, no —le dije con una gran sonrisa—, quédatelo. A mí me gustan no tan crujientes”.

»Se encogió de hombros y se lo acabó, con hueso y todo. El tío tenía que mejorar sus modales. En fin, vi que había un teléfono en la mesa y llamé a la policía. ¡Por fin un poco de suerte! Me contestó el *sheriff* en persona: “¿Hola? ¿*Sheriff*? —pregunté—. Estoy en el viejo Restaurante del Faro y, bueno, quería denunciar un... primero un asesinato, bueno, dos; después, hemos encontrado dónde se esconden los hermanos Fratelli. Y además...”.

»“Espera, para un momento —dijo él—. ¿Eres Lawrence otra vez?”.

»Ya os imaginaréis que me dio un poco de vergüenza que reconociera mi voz, pero contesté: “Sí, señor, soy yo”.

»Y entonces el tío, muy borde, me soltó: “¿Cuándo diablos piensas dejar de tocarme las narices? ¿Es que voy a tener que llamar de nuevo a tu madre?”.

»Mientras, vi como Sloth se comía entero un pavo congelado. Primero arrancó una pata, pero era puro hielo sólido, así que se le resbaló de las manos y salió volando por la sala, hasta la chimenea. Él corrió a cogerla; supuse que debía ser su parte preferida del pavo.

»Oí que el *sheriff* seguía metiéndose conmigo por el teléfono, así que contesté: “Pero, señor, esta vez le estoy diciendo la verdad”.

»“Claro —dijo él—, como cuando me contaste que cincuenta terroristas iraníes habían secuestrado el restaurante Sizzler de la ciudad”.

»“Vale, admito que aquello fue una broma”, repliqué.

Entonces él volvió a soltarme el rollo, y ahora Sloth había metido la cabeza en el agujero de debajo de la chimenea para ver si su pata de pavo había ido a parar allí. Pero supuse que no estaba, porque soltó un rugido en el agujero que pareció un elefante en celo. Unos dos segundos después volvió el eco de su voz, y el tío dio un salto hacia atrás como si lo llamara su madre o algo así. Se echó a reír y volvió a meter la cabeza y rugir, y cuando oyó de nuevo el eco rio aún más fuerte. Creo que pensaba haber encontrado a otro amigo que hablaba como él.

»Por otro lado, el *sheriff* empezaba a sonar como un disco rayado, así que intenté ser educado y sincero y todo eso: “De verdad, señor, tiene que creerme”.



»“¿Ah, sí? —preguntó él—. ¿Como tu última broma sobre esas pequeñas criaturas que se multiplican cuando las mojas?”.

»Estaba claro que con ese tío no iba a conseguir nada.

A ver, a veces le había contado historias con unas pocas exageraciones de nada, pero estaba claro que él no tenía ese instinto de policía como para detectar cuando le estaban diciendo la verdad. Además, Sloth empezaba a bajar al pasaje de la chimenea y yo no quería quedarme allí solo, por si volvían los Fratelli. Así que dije: “*Sheriff*, un momento”, y a Sloth: “¡Espera! ¡Vuelve aquí! ¡Eh!”.

Hice un movimiento para acercarme a Sloth y sin querer arranqué el cable del teléfono. Ya lo dicen, a veces los aparatos baratos acaban resultando muy caros.

»Bueno, pues ahora Sloth estaba en el pasadizo, persiguiendo su eco o buscando la pata de pavo, así que decidí seguirle. Ya le había dicho al *sheriff* dónde estábamos, no podía hacer más. Si desaparecíamos, al menos él sabría por dónde empezar. Además, ya lo he comentado, me daba miedo quedarme solo, y no sabía en qué lugar podía estar a salvo. También estaba preocupado por vosotros, tíos, y quería saber adónde habíais ido. Y el tal Sloth empezaba a caerme bien, no quería que se metiera en líos, porque me temo que no es muy listo. Bueno, debe de tener necesidades especiales o algo así, me imagino que bastaría con encontrarle un tutor adecuado.

»Bajé al pasaje con una linterna que encontré en un armarito. Me tentó coger también una de las pistolas, pero pensé que mamá me mataría si se enterara, y además, igual me volaba mi propio pie.

»Sloth estaba rebuscando por entre la mugre del suelo.

Encontró su pata de pavo, le pegó un mordisco y gritó al túnel y, como este volvió a “contestarle”, me miró, soltó una risita y siguió avanzando. Corrí para alcanzarle; él pegaba zancadas muy largas. Fuimos hacia un lado y después hacia otro y otro más... Era como un laberinto.

Esperaba encontrar en cualquier momento un gran trozo de queso.

»Con cada esquina que doblábamos, Sloth soltaba de nuevo su grito, el eco se lo devolvía y él reía como si hubiera oído algo de lo más divertido.

»Por fin le cogí del brazo; pensé que si nadie se lo contaba iba a llevarse una gran decepción. “Espera, escúchame —le dije—. No es una persona, es solo tu eco, ¿entiendes? Tu eco. Eco”.

»Se quedó parado un momento, y de repente se le iluminó la cara y asintió como si lo hubiera comprendido.

»“¡Seco! —exclamó—. ¡Fruto seco!”.

»Volvió a avanzar por el túnel, repitiendo una y otra vez para sí mismo, emocionado: “¡Fruto seco! ¡Fruto seco!”.

»Le seguí, intentando razonar con él. Me dio la impresión de que mi comentario no le había quedado claro del todo. “No, ‘seco’ no —insistí—. Eco. ¡Eco!”.

»Pero él no hacía más que sonreír y seguía caminando y hablando solo.

»Dimos vueltas por un montón de túneles, hasta que por fin acabó tranquilizándose. Llegamos a una cueva llena de cañerías rotas que echaban agua por todas partes, y pensé que debíamos estar en el camino correcto porque parecía cosa de Bocazas con su estilo de intentar arreglar algo que antes no estaba roto. Sloth tenía mucha sed después del chuletón y la pata de pavo, así que bebió un rato de una de las cañerías y después seguimos.

»Llegamos a otro túnel lleno de piedras enormes, ¡una de ellas encima del esqueleto aplastado de un viejo minero, en serio! Molaba. Pero seguimos adelante. Mi tío Sydney era minero y me había dicho que nunca hay que quedarse en una cueva donde encuentres a un muerto porque nunca se sabe qué es lo que ha acabado con él, podría ser algo como un depósito de gas. Antes los mineros bajaban canarios en jaulas con ellos, y si estos se morían sabían que había un escape de gas y se largaban a toda velocidad. En fin, que ver tirado ahí a un minero fue como si me hubiese encontrado con un canario muerto. Vale, este estaba aplastado bajo una piedra, pero con algo así uno no puede sacar conclusiones precipitadas; aún podía ser el gas lo que lo hubiera matado. ¿Os he hablado alguna vez de cuando el tío Sydney me llevaba a la mina con él? Me necesitaba: como yo era mucho más pequeño que él podía meterme por agujeros por los que él no cabía, así que los exploraba, salía y le contaba lo que había visto. Nunca encontré oro, claro, pero tampoco lo buscábamos; lo que mi tío quería era aluminio, un filón de aluminio puro. En Canadá hubiera podido venderlo por millones. Allá lo usan para hacer latas pero no tienen el material, así que necesitan importarlo. Aún toman cerveza en botellas, así de atrasados están.

»En fin, que sé un par de cosas sobre minas y mineros, así que vi que mejor largarnos enseguida, antes de que el gas nos dejara demasiado atontados como para esquivar las piedras.

»Nos metimos por un agujero en la pared y fuimos a dar a una gran caverna, que obviamente era de donde habían salido todos aquellos murciélagos, y de ahí terminamos en un pasaje muy estrecho, y entonces la cosa se puso delicada... porque en la distancia oí voces, y sonaban como los Fratelli.

»Enseguida miré a Sloth, a ver qué pensaba hacer, para decidir si yo debía salir corriendo y esconderme o qué.

Él me dedicó una sonrisa cómplice y se llevó un dedo a la boca, como indicándome que no hiciera ruido; después se tapó la boca con la mano para no hacer ruido él.

Me señaló con un gesto que avanzásemos de puntillas.

Lo hicimos, hasta que estuvimos lo bastante cerca de los Fratelli como para verlos y oírlos, pero suficientemente lejos como para seguir ocultos entre las sombras.

»Ellos estaban metidos en un charco poco profundo, bañados por la luz de la luna, cuando de repente empezaron a agitarse y dar saltos y chillar diciendo que tenían sanguijuelas por todas partes. Solo con recordarlo me echo a temblar.

»Salieron del charco, encendieron cigarrillos todos y se pusieron a quemar las sanguijuelas de su piel con las puntas encendidas. Eso sí que fue asqueroso. Después Mama miró al suelo y dijo: “Han ido hacia allá. El suelo está lleno de huellas pequeñas”. Y se fueron en esa dirección.

»Nosotros nos quedamos allí sentados un minuto, decidiendo qué hacer. Yo no quería seguir a los Fratelli demasiado de cerca por si nos veían. Por otra parte, sí quería ver adónde iban, ya que si los teníamos delante de nosotros eso quería decir que no los teníamos detrás, ¿no?

»Sloth parecía creer que lo de verlos sin que ellos nos vieran era el truco más divertido jamás inventado desde las pompas de jabón. Bueno, pues estábamos ahí sentados, y al rato se cruzó de piernas, se inclinó hacia delante y empezó a dibujar algo en la tierra con el dedo: un círculo en el centro con unos símbolos terroríficos, y detrás un recuadro. Al principio no supe lo que era, pero de repente lo entendí: la carta de ajuste de la tele. Parecía la del Canal 9. Después de dibujarla se la quedó mirando fijamente, ahí cruzado de piernas y con las manos en las rodillas, como mamá cuando hace yoga, y de repente respiró muy hondo y empezó a soltar un largo sonido agudo en voz baja. Sonaba como el de la carta de ajuste o cuando de vez en cuando en la radio hacen un test para emergencias durante un minuto. Es como un *diiiiiiiiii*, aunque Sloth lo hizo durar mucho más que un minuto y sin respirar, y así siguió, *diiiiiiiiii*, y al poco tiempo se le pusieron los ojos como idos y me di cuenta de que estaba en trance.

»En serio, se había quedado como mi madre cuando hacía meditación para intentar dejar de comer tanto, solo que él en vez de *ommmmmhacia diiiiiiiiiii*. Entonces me di cuenta de que en realidad Sloth es un tío muy

espiritual. Creo que es una persona altamente evolucionada. Para mí es un honor estar en su presencia.

»En fin, que se quedó haciendo eso un rato, y cuando por fin paró y volvió a la realidad soltó un largo suspiro relajado y me sonrió, como indicando que estaba listo para seguir.

»Pero no se levantó. En vez de eso, rebuscó en el bolsillo y sacó un arpa de boca, la limpió un poco con la otra mano, se la llevó a los labios y empezó a tocar.

»“¡Eh! —le dije—, ese es un instrumento judío y yo soy judío, ¡qué coincidencia más increíble!”. Asintió y siguió tocando, y entonces me di cuenta de que seguramente no se trataba de ninguna coincidencia. Es verdad que tenemos mucho en común, que compartimos intereses y tal.

»Bueno, el caso es que entonces se levantó y empezó a marcar el ritmo dando patadas en el suelo, y yo lo acompañé haciendo palmas. Lo que tocaba me resultaba familiar pero no acababa de reconocerlo, y entonces me di cuenta de que era la música del anuncio de la tienda de coches de segunda mano Gilbert Chevrolet que dan muy tarde por la noche en el Canal 13. Le siguió un popurrí de *spots*, como “La chispa de la vida, Coca-Cola es así” y “¡A que no puedes comer solo una!”, cosas de esas.

Supuse que eran las únicas canciones que conocía.

»Tras acabar su repertorio, estaba de lo más contento y tranquilo y dispuesto a seguir. Así que eso hicimos, continuamos por la dirección por la que habían ido su madre y sus hermanos.

»Fuimos con mucho cuidado de pasar por un lado del charco de las sanguijuelas sin pisarlo, por más que viésemos que había un montonazo de monedas en el fondo. Igual eran los propios bichos los que las habían dejado allí para atraer a la gente y chuparles la sangre, no lo sé.

»Seguimos avanzando un rato por varios túneles más hasta que llegamos a un callejón sin salida con un agujero en el suelo y una cuerda que bajaba, acabada en un garfio enganchado a una roca. Miré por el hoyo pero no pude ver el fondo. Al principio me pareció oír las voces de los Fratelli, pero desaparecieron.

»Aun así, no estaba muy convencido de meterme por ese agujero negro. Me entendéis, ¿no? A ver, no es que yo sea el mejor escalador de mi clase. Creo que Sloth entendió mis dudas, porque me cargó a su espalda y nos bajó a los dos por la cuerda, con cuidado, poco a poco, seguro.

»Ahora que tenía su cara muy cerca, aproveché para examinarla bien. Además, las paredes brillaban por esa especie de porquerías marinas que

había pegadas, creo, así que podía ver bastante bien. Resultó que a esa luz, desde mi posición, tampoco me pareció tan horroroso.

A ver, no es que fuera a salir el mes que viene en *Playgirl* ni nada de eso, pero los había visto peores. ¿Conocéis a mi tío Grobnick?

»Le dije “Oye, no eres tan raro. Una vez tuve una serpiente con dos cabezas”.

»Me contestó con un gruñido, como si hubiese entendido lo que le decía, así que seguí hablando: “Tengo otro amigo, Mitch, al que le ha brotado una cosa peluda en el cuello y los demás se burlan de él, así que solo sale a jugar de noche. Supongo que tú también preferirás salir solo cuando es de noche, ¿eh?”.

»Él asintió, así que seguí: “Creo que sé cómo te debes sentir. Igual que cuando yo voy a la piscina municipal y tengo que quitarme la camiseta; me da mucha vergüenza: todos los demás tíos están morenos y tienen una buena ‘tableta de chocolate’, y yo parezco el muñeco de Michelin, así que nado con ella puesta”.

»Volvió a gruñir: me había entendido perfectamente.

Él también sabía bien cómo me siento yo. Justo entonces llegó al final de la cuerda y saltó al suelo, con cuidado de evitar unas estacas enormes; de habernos caído, yo ahora sería un kebab de Gordi.

»Miramos a nuestro alrededor. Estábamos en una gran cueva, y en un extremo había el esqueleto de un pirata —en fin, un esqueleto humano momificado con ropa pirata— que señalaba hacia unos túneles al otro lado. ¿Y qué hizo Sloth? Pues fue y le cogió el sombrero pirata, se lo puso y me miró, levantando las cejas. ¿Qué podía decirle? “Estás espectacular”. Él me miró como con timidez. Qué tío más especial.

»Entonces, con gestos de lo más *cool*, sacó un cigarrillo del bolsillo del abrigo, se lo llevó a la comisura de los labios, lo encendió con un mechero Bic, le pegó una fuerte calada, se apoyó contra la pared, cogió una moneda del bolsillo del pantalón y empezó a lanzarla al aire y volver a cogerla, lanzarla al aire y volver a cogerla, como el gánster de la peli aquella. La habría visto en la tele.

»Yo le dije: “Eh, tío, que fumar no mola”. Él puso cara de decepcionado y tiró el pitillo. Entonces me mostró la palma de la mano como diciendo “espera un momento”, volvió a buscar en los bolsillos del abrigo, sacó una baraja de cartas muy gastada, me la plantó en la cara y dijo: “Coge una”.

»Me quedé totalmente de piedra; el tío no dejaba de sorprenderme. Hice lo que me pedía, miré la carta: el cuatro de diamantes. La devolví al montón.

Él barajó como un profesional de Las Vegas. Después lanzó todas las cartas al aire y estas cayeron por todas partes, excepto una que se le quedó en la palma de la mano. Y que me parta un rayo si no era el cuatro de diamantes.

»Notó que me había impresionado, pero se limitó a recoger las cartas y volver a guardárselas. Seguía llevando el sombrero pirata. “Eres un tío de lo más interesante, ¿sabes?”, le dije. Él sonrió y se llevó la mano a la punta del sombrero, como contestando “gracias”.

»Mientras le ayudaba a recoger las cartas encontré un envoltorio de Twinkies en el suelo. Así supe que vosotros habíais estado allí. Vi un montón de huellas que iban hacia el túnel de en medio, por ello me imaginé que esa era la salida buena. Esta vez fui yo quien tomó la iniciativa: “Adelante, tropa”, dije, y Sloth me siguió.

Así fue como llegó Gordi al lugar donde yo me he quedado en mi historia. Pero yo había llegado primero. O, en realidad, segundo: el único que había estado antes que yo era Willy el Tuerto, con quien iba a encontrarme pronto. Pero él no fue el primer delincuente que vi en las cuevas: ese honor lo tuvieron los Fratelli... y a estos iba a encontrármelos aún más pronto.

## CAPÍTULO 7

**Sigo mi historia • El lago • La historia de Data • La historia de Stef • La niebla • La historia de Bocazas • La historia de Brand • La historia de Andy • El río de los sueños**

Bueno, pues yo me introduje por el túnel de en medio —el agujero de la nariz de la calavera— y fui con los demás. Empezamos a caminar por la siguiente parte de retorcidos pasajes. Cuanto más avanzábamos más oíamos ruido de agua haciendo eco en las paredes; primero violento como en una cascada, después más suave, como una corriente. Nos mantuvimos casi en total silencio; supongo que cada uno iba pensando en sus cosas.

Una media hora después llegamos a una cueva del tamaño de mi casa. Solo había una salida, otro túnel, y estaba lleno de agua.

Sobre esta flotaba una enorme balsa de madera hecha con troncos alquitranados unidos con cadenas y cuerdas.

Estaba atada a una roca. Por el suelo había una docena más de balsas, de diferentes tamaños. Stef dijo:

—En otros tiempos esto debía estar cubierto por el agua. Sería como un muelle o algo así.

—Bueno, pues ahora es un dique seco —dijo Bocazas.

—Excepto por ese canal. ¿Adónde llevará?

—Pues, como es la única salida, pronto lo sabremos.

—¿Y si volvemos atrás? —dijo Data. Parecía más preocupado que el resto por meterse en aquel río subterráneo.

Pero bastante por detrás de nosotros oímos algo que podía ser pasos y voces.

—No creo que podamos volver atrás —dije.

Saltamos a la balsa, desatamos la cuerda y nos pusimos en marcha.

El agua estaba tranquila, pero de alguna parte debía venir una buena corriente, porque enseguida empezó a arrastrarnos por el túnel. No había

manera de guiar la balsa, pero no importaba, ya que debía tener unos cinco metros de ancho y el río no tenía más de seis. Así que nos dejamos llevar, desplazándonos lentamente con suaves golpes contra una pared y la otra.

Después de unos diez minutos, el túnel se fue ensanchando y la corriente se hizo más fuerte.

—Tengo un mal presentimiento —dijo Bocazas.

La balsa empezó a tambalearse ligeramente. De vez en cuando veíamos agua blanca. Nos juntamos todos en el centro, unos contra otros, lejos de los bordes. Al menos los troncos eran tan grandes que estábamos a la suficiente altura como para no mojarnos mucho. Solo teníamos miedo.

Pasamos por una bajada de un metro, y Data casi se cayó al agua antes de que la balsa recuperase el equilibrio. Ahí sí que nos mojamos de verdad. Y sentimos mucho miedo.

Ahora la balsa avanzaba en círculos, descontrolada.

Andy lloraba, Data temblaba, Stef metió una pierna en el agua por el borde para que hiciera de timón, yo intenté encender una bengala para que pudiéramos ver mejor... y de repente fuimos escupidos a un enorme lago calmo en una aún más enorme y brillante caverna. Flotamos lentamente hasta el centro.

Cuando digo «enorme», me refiero a que no podíamos ver la otra punta. Igual podía medir doscientos metros como un kilómetro y medio. El techo estaba al menos a noventa metros, y era lo más bonito que había visto en mi vida.

Había formaciones de cristal que colgaban como candelabros finos, del color del rubí, brillantes a la luz de mi bengala. Descendían, se extendían conectándose unas con otras y volvían a bajar, colgando como una increíble telaraña de carámbanos transparentes cortados con precisión.

Era mágico, como un espectáculo de luces. Nos quedamos mirando hacia arriba como hipnotizados, mientras la balsa flotaba más y más hacia el centro de la caverna.

Un minuto después noté que ya no podía ver ninguna de las paredes y que habíamos dejado de avanzar.

Data dio una vuelta completa con la linterna, pero no llegamos a ver nada.

—Oh-oh —murmuró mientras la balsa seguía dando lentas vueltas en círculos. Los dientes le empezaron a castañetear—. Ahora sí que nos hemos metido en un lío serio, esto no es nada bueno.

Admito que era bastante intenso. Pero Stef mantenía la calma.



—Tranquilizaos, solo tenemos que remar con los brazos. Tarde o temprano llegaremos a alguna parte.

Eso hicimos, en dirección hacia donde creíamos que estaba la otra punta. Diez minutos más tarde seguíamos sin ver ninguna pared y nos rendimos. Además, nos daba mal rollo meter las manos en el agua desde que vimos algo que asomaba a la superficie a unos cinco metros y volvía a hundirse; resultaba difícil estar seguro con aquella luz, pero se había parecido sospechosamente a una aleta dorsal.

—Ay, señor, esto es horrible, esto... —lloriqueó Data.

—Tranquilo, hombre, que vamos a salir de esta —dijo Brand.

—No, no lo entiendes —replicó Data—. Hundirse es lo peor. No puedo soportar hundirme. Cualquier cosa antes que eso. No sé nadar. Ni siquiera sé flotar en el agua.

Stef lo cogió de la mano y le rodeó el hombro con un brazo, muy delicadamente.

—No vas a ahogarte, chico. Yo sé nadar como un pez.

Bocazas estaba a punto de soltar una de sus frescas —lo vi en sus ojos—, pero Stef le miró como diciéndole «ni te atrevas», y él cerró la boca.

El caso es que Data pareció calmarse un poco. Y entonces, mientras estábamos todos sentados mirando el techo de cristal en mitad de aquel océano negro, infinito, inmóvil, habló.

—Algún día voy a inventar algo genial —dijo—. Será una ciudad bajo el agua, dentro de una enorme burbuja transparente de plástico. Un plástico de la era espacial, como el que han desarrollado los de la NASA, que pueda resistir miles de grados de calor, por si hay una erupción volcánica submarina, y miles de toneladas de presión para que el océano no la aplaste. Será transparente para que puedas mirar los peces, o sea, como si estuvieras rodeado por todas partes por un acuario gigante. Y sin soldaduras: estará construida de un único y enorme trozo de plástico, para que no pueda haber escapes.

»Medirá un kilómetro y medio de diámetro y tendrá varios niveles, todos conectados por escaleras que suban y bajen. Y cada nivel estará dedicado a una cosa diferente. Uno para viviendas, otro para agricultura —con luces especiales para que se pueda cultivar lo que sea—, uno para piscifactoría y otro para parques y restaurantes y cines. Y todos los lugares cerca de la burbuja estarán dedicados a la observación, con grandes y potentes focos en algunos puntos que iluminarán el océano para poder ver los peces más alucinantes y los corales y las ballenas y todo eso.

»Y quizás también haya diques secos, para que la gente pueda hacer expediciones en submarino si quieren.

»La burbuja se mantendrá sujeta al suelo del océano con cien anclas gigantes, conectadas a cables no degradables que subirán hasta arriba y se unirán allí y formarán una enorme red sostenida por las anclas, haciendo que la burbuja no flote hasta la superficie. Estará siempre sumergida al menos a un kilómetro para que no se rompa si hay una guerra nuclear, y la radiación tampoco llegará tan abajo, o los gérmenes si hay guerra bacteriológica.

Tampoco sufrirá daños si hay un terremoto subterráneo porque no tocará el fondo, eso solo lo harán las anclas, así que la burbuja apenas se moverá un poquito con las corrientes.

»Y precisamente de ahí sacarán toda la energía, de las corrientes subterráneas. Así que habrá que elegir muy bien el lugar, de forma que esté justo al lado de una de esas que nunca se detienen, como la del Golfo, o el Niño. Colocaremos un montón de enormes aspas en el camino de la corriente y las conectaremos a gigantescas turbinas, para que las aspas siempre estén proporcionando energía. Sí, bien mirado sí que tendrá que haber diques secos para que los submarinos puedan encargarse del mantenimiento de las aspas si hay algún problema.

»El caso es que va a ser una fuente de energía segura e inacabable, no contaminante y que se generará sola.

Iluminará las luces de la ciudad, y también habrá una planta desalinizadora para que podamos recoger toda el agua que necesitamos de fuera y convertirla en agua potable. Y otra planta para extraer oxígeno del agua y que podamos respirar. No es que eso sea muy eficiente, pero ¿a quién le importa la eficiencia cuando tienes todo el poder del océano?

»Será autosuficiente del todo, y pondremos un límite a la cantidad de gente que pueda venirse a vivir para que no haya sobrepoblación; solo mis amigos y los amigos de estos y algunos de mis familiares y un poco de gente maja que no conozca.

»Viviremos totalmente seguros y felices, será imposible que nos ahogemos aunque estemos rodeados de agua por todas partes, y dedicaremos nuestras vidas a la agricultura y a comer y jugar y discutir de filosofía y trabajar en nuevas ideas.

»Eso es lo que voy a inventar yo.

—Parece que ya lo has inventado —dijo Bocazas.

—Data, eso es muy bonito —añadió Andy.

Para entonces nuestros ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad, pero, aunque veíamos cada vez más lejos, seguía dando la impresión de que la caverna no tenía fin. La balsa iba un poco en una dirección, un poco en la contraria, se quedaba inmóvil un rato y daba vueltas. No estábamos yendo a ninguna parte.

Stef dijo:

—A mí me encanta el agua. Crecí rodeada de agua, y siempre voy a pescar con mi viejo; soy la única que quiere ir con él. A mis hermanos les encanta arreglar motores y fumar hierba. Pero a mí sí me gusta ir, está todo tan tranquilo y quieto, no hay nadie más para decirte qué hacer, no hay el ruido y el olor asqueroso de las fábricas, y te sientas en medio de esa calma y la barca se mece en las olas como si fuese una cuna. No existe otra sensación más pacífica.

»Y nadar... es como correr o bailar. Te metes en el agua y estás un rato y vuelves a salir y estás al aire. Es todo lo mismo, pero en el agua todo es paz.

»También me gusta el submarinismo, pero es muy caro como para hacerlo a menudo, aunque mi viejo me deja usar su equipo de vez en cuando. Eso sí que es alucinante, nadar bajo todo ese montón de agua. Y el silencio, tíos... es como si no hubiese nada excepto tú y todos esos extraños peces silenciosos que te devuelven la mirada y te das cuenta de que están pensando en algo pero no van a contártelo.

»Una vez hice submarinismo en Catalina. El agua estaba tan cálida y clara y azul, tíos, y los peces eran naranja y púrpura eléctrico... joder, eran como peces punk. Es como si hubiera un pez Cyndi Lauper, un pez Eurythmics, y todos siguieran un ritmo acuático solo de peces y que yo no podía oír, pero sí verlo, con las algas como bailando a cámara lenta y las medusas rosas como si estuviesen boca abajo con los pelos colgándoles, y bancos de peces que iban en formación como si todos pensaran lo mismo en el mismo segundo, y a la vez está todo tan silencioso y tranquilo...

»Me encanta el agua. El agua es adonde voy cuando quiero dejar de tener miedo. Lo que no me mola nada es la oscuridad, saber que hay algo ahí pero no puedo verlo; eso sí que me da miedo.

Miramos en todas direcciones, intentando divisar algo, lo que fuese. Ahora la balsa apenas se movía. Todo estaba como inmóvil y plano.

Entonces me pareció entrever algo a la izquierda. Una forma indefinida, una especie de mancha más clara dentro de la oscuridad. De repente fue como si bajase mucho la temperatura, no exactamente como un golpe de viento, más bien como si el aire frío se moviera a nuestro alrededor. Y entonces

aquello más claro en la distancia se volvió más cercano y más blanco y más grande. Entonces vimos que se trataba de una nube de niebla.

—Oh, mierda —murmuró Stef.

Venía hacia nosotros, al principio como una especie de sensación de humedad fría, hasta que la niebla absorbió los bordes de la balsa y allí se quedó, muy baja, durante un buen rato.

Llegó un ruido desde el interior de la niebla que nos sobresaltó a todos. Como el de un desprendimiento de rocas pero amortiguado. Y después volvió el silencio.

—Me recuerda a una historia. Bueno, más o menos —dijo Bocazas—. Era una noche fría, oscura, neblinosa, cerca de Vancouver, un poco como aquí ahora. Había una familia que vivía en una casita en las afueras de la ciudad. Su gran preocupación era llegar a fin de mes, como pasa en todas las familias. Era una casa de tantas, sin personalidad, con una verja de puerta chirriante, en una zona de fábricas. Una madre, un padre y su hijo, que había acabado el instituto pero seguía viviendo con ellos y trabajaba en la fábrica con su padre, para poder ahorrar lo suficiente como para tener su propia vivienda.

Se llamaba Alex y era amigo de mi primo Doug; por eso conozco su historia.

»El caso es que también tenían un hijo mayor, pero había muerto en Vietnam hacía años. Un día oyeron como se abría la puerta chirriante y ahí estaba el cartero con un paquete. Era del hijo mayor, el muerto. Resultó que el ejército había encontrado sus objetos personales, que llevaban quince años perdidos en un almacén, y simplemente se los mandaron. Típico del ejército.

»Bueno, pues abrieron el paquete. Tenía sus placas de identificación y unas cuantas fotos y unas medallas y su ropa y cartas y esas cosas, pero también había un sobre cerrado dirigido a ellos, pegado en una caja envuelta del tamaño de un teléfono.

»Abrieron la carta, que decía un montón de cosas personales —les hizo llorar porque les trajo muchos recuerdos—, y también decía que les había conseguido un regalo especial que le había ofrecido un viejo mago chino, y que les concedería tres deseos si lo sostenían mientras los pronunciaban.

»Así que abrieron la caja, y dentro encontraron una pata de mono.

—Bocazas, tío, ¿es que vas a contarnos *La pata de mono*? —le preguntó Stef.

—Eh, déjame; yo he escuchado tu historia, ahora escucha tú la mía. Venga, que igual hasta te gusta.

—No quiero que me guste.

Pero ya estábamos todos bastante enganchados. Le mirábamos en silencio mientras la niebla nos pasaba por los pies en la oscuridad, como si tampoco quisiera perderse su historia de fantasmas.

—Bueno —ahora Bocazas habló en voz más baja—, pues el padre quiso guardar la pata junto con el resto de las cosas de su hijo, pero la madre le dijo: «Espera un momento; fue su último regalo para nosotros, quizás deberíamos usarla», y el padre contestó: «No; intentar coger cosas de los muertos trae mala suerte», pero la madre insistió en que no perdían nada por probar y que desde luego les vendría muy bien el dinero. El padre le recordó que la codicia solo trae problemas y que ya se las arreglarían por sí mismos; y la madre insistió en que no tenían por qué ser codiciosos, podían pedir solo un poco de dinero, lo que necesitaban para pagar sus deudas y arreglar el techo y ayudar a su hijo a que se pudiera pagar su propia casa. «Solo diez mil dólares —suplicó—. No pediremos más que diez mil dólares».

»Al padre no le hacía ninguna gracia pero aceptó. Cogió la pata de mono y dijo: “Por favor, danos diez mil dólares”. De repente soltó un grito y la pata se le cayó al suelo. “Se ha movido en mi mano”, dijo.

»No pasó nada más. Miraron a un lado y otro, esperaron un rato... Nada. El padre se rio y dijo: “Bueno, seguimos teniéndonos los unos a los otros”, y se fueron a dormir.

»Al día siguiente, el padre y el hijo se fueron al trabajo, salieron por la puerta chirriante y caminaron hasta la fábrica. Pero aquella tarde, a las tres, no regresaron a casa.

Pasaron un par de horas y la madre empezó a preocuparse... y entonces, de repente, *creeeec*, la puerta de la verja, y entró el padre dando tumbos y lamentándose amargamente. Le acompañaban otros dos tíos de la fábrica, y la madre les preguntó: “¡Por Dios! ¿Qué ha pasado?”.

»Uno de los hombres le contó que lo sentía mucho: su hijo Alex se había caído en una de las máquinas de la fábrica y había muerto.

»Ella gritó y dijo que no se lo creía y que quería ver a su hijo. Le contestaron que mejor que no, porque había quedado destrozado e irreconocible y hasta le faltaban partes de su cuerpo.

—Qué asco —dijo Andy.

—Chisst. Sigue —le pidió Brand. Eso hizo Bocazas:

—Entonces el tío de la fábrica le puso una mano en el hombro y le dijo que sabía que no era consuelo, pero el hijo tenía un seguro de vida en la fábrica y él le traía un cheque por diez mil dólares.

—Uau —murmuró Andy.

—Así que la madre gritó y se tiró de los pelos y esas cosas, hasta que su marido consiguió tranquilizarla un poco y los demás se fueron. La madre y el padre se sentaron a la mesa de la cocina durante horas, y fue poniéndose oscuro hasta que llegó la noche, fría, negra, neblinosa.

Como aquí.

»Finalmente la madre no pudo soportarlo más y cogió la pata de mono; el padre le dijo “¡No!”, pero, antes de que pudiera hacer nada, ella pidió: “Devuélvemelo. Devuélveme a mi hijo”.

»El padre le arrebató la pata, que se le resbaló de la mano y cayó sobre la mesa. Daba igual: era demasiado tarde, ella ya había hecho su petición. Así que volvieron a sentarse a la mesa y la niebla envolvió la casa y se hizo más frío y más oscuro, y pasó una hora y de repente... lo oyeron. Era como un ruido de algo que se arrastra seguido de un golpe: *fssh, tup. Fssh, tup. Fssh, tup*, y así.

Un poco como el ruido que haría un cuerpo si le faltaran un brazo y una pierna y se arrastrara por el suelo centímetro a centímetro.

»*Fssh, tup*. Oyeron como el ruido se acercaba hacia la verja delantera. Tenían las ventanas abiertas, pero había demasiada niebla como para ver nada, niebla y oscuridad, y ellos tenían tanto miedo que tampoco podrían moverse aunque quisieran, y lo único que podían hacer era escuchar. *Fssh, tup. Fssh, tup*.

»Llegó a la casa, hasta donde ellos sabían que estaba la puerta de la verja... y entonces se produjo una larga pausa. El ruido se detuvo y se hizo el silencio total en la espesa y negra niebla. Y entonces oyeron el *creeeeeeeec*.

La puerta de la verja se estaba abriendo lentamente... y entonces, un fuerte *tump*, como si algo pesado se hubiera caído al suelo.

»Y entonces, otra vez silencio. Ellos no movieron ni un músculo, solo se quedaron allí mirando a la noche, hasta que de repente... volvió a empezar. *Fssh, tup. Fssh, tup*.

Mucho más fuerte. Más cerca. Avanzando por el caminito hasta la puerta de entrada.

»La madre se echó a gemir. Aquello seguía acercándose —*fssh, tup*— hasta que oyeron cómo llamaban a la puerta.

Bocazas dio tres golpecitos en uno de los troncos de la balsa.

—«Vete», susurró el padre. Pero la madre se mantuvo en sus trece: «Alex, mi niño», lloró.

Bocazas volvió a golpear tres veces en el tronco.

—La madre empezó a caminar hacia la puerta de entrada. «No», susurró el padre, pero ella seguía, ahora corriendo. Y en el momento en que abrió, el padre cogió la pata de mono y dijo: «Haz que se vaya para siempre, que no lo veamos nunca más». Y la pata pareció agitarse un segundo.

»La madre acabó de abrir la puerta... y allí no había nada. Solo la niebla, que avanzó hasta sus pies y subió hasta su corazón.

Todos nos quedamos mirándolo, pero no dijo nada más, solo nos devolvió la mirada como desafiándonos a no creer su historia.

Andy se apoyó en Brand para sentirse protegida.

—Oh, Brand, qué miedo.

Él la rodeó con sus brazos.

—Solo era un cuento —intentó tranquilizarla. Pero la niebla empezaba a subir y ahora hacía bastante frío.

—¿Ya estás contento, Bocazas? —dijo Stef—. Has metido miedo a todos.

—Es un trabajo duro, pero alguien tenía que hacerlo, nena —contestó él.

Hay que admitir que al menos nos hizo dejar de pensar en nuestros propios problemas por un momento.

—Me siento más segura contigo aquí —oí que le susurraba Andy a Brand—. A ti no te asusta casi nada.

Él se quedó en silencio un instante y le contestó:

—Sí que hay cosas que me dan miedo. Como los espacios pequeños.

Me sorprendió mucho oírle decir aquello, pero me alegré de que lo hubiera hecho, en parte porque para él suponía un gran paso admitirlo y me hacía apreciarlo aún más por aceptar una de sus debilidades, y en parte porque hizo que no me supiese tan mal haberle contado a Andy lo de su crisis en el ascensor.

—Los ascensores me dan miedo —siguió diciendo—, los armarios me dan miedo, hasta los coches me dan un poco de miedo. Supongo que es por eso que no pasé el examen de conducir.

—Excusas, excusas —replicó Bocazas.

—Cállate —le dije yo; quería oír lo que Brand estaba contando.

—Y sé por qué me dan miedo —continuó—. Es porque, cuando tenía seis años, me quedé encerrado en una vieja nevera en el sótano. Ya me habían dicho que no me acercase, pero me metí y después no pude salir. No quise pedir ayuda por miedo a que me castigaran, así que me quedé ahí, en ese espacio pequeñísimo, cerrado, negro, y parecía que cada vez se iba volviendo más y más y más pequeño. Entonces no pude aguantar más y empecé a gritar y a pegar patadas. Mamá me oyó y me sacó enseguida. Y, ¿sabes qué?, me

dio una azotaina por jugar con ese trasto. Acababa de estar a punto de morir ahogado y ahora ella me daba en el culo.

»Desde entonces, los espacios pequeños me afectan.

Me hacen sentir... no sé, como cuando tenía seis años.

Muy asustado.

La niebla ya nos envolvía del todo, del agua al techo y en todas las direcciones. Apenas nos veíamos los unos a los otros a menos que nos mantuviésemos muy juntos. Te aseguro que sí que nos mantuvimos muy juntos.

—Ha sido muy valiente por tu parte contárnoslo —dijo Andy—. A mí me da miedo casi todo. Me da miedo mi padre, me dan miedo las monjas, me da miedo sacar malas notas, me da miedo estar sola, me da miedo que me hagan daño. Y me da mucho miedo la muerte.

No solo por todo lo que me perdería aquí y lo triste e injusto que sería. La cuestión es, ¿qué hay más allá?

»Quiero decir, ¿existe el Cielo? ¿Y Dios? ¿Cómo es? ¿Estará enfadado conmigo? Seguramente, no. O quizás me mande al infierno, si es que existe, por todas las cosas malas que he pensado y que he hecho.

»Me da miedo pensar en cómo será el infierno. ¿Te causa dolor para siempre? ¿Está en llamas? ¿Tienes que nadar en lava? ¿O está congelado y tienes que sentarte en icebergs, temblando continuamente, y tu piel se pega al hielo y se te arrancan trocitos cuando intentas levantarte? O sea, ¿qué pasa?

—Supongo que está frío —dijo Stef—. Frío y oscuro.

Como aquí.

La niebla se movió en círculo con un breve viento y volvió a quedarse inmóvil.

—No, esto es el limbo —dijo Andy—, y es lo que me da más miedo de todo. Flotar en mitad de la nada, en una especie de oscuridad espesa, esperando para siempre sin que se acabe nunca...

—Y oyes cosas —añadió Stef— pero no las ves.

Yo sí oí algo que no pude ver. «Chissst», les pedí.

Todos nos quedamos en silencio.

Volví a oírlo. Una voz. Un murmullo por entre la oscuridad.

Entonces la niebla giró de nuevo y durante un segundo se abrió un poco, y vi a solo diez metros a los Fratelli, que flotaban en una balsa más pequeña, llevados por una ligera corriente e intentando iluminar en diferentes direcciones con una linterna.



La niebla volvió a cerrarse y desaparecieron. Solo permaneció el débil brillo de la luz de la linterna, pero también se fue apagando hasta desvanecerse.

De repente me sentí completamente exhausto. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevábamos en aquellas cuevas, pero ahora la tensión empezaba a poder conmigo, y lo de ver a los Fratelli tan cerca y ser salvados por aquellas extrañas corrientes... Fue como si el cansancio me rogara rendirme y renunciar.

No quería hacerlo, pero resultaba difícil aguantar. En todo caso, no era que en aquel momento pudiese hacer demasiado, ¿no? Estábamos malditos. Pensé en todas las historias que había leído u oído sobre barcos condenados, por si recordaba algo que pudiera serme útil.

*La oda del viejo marinero.* Me hicieron aprenderla en el colegio. Él estaba maldito por haber matado a un albatros, pero nosotros no habíamos hecho nada de ese estilo, así que no creí que fuera el caso. A menos que romper la estatuilla de David de mamá contara, pero no lo creía.

¿*Moby Dick*? Estaban condenados porque Ahab se había vuelto loco y quería vengarse de la gran ballena blanca. Pero nosotros no buscábamos venganza de nadie, así que tampoco contaba.

El mar de los Sargazos, las calmas ecuatoriales... nada me daba ninguna pista. Quizás, si echara una cabezadita unos minutos, se me ocurriría algo en un sueño. Vi que Data ya había decidido hacer lo mismo: estaba dormido, inquieto, apoyado contra Stef y cogido muy fuerte a su suéter. Y Stef también estaba traspuesta.

Brand, en cambio, estaba totalmente despierto, observando la niebla, igual que Bocazas y Andy. Si pasaba algo serio ya me despertarían.

Me recosté con la cabeza contra uno de los troncos, mirando directo al nivel del agua. Entonces me di cuenta de que volvíamos a movernos. No muy rápido, pero ahora la balsa hasta dejaba una pequeña estela, e incluso sentí una ligera brisa en la cara.

No me moví; quizás fuera mi sueño lo que de alguna forma hacía que nos moviésemos. Igual, si me forzaba a despertarme, nos detendríamos. Me dejé llevar a medias por el sueño, y la balsa fue acelerando.

Quizás debería dejarme ir del todo, dormirme de verdad y soñar. Quizás un sueño podía empujarnos hasta la salida. Claro que entonces me perdería toda la diversión, y no quería. Así que meforcé a seguir despierto, como en una ensoñación, y mirar las pequeñas olas salpicar ligeramente en el tronco sobre el que descansaba mi cabeza. Era como si mi mente guiase la balsa,

como si yo fuera el capitán de los sueños. Creo que estaba tan cansado que empezaba a alucinar.

O no. Después de un rato la niebla se aclaró y resultó que la caverna se había estrechado por fin y ya podíamos ver las paredes; ahora estábamos en una especie de ancho río de corriente constante que seguía el recorrido en zigzag de aquellos túneles altos, fantásticos.

Las paredes brillaban con algas fosforescentes o centelleaban con las formaciones rocosas o las estalactitas del techo. En el agua había pequeñas zonas de niebla más clara que daba vueltas como un fantasma sobre su superficie. Se producían pequeños chispazos eléctricos, como si el propio río estuviese vivo y los puntos de luz fuesen sus células nerviosas, o a veces unos rayos de luz de luna atravesaban grietas en el techo, como focos dirigidos a las configuraciones de cristal...

Durante todo aquello ni me moví. Me quedé recostado, medio ido, intentando mantenerme despierto mientras dormía, para poder ver el paisaje en toda su gloria y a la vez seguir utilizando el poder de mi sueño y mantener la balsa en movimiento.

Ya lo sé, ahora todo eso suena muy cutre, pero es lo que pensaba en aquel momento.

Desplazarnos de aquella forma tan plácida por el río me hizo pensar en Huckleberry Finn por el Misisipi, viviendo aventuras y metiéndose en líos y evitando los problemas y ayudando a sus amigos y aprendiendo alguna cosa que otra de vez en cuando... Entonces me di cuenta: Huckleberry Finn había sido uno de los primeros Goonies.

Y mientras pensaba en eso, mis ojos fueron incapaces de mantenerse abiertos un solo segundo más, y me quedé profundamente dormido... sin soñar.

## CAPÍTULO 8

**La cueva de los rápidos • La persecución se acelera • La cámara del órgano • El barco • El calamar • El botín pirata • Willy el Tuerto**

Soñé que flotaba por un río, en un túnel mágico de joyas.

Me desperté de repente cuando nuestra balsa topó con alguna especie de orilla.

Me levanté de un salto, preparado para correr.

Estábamos al final del río. Acababa igual que había empezado, en el suelo de piedra de una pequeña cueva.

—Supongo que es el final de la línea —dijo Bocazas, y bajó.

Los demás hicimos lo mismo y seguimos hablando.

—Por favor, asegúrense de que llevan consigo sus bolsos y otros objetos de valor antes de seguir...

—Cierra el pico, Bocazas —dijo Brand. Se estiró y flexionó sus músculos. Todos lo hicimos; estábamos un poco acartonados después de dormir encorvados en la fría niebla. No sabía cuánto tiempo habíamos pasado así.

Bocazas hizo una reverencia y sonrió.

—*Puedo ahorrármelo, puedo guardármelo o puedo sacarlo si quiero mostrarlo...*

Stef soltó un gruñido.

—Hagas lo que hagas, no lo enseñes.

Echamos un vistazo rápido, y de nuevo había una única salida.

—Espero que todo esto nos lleve a alguna parte —dijo Andy.

—Seguro que sí —le respondí. Lo sabía. Era la forma en que Willy quería que llegásemos a él.

—Chisst —hizo Data. Nos detuvimos y escuchamos.

Nada. Y entonces, solo por unos segundos, a lo lejos en el río, oímos voces. Las de los Fratelli, quizás, aunque no pudimos reconocerlas porque el

viento debió de cambiar o algo y cesaron.

—Larguémonos de aquí —dijo Bocazas, y esta vez nadie estuvo en contra.

Entramos en el siguiente túnel. Me alegraba de volver a caminar después de tanto tiempo encorvado en la balsa.

Algunos de los pasajes parecían artificiales. De vez en cuando había vigas de madera soportando el techo de tierra. El camino hacía un poco de bajada, aunque no mucha. Me recordó a *Viaje al centro de la Tierra*, una peli antigua con Pat Boone que había visto hacía un mes, un domingo por la tarde. Confiaba en que nosotros no estuviésemos yendo tan lejos.

Los túneles volvieron a subir, y por fin llegamos a una gruta muy alta, con una gran corriente de agua que atravesaba nuestro camino y una escalera esculpida en la roca al otro lado, que conducía a un agujero cerca del techo. Había un mástil viejo y ajado que cruzaba el río, lo suficientemente ancho como para que pudiéramos cruzar por él, aunque parecía muy resbaladizo. Del agua asomaban las costillas de una ballena o una serpiente marina o algo así; debió quedar atrapada hacía mucho y no había encontrado la forma de salvarse. Pero, si había una entrada, eso significaba que también podría servir de salida.

Caían gotas del techo de la caverna, y el rugido del mar ya no sonaba lejano. Había cientos de estrellas de mar pegadas a las paredes, moviéndose demasiado lentas para el ojo humano.

¡Lo mismo podía decirse de cómo avanzábamos nosotros! En realidad estábamos casi inmóviles observando aquella escarpada cámara, con estalactitas y agua fluyendo y una convención de estrellas de mar y pequeñas criaturas brillantes y un montón de cristales de cuarzo rosa que ocupaban toda una pared y huesos de algo lo suficientemente grande como para ser un monstruo y un mástil roto de un viejo barco de guerra y así era el paisaje, y lo estábamos consiguiendo y era todo alucinante.

Todos sentíamos lo mismo. Andy, que iba justo detrás de mí, se dirigió a mi hermano, que iba delante:

—Brand, cógeme de la mano. Quiero estar segura de que esto es de verdad.

Extendió su brazo sin dejar de mirar arriba, a las rocas goteantes y a las formaciones cristalinas cerca del techo.

La cogí yo de la mano. A ver, era mi aventura, no la de Brand. Y me había besado a mí, no a él. Además, estaba oscuro, y hacer esa clase de cosas resulta más fácil sin luz; para empezar, creo que no se dio cuenta de que era yo.

Brand la oyó y también extendió un brazo sin mirar.

Cogí una estrella de mar de la pared y se la puse en la palma; él creyó que era la mano de Andy. A veces era tonto de remate. Pero a los pocos segundos vio lo que era y la tiró al agua. Tuve que soltar a Andy y contener la risa.

Brand se picó y me cogió del cuello.

—¿Qué, canijo, quieres jugar? Vamos a jugar a...

Lo interrumpió el ruido de petardos. Las trampas de Data.

—¡Mierda! ¡Otra vez! —exclamó Bocazas.

—Y esta vez no ha sonado lejos —dijo Stef.

Empezamos a cruzar el mástil.

En algunos puntos estaba resbaladizo y en otros, podrido; supongo que dependía de la cantidad de alquitrán que tuviese en cada zona. Avanzamos muy poco a poco, mirando muy bien dónde poníamos el pie a cada paso.

Pero, a medio camino, un géiser se disparó desde donde venía la corriente, empapando el mástil y casi tirándonos a nosotros por el impacto. Resbalé, pero conseguí agarrarme en el último segundo, me levanté y decidí que seguiría avanzando a gatas.

Todos íbamos colgados o arrastrándonos cuando oímos la voz de Mama Fratelli:

—¡Eh, chicos! —nos llamó.

Miré atrás: ahí estaban, al pie del mástil, mirándonos, con pistolas y linternas y con expresión de no estar para tonterías.

—Oh, mierda —se lamentó Andy.

Bocazas susurró: «Alerta de pardillos».

—¡Ni un paso más! —gritó Mama desde el otro lado.

El eco repitió la frase como si fuesen diez personas. Levantó su pistola.

Para ser un grupo de alelados nos movimos de lo más rápido. Yo tiré rocas para distraerles, mientras los demás corrieron entre resbalones hacia el final del mástil. Mama disparó.

La bala fue a parar al mástil, cerca de Bocazas, que hizo el resto del camino casi a saltos.

Los otros Fratelli también dispararon un par de veces, pero sus balas dieron en la roca y rebotaron tanto que Mama les pidió que parasen para no hacerse daño a sí mismos.

En vez de eso, decidieron perseguirnos.

Todos llegamos al otro lado. Data fue el último. Justo antes de saltar del mástil se dio la vuelta, gritó «¡Zapatos resbaladizos!» y tiró de uno de los cordeles de su chaqueta.

Unos tubos que bajaban por las perneras de sus pantalones hasta las suelas de sus deportivas dispararon una especie de aceite negro por todo el mástil. Después empezó a trepar por las rocas por donde nosotros ya habíamos subido.

Otro chorro del géiser alcanzó a los Fratelli justo a la vez que pisaban la mancha de aceite. La combinación hizo que chocaran el uno contra el otro, y casi cayeron a la corriente, aunque en el último momento consiguieron agarrarse. Fue divertido observarlo.

Pero no nos quedamos a ver cómo acababa la cosa: corrimos hasta el siguiente pasaje, cerca del techo.

Daba a una cámara más pequeña, de unos diez metros de ancho, con una gran losa de piedra que tapaba la única salida. En el centro del lugar había un extraño órgano de tubo... hecho de huesos.

El centro del instrumento era un esqueleto humano con los brazos extendidos. Todavía tenía un poco de pelo pegado, hasta los hombros. De sus caderas salía un semicírculo de unos cincuenta huesos de dedos; eran las teclas. Y rodeándolo por los lados y por detrás estaban los tubos del órgano, hechos de fémures ahuecados o cañas de bambú. Pero eso no era lo que daba más miedo; lo peor era que estaba sonando solo.

No era exactamente una canción: simplemente, el órgano estaba sobre un agujero en el suelo por el que soplaban el viento, unas veces más fuerte y otras más flojo, y al atravesar los tubos producía unos acordes macabros y antinaturales.

Brand intentó apartar la losa, pero esta no se movió ni un milímetro. Data se fijó en que había varios cirios en las paredes; los encendió mientras yo miraba el mapa.

Recordé haber visto unas notas musicales en una punta del pergamino. Volví a encontrarlas, aunque algunas estaban borradas por el tiempo y otras quemadas de cuando Troy le había prendido fuego en el Stop-'N'-Snack.

Vaya cretino. Pero bueno, a fin de cuentas yo tampoco sé leer música.

Había otro verso cerca de las notas, así que le pedí a Bocazas que volviese a traducir.

*Has de tocar las notas con acierto  
porque si te equivocas mucho  
acabarás bien muerto.*

Levanté el mapa.

—¿Alguien sabe leer música?

—¿Estás diciendo que tenemos que tocar esa cosa para salir de aquí? —dijo Brand. Ya le estaba dando la claustrofobia. Stef miró a Andy.

—Oye, tú eres la única que puede permitirse clases de piano...

—Di seis meses cuando tenía cinco años. Lo dejé porque lo odiaba —contestó Andy. Arrugaba la nariz cuando hablaba de algo que le desagradaba.

—Seis meses es mejor que nada —repliqué, y le di el mapa. Molaba cómo cada uno de nosotros tenía su oportunidad de ayudar a los demás. Ninguno hubiese podido hacerlo solo. Me hizo sentir orgulloso de ser un Goony.

Andy estudió la «partitura» mientras Data y yo mirábamos abajo, a ver qué pasaba con el mástil. Los Fratelli seguían avanzando, el nivel del agua había bajado y caminaban cuidadosamente hacia nuestro lado.

—Eh, tíos, que están viniendo —dijo Data.

Todos miramos a Andy, que se encogió de hombros, un poco nerviosa.

—Lo intentaré —resopló, y apoyó el mapa contra el esternón del esqueleto.

Le levanté un pulgar. Ella sonrió y pulsó la primera tecla. Un sonido fuerte, vacío, terrorífico, llenó la estancia. Daba miedo pero sonaba bien, como una especie de armonía secreta que hubiese soñado alguna vez pero ya no recordaba.

También era bonito por otra razón: en cuanto empezó, la gran puerta de piedra se movió y se abrió un poco por arriba, dejando una rendija; la bajaban unas cadenas.

Andy tocó las siguientes dos notas. Dos nuevos acordes retumbaron por las paredes, y la puerta bajó unos pocos centímetros más.

Todos sonreímos, nerviosos, e hicimos un gesto a Andy para que se diese prisa. Pero la siguiente nota estaba borrosa y, cuando ella la tocó, emitió un sonido desagradable, discordante. Al segundo siguiente, un trozo de suelo se vino abajo, muy cerca de mis pies.

Sucedió tan rápido que casi ni me dio tiempo de asustarme. Miré por el nuevo agujero... y entonces sí que me asusté. Debajo de mí había una caída de treinta metros, hasta un suelo repleto de puntiagudas estalagmitas y ásperos corales.

—Ay, Dios —susurré.

—¿Qué? —preguntó Stef—. ¿Qué pasa?

Data vino a mi lado y también se quedó sin aliento.

—Me acaba de pasar toda mi vida ante los ojos.

—¿Vida? ¿Qué vida? —replicó Stef—. Tienes once años.

Andy volvió a tocar la nota. Esta vez fue la correcta, clara y melódica. La puerta descendió unos centímetros más.

Data y yo miramos abajo a los Fratelli. Ya estaban a medio mástil. Data gritó a Andy:

—¡Mejor que toques rápido, están más cerca!

Andy lo hizo. Era una melodía inquietante; me recordó a las primeras cosas de los Doors. Centímetro a centímetro, la puerta fue descendiendo, como si fuese el puente levadizo de un castillo.

Pero entonces Andy volvió a equivocarse de nota y cayó otro enorme trozo del suelo, estrellándose contra la caverna de abajo. Casi me caí con él, pero Stef me cogió por el cinturón y tiró de mí hacia arriba.

—Se te da bien lo de meter la mano en los cinturones de los tíos —dijo Bocazas, pero solo estaba nervioso. Ella le dedicó una peineta.

—¡Date prisa, que ya llegan! —gritó Data junto a la entrada—. ¡Tienes que tocar más rápido!

Andy volvió a obedecer. La puerta también se abrió más rápido y un trozo de suelo también se desprendió más rápido, todo a la vez. Los demás teníamos que saltar como ranas para evitar el agujero que se hacía cada vez más grande, hasta que al final quedamos todos apiñados cerca del centro. La puerta de roca estaba medio abierta, aunque demasiado alta como para trepar por ella. Oímos como los Fratelli llegaban al final del mástil y saltaban a tierra.

—Bocazas —susurré—, di algo divertido.

—¡Vamos a morir todos! —gritó él.

Andy iba por el último compás de la partitura. Quedaban cuatro notas. Tocó tres muy rápido. Vi que le sudaban las manos. La puerta había bajado hasta estar casi a nuestro alcance.

La última nota estaba totalmente borrosa. Andy hizo una pausa. Brand posó una mano en su hombro.

—Andy, haz lo que hagas... por favor, no falles una nota más.

Justo entonces, los Fratelli aparecieron en la entrada, aún empapados, resbalando y claramente cabreados.

Andy se había quedado paralizada ante el teclado. No quería equivocarse de nota, no quería mirar a los Fratelli, no quería pensar en el abismo que tenía debajo... y deseó que su madre la hubiera obligado a seguir dando clases.

Data le gritó:

—¡Tócala de una vez!

Y lo hizo.



Fue la nota más bonita de todas, y ahora la puerta sí bajó hasta un nivel que permitía trepar por ella. Todos pasaron a la siguiente cueva. Menos yo, que me quedé unos segundos ante el órgano y miré a los Fratelli, que estaban a punto de saltar al último trozo de suelo, en el que estaba yo.

—Volved a vuestra casa —les dije—. Esto no es para vosotros. —Y pulsé unas cuantas teclas.

Salté hasta la puerta de piedra mientras el último trozo de suelo se desprendía, arrastrando el órgano consigo. Brand sacó un brazo, me cogió y tiró de mí para ponerme a salvo.

La siguiente cueva tenía una pendiente pronunciada y el musgo la hacía muy resbaladiza, así que nos juntamos en una punta para decidir qué hacíamos. Por el momento el tema de la banda de los Fratelli estaba solucionado, pero esta vez no vi ninguna salida de aquel lugar.

—Data, enciende una bengala —le pedí. No teníamos linterna, solo uno de los cirios de la cámara de la que acabábamos de escapar. Nos apoyamos los unos en los otros para darnos soporte moral y para asegurarnos de que estábamos todos.

Así era. Me sentí contento: lo habíamos superado juntos. Habíamos sido más listos que los Fratelli y que Willy, aunque en el caso de este no era tanto la sensación de haberlo vencido sino de haberlo entendido, como si estuviera comunicándose conmigo. Por ejemplo, hacía un momento, cuando había tocado la última nota para que cayera el suelo y que los Fratelli no pudiesen cruzar y a la vez salté para salvarme yo, ¿cómo supe qué hacer? No era precisamente la clase de cosa a la que me enfrentaba cada día. Fue algo... intuitivo. O quizás Willy me lo había dicho.

Me pregunté si su espíritu se había metido en mi cuerpo, como si yo estuviera poseído. De ser así, eso también explicaría por qué me sentía tan bien allá abajo; quizás su alma fuerte y sana me estaba afectando, para bien por una vez.

El caso es que me sentía contento de estar allí, fuese donde fuese. Me alegraba de estar allí con mis amigos.

Me alegraba de haber llegado tan lejos y de seguir adelante. Así que me concentré justo en eso: en seguir adelante.

Data buscó una bengala en su mochila, y al moverse perdió el equilibrio y empezó a caer por la pendiente.

Lo agarré, pero me arrastró consigo. Bocazas me agarró a mí, Stef a él, Andy a Stef y Brand a Andy; antes de que pudiésemos reaccionar estábamos cayendo todos por el suelo, que se iba estrechando cada vez más. De repente

se había convertido en un tobogán de agua, y yo me deslizaba por él mucho más rápido de lo que podía controlar.

El «tobogán» se volvió un tubo, lleno de curvas y rodeado de musgo y agua que goteaba; esta debía de salir a alta presión para que la corriente fuese tan constante. Poco después el conducto se dividió en varios y nos separó, pero en aquel momento no podía preocuparme por eso: estaba concentrado en mi propia montaña rusa suicida.

Aunque hubiera sido una forma única de perder la vida. A ver, era la cosa terrorífica más divertida que había hecho nunca: había un parque acuático que se llamaba All Wet cerca de donde vivía el abuelo, pero esto era mucho mejor. Aunque tenía sus problemas: por ejemplo, si yo hubiese sido un poco más alto, las rocas que de vez en cuando asomaban del techo hubieran acabado conmigo.

En fin, detallitos así, pero yo no tenía tiempo de pensar en eso. Me dediqué a esquivar los obstáculos como pude; era lo mejor que podía hacer en ese momento.

Por fin salí despedido por el extremo del tubo, volé por los aires y aterricé con un gran salpicadura en un charco poco profundo. A los pocos segundos, los demás también aparecieron por otros agujeros en la roca y cayeron a mi lado. Nos dedicamos un buen rato a toser y escupir y sacarnos el agua de los oídos, hasta que me puse en pie, abrí los ojos y miré a mi alrededor. Casi me volví a caer al suelo de lo alucinante que era el paisaje.

Nos encontrábamos en una enorme, increíblemente gigantesca caverna. El techo y las paredes estaban llenos de rocas brillantes que reflejaban los rayos de luz que descendían de unos agujeros de arriba. Todo el suelo estaba cubierto por una masa de agua inmóvil azul oscura.

Más allá de las paredes se oían claramente las olas del océano que chocaban y golpeaban por todas partes.

Pero lo más alucinante estaba en la otra punta de la caverna: ¡un barco! Una verdadera y bien conservada nave pirata del siglo XVII, inclinada hacia un lado y medio enterrada por la pared del fondo, que debía haberse venido abajo hacía siglos.

Las velas estaban desgarradas. Le faltaba un mástil, y los otros estaban rotos o partidos. La bandera con la calavera y las tibias cruzadas estaba plegada sobre su palo.

Tenía abiertos los agujeros de los que asomaban los oxidados cañones, que nos apuntaban directamente a nosotros. Era como algo salido de *La isla del tesoro* y que hubiera ido a parar allí después de un naufragio.

Todos nos lo quedamos mirando.

—Es el barco de Willy —dije, aunque nadie me prestaba atención. Me eché a caminar por el agua hacia la nave.

—Espera —dijo Brand—. ¿Y si hay más sanguijuelas?

Me detuve. Data sonrió, sacó algo amarillo y doblado de su mochila y tiró de un cordel; el objeto empezó a inflarse hasta convertirse en un bote salvavidas. El problema fue que no se detuvo: fue haciéndose más y más grande hasta que *bam*, explotó, igual que todos sus inventos.

El ruido rebotó por las paredes de la caverna, causando un pequeño desprendimiento por encima de nosotros.

Del techo cayeron pequeños fragmentos de tierra que rodaron por las paredes y fueron a parar al agua. Después volvió el silencio, y todos caminamos por el agua hacia el barco. Mientras avanzábamos dije a los demás:

—Willy tenía planeado todo esto. Nos estaba esperando, a nosotros o a cualquiera que fuese lo suficientemente listo como para evitar los obstáculos. Nosotros lo hemos sido.

—Y hemos tenido mucha suerte —dijo Brand.

—¿A qué os referís? —preguntó Andy.

—¿No lo ves? —le contesté—. Lleva trescientos años esperándonos. Me juego lo que sea a que ahora mismo está ahí arriba. Es como si... como si nos estuviera invitando a bordo.

Pasamos frente al mascarón de proa, es decir, la escultura que llevaban aquellos barcos antiguos al frente y que siempre era de una bella mujer, normalmente sosteniendo el bauprés. Ahora estaba de espaldas, en el agua, atrapada por una roca. Por un segundo se me ocurrió que nosotros éramos como ella, atrapados allá abajo para siempre, a pocos metros de la libertad pero incapaces de alcanzarla. Pero bueno, fue solo una imagen que me pasó por la cabeza durante un segundo. Seguimos caminando hacia el barco. Y entonces vi otra imagen en mi cabeza: el capitán Garfio persiguiendo a Smee hasta la cofa para encontrar a Peter Pan, que seguro que estaba entrando en el barco a escondidas, igual que nosotros.

De repente Stef se volvió hacia Bocazas, que estaba justo detrás de ella, y le dedicó una mirada asesina.

—Ojo con las manos. Vuelve a tocarme y te suelto una buena.

Él pareció confuso y se encogió de hombros. Me imaginé que era su típico gesto de «¿quién, yo?». Pero me equivoqué.

Unos segundos después, Stef se puso colorada de verdad, se volvió de nuevo hacia Bocazas, le dijo «te avisé» y levantó la mano para soltarle un bofetón, pero en el tiempo que le llevó hacer eso emergió del agua un calamar gigante... y, va en serio, la torta de Stef fue a darle a él.

Tenía un ojo gigante rojo sangriento y era asqueroso, de una especie de color gris rosado, y rodeó con un tentáculo la cadera de Stef, casi por la entrepierna, que era la razón por la que ella pensó que había sido Bocazas.

Al calamar no le acabó de gustar que lo abofeteasen.

Le devolvió el golpe lanzándola al agua, a un metro de distancia. Y es que era grandísimo. Y entonces, como para dejarnos claro quién mandaba allí, golpeó la superficie del agua con otro tentáculo, que sonó como un latigazo.

No sé cómo te sentirías tú en una situación así, pero a mí me hizo cagarme de miedo. Ya sabía que se trataba de un calamar gigante, pero aun así grité:

—¿¡Qué es eso!?

—¡*Sushi* gigante! —bramó Data. Se llevó inmediatamente la mano a la mochila.

El enorme ojo estaba justo a la altura de la superficie; el cocodrilo de Garfio no era nada en comparación. Con otro tentáculo agarró a Andy por la cintura y la acercó a su repugnante boca-pico. Y con un tentáculo más me cogió a mí por el tobillo. El monstruo abrió el pico para morderle una pierna a Andy... pero entonces Data entró en acción.

Sacó su reproductor de casetes, lo encendió y lo puso a todo volumen. Eran los Talking Heads y la canción *Burning Down the House*, rock a tope por los dos altavoces.

Data lanzó el aparato a la boca del calamar.

El animal se vino atrás, desconcertado. No creo que nunca hubiera tenido la ocasión de conocer tan de cerca la *new wave*. El estribillo reverberó en su cuerpo, muy grave. Se agitó, tembló, *rockeó* y *rolleó*. Nos soltó y se alejó enloquecido, siguiendo el ritmo, hasta desaparecer bajo el agua en el rincón más lejano.

—Mete otra moneda en el *jukebox*, nene —dijo Bocazas.

No esperamos a que acabara la canción y corrimos a toda velocidad hacia el barco. Visto desde el agua que nos cubría hasta la cintura parecía alto como un rascacielos. Pero no sentí ningunas ganas de esperar a un ascensor —para empezar, las pilas del reproductor de casetes de Data no iban a durar eternamente—, así que encontré una cuerda que colgaba y trepé por ella, usando las grietas del casco como soportes. Los demás me siguieron.

—Cuidado con las astillas —les dije—. La madera es muy vieja; si os claváis una podéis acabar con tétanos o meningitis espinal. —Pensé que mamá estaría orgullosa si supiese que yo había dicho eso. Y yo quería que lo estuviera, aunque no saliera vivo de esta (o *especialmente* si no salía vivo). Eso me hizo darme cuenta de lo diferente que era aquí abajo respecto a arriba, en la superficie. Allí nos preocupábamos por cosas como las vacunas de la gripe y el tétanos y el consumo del coche y el Excedrin para los dolores de cabeza. Abajo era un mundo diferente: a vida o muerte, maravillas y romances, abismos sin fondo y tesoros de leyenda. Había que tener los pies ligeros y los reflejos rápidos. Arriba bastaba con que no te pasaras con la mostaza. ¿Sabes lo que quiero decir?

No me extrañaba que en la superficie estuviese siempre enfermo.

Llegamos a la cubierta. A pesar de estar en ángulo podíamos caminar por ella sin tener que agarrarnos a nada, así que durante un rato nos dedicamos solo a mirar por allí. El cordaje seguía en su lugar, como telarañas gigantescas... y también había telarañas de verdad por todas partes que parecían cordajes en miniatura. Por un momento no supe si yo era muy grande o muy pequeño.

La cubierta estaba repleta de toda clase de cosas: cuerda, canastas trenzadas, alfombras y almohadas orientales en descomposición, balas de cañón, cazos y jarras, unas cuantas piedras que parecían haber caído del techo y que en algunos casos se habían incrustado en la madera. En cualquier momento esperaba ver el fantasma del capitán Blood.

Cerca de la cabina principal había espadas y cuchillos colgados de la pared, justo debajo de la bandera pirata.

Brand y Bocazas los examinaron mientras yo trepaba a la cubierta trasera, ahora elevada, para echar un vistazo.

Stef y Andy gritaron que habían encontrado una trampilla, pero estaba cerrada y cubierta de cadenas. Data dio con una rejilla de ventilación o algo así, y empezó a trepar a toda velocidad.

Seguí por la cubierta hasta que vi el timón, que aún tenía un esqueleto pirata atravesado por las grandes agarraderas de madera. Por sus ropas parecía haber formado parte de la tripulación, aunque quizás no fuera el miembro más popular: tenía puñales clavados en los dos ojos.

Creo que grité. Es decir, no recuerdo haber gritado, pero unos segundos después vinieron todos corriendo; algo habría hecho.

Stef sacó uno de los puñales. ¿Ya te he dicho que era una chica dura? Bueno, pues lo examinamos y enseguida vimos que la empuñadura estaba

forrada de pequeñas joyas brillantes: rubíes, diamantes y esmeraldas.

—¿Crees que son de verdad? —preguntó Andy.

—Si lo son —contesté—, te haré un collar con ellas.

Ella sonrió y me acarició el pelo. No me habría importado que me hiciera algo más, pero otro día sería: si las joyas eran de verdad me iba a forrar, y todo el mundo en el insti querría salir conmigo. También Andy. Y si las joyas no eran reales... bueno, esta seguía siendo la mejor aventura de mi vida; acabase como acabase, seguiríamos hablando del tema el resto de nuestras vidas. Pero un grito de Data interrumpió de repente mis ensoñaciones.

Corrimos siguiendo su voz hasta verlo atascado a medio camino de la rejilla de ventilación, con los pies asomando por fuera y dando patadas al aire. Bocazas y Brand lo cogieron cada uno por una pierna y tiraron.

Pero en vez de sacar a Data arrancaron toda la rejilla, con él aún metido en esta. Quedó un gran agujero en la cubierta y Andy introdujo la cabeza.

Volvió a sacarla unos segundos después, cubierta de polvo y tosiendo.

—No se ve nada desde aquí arriba —dijo. Así que decidió entrar, y los demás la seguimos inmediatamente.

Supongo que lo alucinante que era el barco y el haberlo encontrado allí nos había vuelto valientes a todos... o al menos decididos.

Fui el último en bajar. Antes usé el inhalador. No era que lo necesitase, pero por si acaso, o por los viejos tiempos, o como amuleto de la suerte. Algo de eso.

Dentro estaba oscuro, pero no tanto una vez que se te acostumbraba la vista. Creo que parecía más oscuro de lo que era porque todo estaba cubierto por una gruesa capa de polvo. Polvo de siglos. Siempre había querido decir esto: «polvo de siglos».

Había barriles, de pólvora o de ron, supongo. También había un par más de esqueletos en un rincón, con huesos caídos y mezclados y un par de puñales entre ellos. Debía de haber habido una gran pelea.

Nos mantuvimos juntos y avanzamos abriéndonos camino por entre el polvo, como una de esas máquinas industriales limpiadoras de alfombras que papá usaba en el museo.

El museo. Todo aquello me recordaba al museo. Era como uno de esos dioramas con un barco, piratas cargando un botín y albatros, plantas locales y una grabación que te contaba la escena al pulsar un botón.

Solo que ahora nosotros éramos parte del diorama.

Algo del techo me llamó la atención. Era un brillo amarillento que se abría paso por entre el polvo.

—¡Hey, mola! —dije—. ¡Mirad eso!

Apartamos un poco del polvo con las manos, y brilló aún más. Cayeron cosas, más que nada, basura. Lo que quedó fue unas planchas de madera sueltas; el brillo venía de detrás de estas, por entre los resquicios.

—Genial —dijo Bocazas—. Hemos llegado a Chernóbil.

Vi otra adivinanza, esta vez tallada en la viga que sostenía el techo, al lado de las planchas. Bocazas la leyó:

—«El rufián que intentare descifrar el contenido de este mapa pagará su osadía con la más terrible de las muertes».

—Es el primer acertijo —afirmó Data—. El de la buhardilla.

Tenía razón. Estábamos de vuelta al principio. El final del viaje. Me emocioné: fuese lo que fuese, nos encontrábamos en el lugar correcto. Me subí a un banco y tiré, empujé, golpeé, una de las planchas sueltas del techo.

Todo el barco pareció crujir, pero no me importó. Seguí intentándolo hasta que la madera cayó sobre mí en pedazos, además de un montón de polvo.

A través de la abertura rectangular nos llegó un brillo increíble, una luz dorada, casi como de neón. Todos se pusieron a tirar de las tablas, hasta que pronto conseguimos hacer un gran agujero. Yo estaba tan emocionado que no podía esperar un segundo más, así que salté, me agarré a un borde y trepé a la sala de encima de nosotros.

Era increíble.

Era mágico.

Era un jardín de joyas.

La sala refulgía con todos los colores del arco iris, gracias a un rayo de luz color cobrizo que entraba por las ventanas a través de algún agujero entre las rocas de afuera, y daba a la mayor montaña de objetos preciosos de la que nunca había oído.

En el centro de la sala había una mesa, y sobre ella, monedas de oro, doblones, reales de a ocho, o como se llamaran; árboles de oro delicadamente tallados con hojas de esmeraldas y flores de zafiros; rosales de rubíes; una media luna hecha de diamantes, suspendida en el aire sobre campos de perlas, y arbustos de jade.

Había cientos y cientos de otras piezas por todo el fantástico jardín. Copas, collares, anillos, pulseras, coronas.

¡Coronas! ¡Te lo juro, genuinas coronas de rey!

Arcones llenos de monedas, pendientes, cinturones con joyas incrustadas, pulseras, tiaras, pines. En una esquina había apilados tapices hechos con hilo

de oro. Capas, vestidos con gemas cosidas, bolas de cristal, espejos de plata.

Montañas de piedras preciosas sin cortar: rubíes, granates, zafiros estrella, ópalos, diamantes...

Se me aceleró el corazón.

—¿Qué es? —oí preguntar a alguien debajo de mí—. ¿Qué hay ahí?

Tesoro.

Un tesoro pirata incontable.

Y sentados a la mesa, dos a cada lado y dos en las puntas, piratas.

Bueno, esqueletos de piratas. Muertos hace mucho, y de forma violenta.

Los dos que me daban la cara habían clavado cada uno un puñal en el corazón del otro. De los dos de enfrente de ellos, uno tenía un sable metido en el estómago del otro, mientras que el otro sujetaba una pistola apuntando al pecho del primero; el esternón de este tenía un agujero por donde había entrado la bala de plomo.

El bucanero a la izquierda del hombre atravesado por el sable aún tenía un hacha hundida en su nuca, o más bien tenía todo el cuello cortado y su cabeza se había ido hacia atrás contra el respaldo de su silla.

Y a su izquierda, sentado a la cabecera de la mesa, presidiendo aquel festín sangriento-sin-sangre durante tres siglos, sonriente, con una copa de plata en la mano derecha y un parche de cuero negro sobre el ojo izquierdo, estaba...

Willy el Tuerto.

Esperándome.



## CAPÍTULO 9

**El primer Goony • Las últimas voluntades de Willy • Los Fratelli de nuevo • Caminar por el tablón • El rescate • El derribo • Vemos la luz • La última bengala de Chester Copperpot • En la playa • El barco zarpa**

Los demás llegaron y se quedaron embobados mirando, mientras yo iba lentamente a la cabecera de la mesa.

Me quedé parado observándolo. Sentí diferentes cosas a la vez: admiración, respeto, sorpresa, reconocimiento.

Familiaridad.

Le hablé.

—Hola. Soy Mike Walsh. Estos son mis amigos. Nos estabas esperando y aquí estamos. Lo hemos conseguido, Willy. Y todos seguimos de una pieza, al menos hasta ahora...

Había un montón de cosas sobre la mesa. Una pequeña pila de gemas totalmente perfectas, un libro abierto, una balanza con monedas de oro en un platillo y lingotes en el otro... y en una mano, un frasco con una pera de goma en la punta, y en la otra, una especie de aparato para la boca; enseguida reconocí que se trataba del equivalente de su época a mi inhalador.

O sea que Willy también tenía asma.

Me acerqué a él. Yo en pie y él sentado, ahora teníamos nuestras caras a la misma altura, y nos mirábamos como primos lejanos que hacía mucho que no se veían.

Compañeros del alma. Como si él fuese un antepasado mío. Como si yo fuese su reencarnación. Como si me hubiera llamado aquí desde el plano astral en el que estuviera flotando, para encontrarnos cara a cara y quizás hablar de lo que era ser un pirata y ser un niño, o de que ser un pirata era como ser un niño, si es que fuera posible no dejar nunca de ser niño. Pensé en

que quizás fuese por eso que yo había llegado allí: porque no quería hacerme adulto.

Y Willy nos esperaba desde hacía trescientos años, guardándonos todo aquello.

Con gran respeto y aún mayor curiosidad le levanté el parche. Sentía que igual, si le miraba el ojo, veía algo especial sobre él, sobre nosotros.

No tenía cuenca del ojo.

Era hueso sólido. Pura calavera.

Como si el hueso de la frente siguiera liso hasta más allá de donde debería estar el ojo.

Es decir, que nunca en su vida lo había tenido. Llevaba el parche sobre la piel para que la gente pensara que lo había perdido. Pero seguramente le faltaba ya de nacimiento.

Había convertido un defecto físico en un misterio, una carta boca abajo.

Entonces pensé en todas las trampas que había creado para mantener lejos a la gente, y en cómo se parecían a mi invento para abrir la puerta o a los de Data para defenderse de los matones. Y se me ocurrió que Willy había sido rechazado por su sociedad. También pensé en su sentido del humor y en su mapa plegable. Y en su ojo malo y mis pulmones malos.

—Willy el Tuerto —dije, mientras volvía a colocarle el parche—, tú fuiste el primer Goony.

Mientras, los demás estaban como en una nube, llenándose los bolsillos de gemas. Y los calcetines. Y las mochilas. Riendo y gritando. Todos excepto Bocazas, que se había quedado mudo por primera vez en su vida.

Andy y Stef se probaban los anillos y los collares y se pasaban peines llenos de joyas incrustadas. Data se puso una corona, que le resbaló hasta una oreja. Brand se metía joyas dentro de los pantalones, de la camisa, hasta de los calzoncillos. Bocazas vino a coger la pila que había delante de Willy, pero yo le dije que no lo hiciera.

—Es suyo. Déjalo.

Bocazas se encogió de hombros y se puso a recoger otras joyas del suelo.

Levanté un enorme y perfecto rubí contra la luz.

—Papá se va a morir cuando vea todo esto —dije, y la idea me hizo sentirme tranquilo por primera vez desde que habíamos empezado nuestra aventura—. Esta noche va a dormir por fin.

Brand gritó:

—¡No cojáis nada que no podáis transportar! —Me pareció una estupidez. Si no pudiéramos cargar con algo, ¿cómo íbamos a cogerlo?—. Ya

volveremos más tarde a por las cosas grandes —añadió. Estuve a punto de decirle que aún no habíamos conseguido salir de allí, pero decidí no estropear el momento a los demás. En vez de eso, vacié mi bolsa de las canicas y empecé a llenarla de gemas. No las más grandes; fui a por las mejores.

En mi búsqueda fui por toda la sala y de vuelta con Willy. Volví a fijarme en el libro que tenía abierto ante sí. Estaba escrito con muchas abreviaturas. Al lado había una pluma apolillada y un tintero reseco.

—Eh, Bocazas, ven a traducir una cosa —le pedí.

Él lo hizo y miró el libro.

—«Querida abuela Polly...» —leyó.

—Anda ya —le dije.

—Vale, vale —contestó él, y se inclinó sobre el libro para intentar leer en serio las páginas por las que estaba abierto.

Esto es lo que decía, excepto las palabras que Bocazas no pudo leer o comprender:

*... nunca habría pensado que estos hombres de corazón navegante fuesen a resultar tan pobres de espíritu y [ ]. Y es que, desde que la [ ] británica nos encerró aquí hace tres años, han sido la mejor compañía que un caballero puede pedir en estos, nuestros dominios. Riquezas más allá de [ ] y [ ]. Pero entonces las mujeres fueron muriendo una a una, todas ellas, al dar a luz o [ ] y los hombres fueron víctimas de [ ]. Algunos deseaban abandonar, pero yo, como capitán, no podía permitir tal desertión, así que fueron [ ]. [ ]. [ ] las tentaciones de [ ] y comenzaron a darse muchas peleas por el oro. Éramos todos ricos como reyes, y aun así seguían peleándose. A tres tuve que decapitarlos para enseñarles [ ], y tuve que comerme para desayunar el corazón de Jilbahr para que los demás lo viesan. Entonces volvió a hacerse el orden. Compartimos bebida y lecho. Éramos de nuevo una familia, como no [ ] hasta que Reno enloqueció y [ ]. [ ] no queda nadie excepto mis cinco leales tenientes, que se me unieron para llegar a un acuerdo. Y aun así, en menos tiempo que un [ ], se mataron los unos a los otros en mi mesa mientras yo los contemplaba con gran dolor. Durante muchos meses caminé por [ ] pensando en [ ]. No, no puede ser, me dije, no están muertos, ha sido todo una broma de los joviales soldados para llamarme la atención sobre mi rigurosa disciplina. Pero no fue ningún truco lo que hizo que sus cadáveres se pudriesen en mi mesa. Intenté llegar a un acuerdo con Dios, a quien había abandonado durante estos diabólicos años, y le prometí que si me otorgaba hombres para hacerme compañía, yo les ofrecería un tercio del oro, y otro*

*tercio a la Iglesia. Pero nada de eso sucedió, así que entonces prometí todas mis riquezas terrenas a la Iglesia, lo que me provocó [ ]. Después fui víctima de un [ ] de ira, pues mi desesperación me hizo [ ]. Dispuse trampas para alejar de mi reino a todos los hombres, y es que había empezado a odiarlo todo, y solo apreciaba mi tesoro y a mí mismo y [ ]. Ahora han pasado los años y ya no siento tanto [ ]. He aceptado mi lugar aquí en [ ], es de justicia que alguien como yo [ ]. Maldigo las desventuras que he sufrido, maldigo este mundo desconsiderado. Pero que nadie crea que maldigo mi propia vida ni un instante de los que llevo en este lugar sagrado. Aun así, hay momentos para la reflexión y el [ ]. Y es que, dado que nadie hay para oírme, te hablaré a ti, el ti dentro de mí que había perdido. Tú, chico, has zarpado y te has alejado de mi alma, pero es a ti a quien apelo en busca de redención y [ ]. Sé fuerte al timón y goza de tu exuberante juventud, pero regresa después a mí para que pueda descansar por fin. Y, cuando hayas vuelto trayéndome al niño que una vez fui, podrás marchar en pos de tu propia adultez.*

*Aquí me encuentro ahora, sentado a la mesa con mis invitados. Espero a mi próximo visitante con alegría y con la pasión de un secreto compartido. No me moveré de este asiento de honor hasta que mi honorado y esperado visitante llegue, y es que a él legaré mis últimas voluntades y testamento, que es [ ]. Coge de aquí cuanto desees. Lo que era mío es ahora tuyo. Pero, si te haces con todo, te harás también con el esconderse de las sombras, la [ ] codicia, que provoca más hambre cuanto más es saciada, los años crepusculares sin amigo alguno, la tumba de las aguas profundas. Preferible será que tomes solo la cantidad que sacie las ansias de tu corazón, y no por el frío y brillante tesoro en sí mismo, que te conduciría a lejanas cuevas y te encadenaría a un trono de olas como Rey de los Deseos Vacíos.*

*William B. Pordobel  
en este día 25 de octubre de 1684*

Cuando Bocazas acabó de leer nos quedamos un minuto inmóviles, en silencio, solemnes. Intenté pasar unas páginas anteriores para leer más, pero el libro se desintegró en mis manos.

—Buena jugada —dijo Bocazas.

—Venga, daos prisa, tíos —nos apremió Stef—. Igual esos desgraciados siguen buscándonos...

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Andy.

—Ya sé —dije—. Lo hicieron en un libro de los Cinco.

Los demás se dedicaron de nuevo a llenarse los bolsillos mientras yo explicaba mi plan:

—Podemos dejar un rastro de joyas que lleve a una de las otras cuevas con los esqueletos. Si los Fratelli aún andan por aquí, seguirán el rastro y nosotros podremos escondernos en otra, engañarlos y largarnos a toda mecha.

Entonces oímos una voz que dijo:

—Es un buen plan.

Nos volvimos hacia la puerta. Era Mama, que estaba allí, sonriente, con sus hijos.

—Sí, un plan bueno de verdad —insistió.

Jake y Francis llevaban espadas que habrían cogido en la cubierta. Ella seguía con su pistola, y nos apuntó.

A mí me asustó, pero Data se puso como loco:

—¡Se acabó! ¡Es la guerra! ¡No van a cogernos vivos!

Bueno, puestos a que me cogieran, yo sí prefería que fuera vivo. Pero Data iba en serio. Gritó «¡Intimidátor!» y tiró de uno de sus cordeles.

Sus brazos y piernas empezaron a expandirse, como si le crecieran músculos, y le salieron plataformas de las suelas de los zapatos. Por un segundo sí resultó intimidante, un poco como cuando aquel tío se convertía en lobo en *Aullidos*, o como Hulk. Pero los músculos le siguieron creciendo, como si fuesen el bote salvavidas inflable, hasta que estallaron y Data volvió a su tamaño normal. Pero eso no lo desanimó en absoluto.

—¡Aplastamatones opcional! —gritó ahora, y tiró de un nuevo cordel. Por fuera de su abrigo se encendieron un montón de petardos como los que había dejado antes por el camino, pero se le apagaron todos enseguida, supongo que por haber estado en el agua.

Entonces fue tirando de todos los cordeles que llevaba, mientras los demás nos quedamos parados mirando, alucinados. Un humo verde llenó sus pantalones y su abrigo pero no hizo nada más. Unos muñecos G.I. Joe saltaron de sus mangas, disparando pequeños proyectiles que fueron a parar al suelo. Lo mismo pasó con unas bolas de plomo. Cohetes hechos con botellas, fuegos artificiales, tracas, campanillas... todo salía disparado del cuerpo de Data, pero nada funcionaba. Fue como una explosión de trastos inútiles.

Los Fratelli disfrutaban del espectáculo.

—Ese tío es más divertido que la fiesta del cuatro de julio en Asbury Park —dijo Jake.

De repente hubo una lluvia de chispas; algo en Data se había cortocircuitado. Todos parpadeamos, y una gran chispa cayó en la mano de

Mama, haciéndole soltar la pistola.

Corrimos hasta la puerta y salimos a toda prisa a la cubierta. Pero teníamos a los Fratelli en los talones, y enseguida nos alcanzaron. Estábamos vencidos y de rodillas, con espadas al cuello, cuando Mama se acercó lentamente, muy cabreada.

—Levantaos —dijo. La obedecemos—. Y ahora, dejad en el suelo todo lo que habéis cogido abajo. ¡Ya!

Nos vaciamos las camisetas y los pantalones. Las joyas y monedas fueron a parar al suelo. Los Fratelli babeaban tanto que sentí la tentación de ofrecerles un Kleenex.

Mama fue hacia Bocazas y lo miró fijamente.

—De repente estás muy callado.

Él se limitó a sonreír con la boca cerrada.

—Venga, chico, abre el buzón —le dijo Mama.

Lo hizo, y unas cuantas gemas cayeron de esta. Mama le metió los dedos y sacó una cadena de perlas engarzadas de un metro. Bocazas se encogió de hombros.

—¿Eso es todo, damas y caballeros? —preguntó ella, haciéndose la educada.

Todos miramos al suelo, y Mama asintió en dirección a sus hijos.

—Atadlos —les dijo.

Después nos hicieron poner en fila al borde de la cubierta, cerca de una plancha que asomaba de esta. Nos iban a hacer lo que llaman «caminar por el tablón».

Mama sonrió.

—¿Queréis jugar a piratas? Pues vamos a jugar a ello.

El tablón se extendía sobre lo que parecía una parte profunda del agua. No había calamar a la vista. Por el momento. Quizás seguía dolido por lo de antes.

Mama se puso a caminar adelante y atrás ante nosotros, espada en mano, como una reina pirata.

—Siempre he querido hacer esto —dijo—, desde que era pequeña: tener a un grupo de atontados a mi merced y hacerles caminar por el tablón. Yo y mi grupo de piratas. Bueno, pues ¿quién va primero? ¿Quién quiere colaborar para que el sueño de una pobre vieja se haga realidad? ¿Quién quiere ponerse de rodillas y empezar a rogarme que...?

Andy le pegó una fuerte patada en la espinilla.

—¡Bruja asquerosa! —le gritó.

Mama cayó al suelo del dolor, aunque volvió a levantarse antes de que Jake o Francis pudieran ayudarla. Le brillaron los ojos y llevó la punta de su espada a la garganta de Andy.

—En marcha, preciosa —gruñó.

Ella fue lentamente hacia la plancha y empezó a caminar por esta, tras un pinchazo en el trasero de la espada de Mama Fratelli. No podíamos hacer más que mirar. Yo me sentía impotente y con ganas de vomitar. Andy parecía aterrorizada, y Mama estaba completamente loca.

Era como una pesadilla de la que no puedes despertar.

Me eché a llorar.

Andy caminó hasta el final de la tabla. Miró abajo, a la brillante superficie del agua. Los hermanos nos mantenían a raya a punta de espada y nos obligaban a mirar.

Andy intentó decir algo, pero debía de tener la garganta tan seca como yo. Mama estaba justo detrás de ella.

—Contén la respiración, bonita —dijo la vieja bruja entre repugnantes risitas, y volvió a darle un pinchazo, esta vez en las costillas.

Andy saltó.

Y cayó.

Salpicó contra el agua.

Desapareció.

—¡No! —gritó Brand. Corrió antes de que nadie pudiera detenerle, con las manos aún atadas. Saltó por la borda a las oscuras profundidades.

—¡Brand! —exclamé yo también. Pero mi hermano ya estaba bajo el agua, no podía oírme.

Cerré los ojos. No quería verlos hundirse o ser devorados por el calamar o ver como se estrellaban en las rocas o como los tiburones olían sangre y acudían o como sonreía Mama o el miedo en la cara de Bocazas o las joyas en la cubierta. Lo que deseaba ver era a mis padres y mi casa, y la única manera iba a ser cerrando los ojos.

Solo oí la voz fría y rasposa de Mama Fratelli.

—Dos al agua. ¿Siguiente?

Ataron a Bocazas y a Stef juntos, espalda con espalda.

Oí como ella susurraba:

—¿Cuánto tiempo puedes contener el aliento?

—Una hora —fardó él—. Me llaman el Pulmón de Acero.

—¡Habla en serio por una vez!

—Pues... unos diez segundos. Tú eras la que siempre ganabas todas esas competiciones bajo el agua.

—Clarke —replicó ella—, cuando te quedas sin aire ponte de cara a mí y compartiré el mío contigo.

Bocazas pareció emocionarse de verdad, pero los malditos Fratelli no le dieron la oportunidad de contestar a Stef algo bonito. Mama les hizo avanzar por la tabla y al llegar al final los empujó con la espada. Intentando evitar el filo perdieron el equilibrio y empezaron a balancearse para no caer.

Fue entonces cuando todos oímos el grito.

No era de miedo o de locura. Era más bien del estilo de Tarzán o del Pirata Carmesí, como un grito de guerra.

Miramos arriba y vimos que Sloth bajaba por el mástil.

Bueno, yo por entonces no sabía que se llamaba así, me lo contó Gordi más tarde. Llevaba un sombrero pirata, tenía una espada a la cintura y se deslizaba por una gruesa soga. Cogió a Bocazas y a Stef antes de que llegaran al agua. Con un nuevo grito se dio impulso para volver a la cubierta, donde los depositó a los dos suavemente en el suelo.

Ahora daba la cara a Mama y sus hermanos, y soltó el mismo gruñido animal que yo le había oído el día anterior en el faro. Flexionó los músculos, rompiendo su camisa. Juro que en mi vida he visto mejor cuerpo; era increíble.

—¡Está como un tren! —exclamó Stef... y ella tenía experiencia para saberlo.

Con la atención de todos centrada en aquella especie de monstruo pirata gigante entre nosotros y los Fratelli, nadie se fijó mucho en que Gordi trepaba por la borda.

Cogió un cuchillo del suelo y empezó a cortarme las ataduras.

—¿Gordi? —susurré.

—Lláname capitán Gordi —respondió, y siguió cortando.

Mientras, Mama señaló a Sloth.

—Cogedlo —ordenó a sus otros hijos.

Jake y Francis avanzaron lentamente, apuntándole con sus espadas. Sloth se preparó como un defensa de fútbol americano. Francis atacó. Sloth lo esquivó, lo agarró, lo levantó por encima de la cabeza y lo lanzó hasta el castillo de proa, haciéndole perder el sentido al chocar contra el suelo.

Gordi acabó de liberarme, y los dos nos pusimos a hacer lo propio con los demás.



En cuanto Jake se recuperó de la sorpresa por los rápidos movimientos de Sloth, le atacó con su sable. Y ¡que me aspen!, los dos empezaron un duelo de espadas.

Una vez papá me había hablado de unos niños a los que llaman *idiot savants*, que nacen pirados del todo excepto por una cosa en la que son genios. Por ejemplo, uno puede no saber ni atarse los zapatos pero ser un genio de la música y dar conciertos de piano. O no puede hablar ni leer ni alimentarse a sí mismo, pero es un genio de las matemáticas y se pasa la vida escribiendo ecuaciones y cálculos y esas cosas.

Creo que Sloth era un *idiot savant* de los duelos a espada.

Subieron y bajaron por la cubierta, sobre el velamen y encima de barandillas, atacando, defendiéndose y haciendo chocar sus armas como piratas de verdad. Jake no era malo pero no sabía tanto como Sloth, que resultaba increíble de contemplar. No sé, igual lo había aprendido todo de las pelis de piratas antiguas que había visto en la tele. A fin de cuentas, no hacía otra cosa en todo el día, ¿no?

Mientras seguían su duelo, nosotros desatamos a Data y a los demás. En cuanto este quedó libre gritó «¡Mandíbulas de la Muerte!» y disparó la dentadura postiza a Jake.

Creo que ese era el único invento de Data que más o menos funcionaba. Esta vez los dientes se agarraron a la entrepierna de Jake y le hicieron retorcerse del dolor.

Sloth le cogió la espada, la partió en dos y le pegó un mamporro en la barbilla con un *uppercut* de derecha, que le hizo deslizarse por la cubierta hasta chocar contra una pila de bolas de cañón. Quedó fuera de combate.

Mama estaba inmóvil viendo cómo sucedía todo, muy molesta, como si le hubiesen aguado la fiesta u odiase ver a sus hijos pelearse o algo así.

Todos corrimos hacia la borda. Andy y Brand flotaban tranquilamente desatados en el agua, justo debajo de nosotros.

—¡Venga, salta! —gritó él.

—¿Cómo os habéis soltado? —exclamé. No sabían cuánto me alegraba de verles.

—Corté mi cuerda con una botella rota, después corté la de Andy y vinimos aquí a la parte menos profunda.

¡Pero deja de hablar y tírate!

Los demás empezaron a saltar por la borda. Me volví a mirar a Sloth y a Mama. Estaban uno frente a la otra, él gruñendo, ella apuntándole con su espada.

—Vale —dijo ella—, quizás te haya maltratado encerrándote en esa habitación tan pequeña, pero era por tu bien.

Sloth soltó un gruñido más fuerte y avanzó otro paso.

Mama parecía asustada.

—Pero no siempre he sido mala contigo —siguió—. ¿Te acuerdas de cuando eras pequeño? Nos lo pasábamos bien. ¿Recuerdas cómo te cantaba hasta que te quedabas dormido?

Sloth agarró la espada de Mama, se la arrancó de la mano y la lanzó por la borda. Después agarró a la propia Mama y la llevó al borde del barco, dispuesto a lanzarla a ella, que empezó a cantar: *Estrellita, dónde estás, me pregunto qué serás...*

Él se detuvo y la escuchó. Se le dibujo una amable sonrisa en el rostro, como si estuviera recordando algo tierno de verdad, y entonces empezó a acunarla en sus brazos.

Sloth parecía estar dudando de si su madre era un mal bicho o no, cosa que a nosotros no nos convenía mucho.

—¡Venga, Mikey! —gritó Bocazas. Ya estaban a media laguna. No había nada más que yo pudiera hacer allí arriba, así que salté.

Empecé a nadar en cuanto llegué al agua. Arriba oí como Mama seguía cantando: *En el cielo y en el mar, un diamante de verdad...*

Sloth la tiró por la borda y siguió él la canción con su voz gutural: *El sol se ha ido ya y nada brilla más.*

Mama se hundió y yo medio nadé y medio corrí tanto como pude. Los demás ya estaban cerca de la otra orilla.

Sloth trepó al velamen, cogió una cuerda y saltó por encima del agua, llegando aún más lejos de lo que estaba yo, y alcanzó antes la costa. Entonces nos quedamos un rato juntos, inmóviles, recuperando el aliento y pensando en qué hacer a partir de ahí.

Vi que Mama trepaba por el casco del barco. Una cosa menos de la que preocuparnos, al menos inmediatamente. Iban a tardar en volver a venir a por nosotros.

Y estábamos a salvo. Y habíamos encontrado el tesoro. Y yo había encontrado a Willy. Y, repito, estábamos todos a salvo.

Miré al grupo y me detuve ante aquel sonado con un sombrero pirata que le iba dos tallas pequeño. Gordi dio un paso adelante.

—Este es Sloth. Es como nosotros, un marginado.

Él sonrió y soltó un profundo gruñido.

—¿Y ahora qué hacemos? —se preguntó Bocazas.

—Creo que he visto luz que salía de esas rocas de allí —dijo Gordi.

Empezamos a abrirnos camino por la caverna, trepando enormes rocas y metiéndonos en el agua para volver a salir. Estábamos acercándonos de nuevo al barco, cosa que me puso un poco nervioso.

De repente oí un fuerte *clanc* y vi como se abría una trampilla en la cubierta y el esqueleto de Willy subía en una plataforma con una polea hasta colocarse ante el timón. De la trampilla salió también una bola de cañón que rodó por una pista hasta topar con un mástil, que se desplomó y soltó un montón de rocas que cayeron en un plato de una enorme balanza atada al armazón que sostenía todo un trozo de pared e hizo que esta empezara a agrietarse.

La caverna entera se agitó y tembló. Empezaron a caer enormes fragmentos del techo y grandes rocas que impactaron en el barco y en el agua... y casi en nosotros.

Corrimos hacia donde Gordi había visto la luz.

Todo un trozo de pared se desprendió, dejando un agujero enorme en lo alto, más allá del barco. Una abertura que daba al exterior.

El viento hizo que las velas se hincharan y la nave se incorporó hasta ponerse casi recta, mientras los Fratelli corrían por la cubierta. El movimiento los hizo caer al suelo y deslizarse hasta un extremo, donde una avalancha de piedras y escombros les cayó encima.

El antiguo ancla empezó a elevarse mediante algún sistema de poleas que se había reactivado; el quejido de sus cadenas oxidadas ahogó los demás ruidos. Eso hizo que el barco se agitara aún más, y los Fratelli cayeron por la borda.

Era como un terremoto. El suelo se abría, las paredes se partían, grandes rocas caían por todas partes y todo temblaba tanto que apenas conseguíamos mantenernos en pie.

Entonces vimos la salida. Luz al final de un largo túnel, luz que daba al exterior.

Corrimos hacia ella.

Los Fratelli avanzaban en nuestra dirección, pero no mucho: tenían que esquivar rocas y barro, y ahora el propio lago se convulsionaba.

Conseguimos llegar a la entrada del túnel, pero se estaba colapsando, como todo lo demás: le cayeron grandes piedras delante que empezaron a apilarse unas sobre otras mientras el suelo seguía temblando. Todos frenamos excepto Sloth, que extendió sus brazos contra las paredes, apoyó la espalda en la roca... ¡y consiguió mantener la entrada en pie!

«Rwrrgh», gruñó. Lo que quería decir estaba muy claro. Uno a uno pasamos a gatas por entre sus piernas hasta el túnel. Seguían cayendo rocas por todas partes, pero él ni pestañeó, no movió un solo músculo.

Gordi fue el último en pasar, y enseguida gritó:

—¡Sloth, ven, cógeme de la mano! ¡Ven con nosotros!

Pero el gigantón seguía sin moverse; simplemente miraba hacia el lago. Seguí sus ojos: contemplaba a su madre y a sus hermanos en el agua, medio ahogados, luchando por sus vidas. Debía de estar pensando en toda la mierda que le habían echado encima durante tantos años y cómo por fin ahora quedaría libre. Aunque entonces creo que pensó que también les quería y que eran parte de su vida, lo mismo que siento yo sobre Brand cuando se pone insoportable.

Bueno, todo eso me lo imaginé porque Sloth volvió la cabeza hacia Gordi y, con una lágrima en el ojo bueno, dijo: «Mamá», y le dio a él un leve beso en la mejilla, se giró y entró de nuevo en la caverna, con su familia.

—¡Sloth, no! —le gritó Gordi. Pero ya era demasiado tarde: las piedras que caían habían sellado la entrada para siempre.

Pero eso no fue todo.

En el mismo momento, la salida al exterior también quedó enterrada.

Estábamos atrapados en el túnel.

No había salida.

Por supuesto, a Brand no tardó un segundo en darle un ataque.

—Tenemos que salir de aquí —dijo con un hilo de voz.

Obviamente. El suelo seguía temblando, nos caían piedras encima... la cosa estaba muy mal.

La voz de Brand sonó más fuerte:

—¡Data, necesitamos una de tus luces!

Este rebuscó en su mochila una de las bengalas de Chester Copperpot y la encendió con una cerilla. La luz entrecortada solo nos mostró que la situación era aún peor de lo que nos había parecido: el túnel se había vuelto más pequeño, los escombros llenaban sin parar los dos extremos.

No es que nos quedaran dos telediarios; no íbamos a llegar ni al siguiente bloque de anuncios.

Y eso tampoco era todo: a la luz, Data notó algo raro en la propia bengala.

—¡Es... es... dinamita!

La dejó caer y todos corrimos a la otra punta del túnel, gritando, empujándonos y llorando. El cartucho se quedó allí, su mecha cada vez más corta, a tres metros de nosotros. De repente Data fue hacia este a toda

velocidad, lo cogió, lo metió en una grieta por donde seguían cayendo escombros y regresó con nosotros. Todos cerramos los ojos, nos tapamos las orejas e hicimos como si fuera un simulacro de bombardeo aéreo.

Sonó un enorme *boom*. El suelo tembló aún más y cayeron más escombros. Cuando se calmó un poco, abrí los ojos y vi un gran agujero en la pared.

Tras este estaba el océano.

Salimos a toda prisa hasta un nicho de roca, justo antes de que todo el túnel desapareciera entre una nube de polvo de piedra.

Una playa de guijarros se extendía en dos direcciones, y el enorme océano Pacífico lamió nuestros pies.

Se había acabado.

Los fuertes ruidos pasaron a ser ecos ahogados de fondo, como si todo fuese ya un recuerdo o una alucinación. Las cavernas y los túneles de Willy ahora estaban enterrados para siempre. Solo quedaba su historia.

Respiré el fresco aire marítimo y miré a todos. Estábamos dolidos, cubiertos de arañazos, sucios y polvorientos. Habíamos pasado por mucho y nos habíamos mantenido juntos. Me hizo sentir... fuerte. Como si ya no fuésemos niños Goonies: ahora éramos casi héroes.

Volví a respirar hondo, y no sé cómo pero de alguna forma supe que ya no tenía asma; había quedado enterrada en los túneles.

Nos abrazamos y gritamos y saltamos arriba y abajo. Estábamos eufóricos, excepto Gordi, triste por haber perdido a Sloth. Fue entonces cuando nos contó sus aventuras.

Ya te lo he dicho casi todo sobre estas. Él y Sloth se metieron en el túnel de la calavera justo después de los Fratelli y les siguieron por el río hasta el lago gigante.

Gordi nos contó que Sloth tuvo problemas con la niebla; se quedó sentado en el centro de la balsa, encogido, con pequeños gruñidos de miedo, mientras intentaba alejar la nube a manotazos como si fuesen moscas en su cuello.

Gordi pasó todo el rato intentando tranquilizarlo, dándole palmaditas en la espalda y rascándole las orejas y cantándole las canciones de anuncios que recordaba, sobre todo los de comida. Al final Sloth se animó un poco y hasta le acompañó en los cantos, haciéndole coros.

Por fin cruzaron el lago y la niebla se levantó, igual que nos había pasado a nosotros. Atravesaron en silencio la caverna de los rápidos y acabaron también en la cámara del órgano. Resulta que no todo el suelo había caído; quedaba un pequeño saliente alrededor de la pared que iba desde la entrada

hasta la salida. Pasaron por este, con las espaldas contra la pared, y llegaron a los «toboganes de agua» y la laguna.

Allí vieron que los Fratelli nos seguían, decidieron seguirles a ellos, y el resto, como dicen, es historia.

Ahora empezamos a caminar por la playa, hablando todos sobre todo a la vez, y no pasó ni un minuto antes de que apareciesen dos vigilantes de la playa en un *buggy*.

Uno de ellos se bajó y corrió hacia nosotros, mientras que el otro hablaba en su *walkie-talkie*: «No sé de dónde han salido; hace un minuto no estaban».

El que vino nos preguntó:

—¿Estáis bien, chicos?

Nos llevaron a su caseta en la playa. Era como si se hubiera producido alguna gran catástrofe: estaba llena de policías, periodistas, ambulancias, mirones, hasta la guardia costera. Y padres.

Mamá se abrió paso por entre ellos y me rodeó con su brazo bueno, mientras papá hacía lo mismo con Brand y le preguntaba «¿Dónde estabais?», pero sin sonar cabreado como me había temido. Hasta Rosanna había venido, y no paraba de santiguarse.

Me sentí un poco avergonzado.

—Hola, mamá. Me parece que nos hemos metido en un buen lío, ¿verdad?

Ella se echó a llorar y volvió a abrazarme. Después se puso a desabrocharme la camisa y le pidió a Rosanna que la ayudase a quitarme la ropa mojada y cambiarme a otra que habían traído.

Dejé que me manosearan un rato, mientras miraba a Gordi reunirse con sus padres. Imposible no reconocerles: los dos tenían la misma forma y llevaban la misma ropa que él, hasta las impresentables camisas hawaianas.

Después de abrazarse, su madre le dio una caja de cartón tapada con papel de aluminio.

—Lawrence, estábamos tan preocupados —dijo ella—. Ten, cariño, te he traído la cena. Es tu preferida...

Gordi arrancó el envoltorio, y ahí estaba: una *pizza* del Domino's con todo.

Cuando la familia de Data acabó la primera ronda de besos y abrazos, su padre dio un paso atrás y pulsó un botón, lo que hizo que en la cámara de fotos que llevaba al pecho se soltase la tapa de la lente, se disparase el *flash* y se pulsase el disparador, todo de forma automática.

—Papá, eres el mejor inventor del mundo —dijo Data, y volvió a abrazarle.

—Y tú eres mi mejor invento —le replicó él.

Vi a Bocazas hablando con Stef a solas; sus padres aún no habían llegado.

—Solo quería decirte... bueno, ya sabes, ibas a salvarme la vida, y yo... en fin, yo... solo quería decirte que... gracias.

—¿Qué? —contestó ella—. ¿Qué es lo que acabas de decir?

—Gracias —repitió él a toda velocidad, difícil de oír.

—¿Eso lo has dicho tú? —Stef parecía conmocionada—. Uau. Suenas bien... cuando tu boca no lo estropea todo.

Él asintió.

—Y tú eres guapa... cuando tu cara no lo estropea todo. —Se echó a reír—. Eh, que solo ha sido una broma.

Vi a Andy con sus padres. La envolvieron en un suéter de cachemir y le metieron bronca por haberles hecho algo tan horrible, como si la cosa tuviera nada que ver con ellos. A veces los padres son así: solo se fijan en sí mismos.

Después Andy vino conmigo, mientras ellos firmaban formularios o algo parecido. Me sonrió.

—Mikey, como sigas besando así a las chicas, todas las partes que no funcionan bien del todo en ti van a ponerse al día enseguida.

Entonces me di cuenta: ella sabía que quien la había besado en la cueva era yo. No sé si lo supo en el momento, pero desde luego que lo sabía ahora. Lo sabía y le gustaba.

Supongo que era lo que había dicho Willy: yo iba camino de convertirme en un hombre. Me hizo sentir bien; sobre todo ahora, viendo cómo me miraba Andy.

Brand apareció antes de que yo pudiese contestar y la abrazó. No quise pincharle el ego o boicotear sus defensas psíquicas o nada de eso, ¿sabes? Así que no le dije nada sobre Andy y yo. Creía que todos éramos lo bastante adultos como para enfrentarnos a la situación, pero ¿para qué herir los sentimientos de alguien si no es necesario, especialmente los de la gente que quieres, verdad?

Les dejé alejarse juntos. Me sentí un poco como Humphrey Bogart al final de *Casablanca*. Oí que Brand le decía:

—Bueno, ¿qué va a ser? ¿Goony por un rato o Goony para siempre?

—Goony para siempre —respondió ella, y le besó como antes me había besado a mí. Camino de coger el avión a Lisboa.

Tosí para no oír lo que se decían, y entonces, por puro reflejo al toser, saqué de la chaqueta el inhalador; iba a usarlo, y justo entonces me di cuenta... de que ya no lo necesitaba. Lo tiré. Fue parte de lo de crecer.

Vi que papá me miraba y sonreía.

De repente pareció que pasaba algo gordo, y los polis y los paramédicos corrieron hacia la orilla.

Alucina: por ahí venía Sloth, que arrastraba a Mama, Jake y Francis, todos pasados por agua.

La policía detuvo inmediatamente a Mama y a los dos hermanos. Pero Gordi fue el primero en ir con Sloth.

—¡Sloth! ¡Sloth! —gritó.

Este soltó un gruñido feliz, agarró a Gordi y lo levantó en el aire para darle un gran abrazo. Él le mostró su cena para compartirla.

—Mira, Sloth. Coge un poco.

La cara del gigantón se iluminó de golpe: había reconocido enseguida la caja, y se puso a cantar la canción de los anuncios de Domino's Pizza. Entonces se tragó toda una porción de un solo mordisco.

Los padres de Gordi alcanzaron a su hijo, y no parecían muy emocionados. Él dijo:

—Se llama Sloth y es mi nuevo amigo. Ah, y papá... si nos quitan la casa y tenemos que irnos a Nueva York, he pensado que igual podríamos adoptarlo. Van a meter a su madre en la cárcel, seguro, así que a él lo dejarían en una residencia o algo y eso no sería bueno para él y es mi amigo, así que igual podríamos adoptarlo y conseguirle curro de portero con los New York Jets o los Rangers. Lo he estado pensando y...

Mientras, Sloth se zampó otro trozo de *pizza* y soltó un eructo volcánico. Los padres de Gordi lo miraron, confusos.

Entonces aparecieron el señor Perkins y Troy, en un gran convertible Cadillac blanco. Vinieron hacia donde estábamos papá y yo. Perkins sacó unos papeles y los agitó ante nosotros. El tío no perdía la oportunidad de quedar como un desgraciado cada vez que tenía gente delante.

—¿Estabas intentando evitarme, Walsh? Huir de tus problemas no va a solucionarlos, ni tampoco esta fiesta.

Hoy a medianoche vence tu plazo y ya casi se ha puesto el sol, así que firma el papel y acabemos con esto.

—Por favor, señor Perkins —dijo papá—, si pudiese usted esperar...

—¿Esperar? Walsh, tu casa está bloqueando la construcción de nuestra primera pista. Tenemos que empezar por ti.

—Pero, si me da usted un poco más de tiempo, puedo encontrar...

—Venga ya, Walsh —intervino Troy: de tal estúpido palo, tal idiota astilla—, que mi padre no tiene todo el día. Tenemos cincuenta casas más que



derribar después de la tuya.

Papá miró los papeles, metió una mano en el bolsillo y sacó su inhalador. ¡Ah, sí!, ¿te había dicho que mi padre también es asmático?

Me puso muy triste verle así de derrotado. Sentí que de alguna forma era culpa mía.

—Lo siento, papá. Tuvimos en nuestra mano el futuro, pero... perdimos la oportunidad.

Parecía estar a punto de derrumbarse en cualquier momento, aunque en cierta manera también parecía fuerte y seguro de sí mismo. No recordaba haberle visto así antes.

Bajó la mirada, la dirigió hacia mí y me dijo:

—Tú y Brand estáis de vuelta. A salvo. Con vuestra madre y conmigo. Eso nos hace los más ricos de Cauldron Point.

¿Y sabes qué hizo entonces? Tiró su inhalador. Creo que él también había crecido un poco estos últimos días.

—Walsh —replicó Perkins—, estás mirando al hombre más rico de Cauldron Point. Y ahora firma.

Troy apoyó el papel en la espalda de su padre y sacó una pluma de lujo.

—Ten —le dijo a papá—, usa mi pluma. Igual hasta te dejo quedártela como recuerdo.

El gentío parecía saber lo que estaba pasando, porque me di cuenta de que casi todos se habían quedado en silencio. Todo el mundo nos miraba. Me pareció que papá temblaba un poquito.

Oí a Data susurrar: «Voy a echar mucho de menos ser un Goony».

Soplaba el viento. El sol se estaba poniendo. Recuerdo cada detalle de aquel momento. La forma en que tenía la manta sobre mis hombros, la tristeza en los ojos de mamá mientras veía como papá cogía la pluma de Troy.

El silencio total en que oí a alguien toser y a otro frotarse las manos. La forma en que olía el aire salado, el fresco de la noche que comenzaba, las largas sombras y la arena en mi pelo y el sabor de mis lágrimas.

Me sentí muy cercano a todos. Había tanto amor y lealtad flotando que hasta resultaba difícil odiar demasiado a esos tarugos que tenían tanto dinero y ahora tenían nuestra casa, pero que aún así resultaban tristes y patéticos por todas las cosas que no tenían.

—Firma —repitió Perkins.

Recuerdo los rostros de los Fratelli, esposados a una furgoneta de la policía. Recuerdo la expresión de Rosanna, que intentaba evitar la tristeza concentrándose en doblar mi ropa mojada sobre una gran roca. Recuerdo su

mirada de sorpresa cuando papá iba a empezar a firmar y de repente ella se puso a gritar en italiano.

Eso hizo que papá se detuviera y toda la gente la mirase. Siguió gritando. Oí que Stef le pidió a Bocazas que le tradujera lo que estaba diciendo.

Él escuchó con atención, aunque no era muy bueno en entender el italiano hablado.

—«No se siente»... no... «No dispare»... tampoco... «No vomite»... no... ¡Sí! «¡No firme!».

Lo oí antes que papá. Mientras Bocazas y Stef corrían yo le arranqué el papel de la mano a papá, de forma que la punta de la pluma manchó la chaqueta del señor Perkins.

Rosanna vino con lo que había encontrado en mis pantalones mientras los doblaba en la roca: mi bolsa de las canicas. Pero ahora ya no había canicas en ella, ¿recuerdas?

—Mirad —dijo Gordi, señalando las manos ahuecadas de Rosanna.

Eran joyas.

Rubíes, esmeraldas, diamantes, zafiros. Todos de la mejor calidad. Todos refulgiendo de vida con un fuego como extraterrestre a los rayos del sol poniente.

Papá se volvió hacia el señor Perkins.

—Creo que hoy no voy a firmar nada.

Y partió en dos el contrato.

La multitud lo vitoreó.

Los Goonies nos juntamos y nos dimos un gran abrazo Goony.

La policía ya no pudo contener a los periodistas, que avanzaron sacándonos fotos y haciendo un millón de preguntas.

—¿Las joyas son de verdad? ¿Cómo habéis conseguido vosotros, niños...?

—¿Qué pasó? ¿Corrieron peligro vuestras vidas?

Data fue el primero en hablar.

—Bueno, lo del calamar gigante fue algo bastante malo...

Andy dijo:

—Pero caminar por el tablón dio más miedo aun...

—¿Caminar por el tablón? —preguntó un reportero con ese tono de sabelotodo de los adultos.

—Bueno, es que encontramos un barco pirata —dijo Brand.

—Y cuando intentamos coger el tesoro... —añadió Gordi.

Pero entonces llegó el *sheriff*, que no había visto todavía las joyas pero tenía experiencia con las habilidades descriptivas de Gordi.

—¿Ya estás contando más historias, Lawrence?

—*Sheriff* —le contestó Gordi—, esta vez en serio que digo la verdad...

Este sonrió pacientemente y volvió la cabeza para dar tiempo a Gordi a pensarse lo que iba a decir, pero al hacerlo vio algo en la distancia. En el agua.

—Por Dios bendito —susurró, y más fuerte—: ¡Mirad!

Todos lo hicimos. Y vimos el barco.

Navegaba libremente mientras la punta del sol acababa de hundirse en el horizonte.

Willy también volvía a casa.

—Gracias, Willy el Tuerto —murmuré. Y sé que me oyó. Porque yo había sido la melodía en su cabeza que por fin lo había liberado, igual que él en la mía.

Todo el mundo en la playa lo contempló alejarse. Nadie se movió ni dijo una palabra hasta que el barco fue apenas un punto en el horizonte.

Y después desapareció.

# EPÍLOGO

## **Una última cosa que quería decir.**

Pude leer el informe de la policía sobre los Fratelli y, según Mama, esto fue lo que sucedió:

Después de que nosotros saltásemos del barco, ella despertó a Jake y a Francis y los llevó a la cabina del capitán para regodearse con su hallazgo. Y lo primero que cogió Mama fue el oro de la balanza frente a Willy. El oro de Willy.

Eso descompensó los platillos, y el que bajó estaba conectado por un cordel a una palanca que puso en marcha el mecanismo que hizo que Willy se elevase hasta el timón y, a la vez, derrumbó las vigas de la caverna, iniciando el estropicio que supuso su derrota final.

Así que solo quiero añadir que cuando coges cosas que pertenecen a otro no obtienes lo que creías que ibas a conseguir sino lo que te mereces.

Pero si coges lo que alguien te ofrece cuando le pides lo que crees que deseas, acabas consiguiendo mucho más de lo que esperabas.

Me lo enseñó Willy.

## POST SCRIPTUM

***Astoria Herald*, edición matutina,  
domingo 25 de octubre**

El Club de Campo de Hillside padeció anoche lo que su presidente Elgin Perkins definió como «un gran desastre de fontanería». Todas las duchas de los vestuarios sufrieron importantes pérdidas de agua, la presión inversa en las cañerías de desperdicios hizo que los lavabos se desbordaran —en algunos casos, con resultados explosivos— y los grifos fueron «literalmente arrancados y se hundieron en las paredes». Varios socios sufrieron heridas menores. Hubo que cerrar todo el sistema, y las áreas afectadas no serán reabiertas hasta próximo aviso.

Perkins bromeó más tarde: «Si creyera en lo sobrenatural, diría que ha sido cosa de un *poltergeist*».

Este diario no ha conseguido contactar con el responsable de la instalación original.

***Astoria Evening Standard*,  
lunes 26 de octubre**

A la junta directiva de la Hillside Country Club Corporation le ha sido prohibido hoy ejecutar las hipotecas de las tierras de la zona del muelle de Astoria y desalojar a sus residentes. El juez Turteltaub concedió una orden de alejamiento al representante de la comunidad de propietarios, Andrew Walsh, que prohíbe que el grupo Hillside haga entrar los tractores hasta que los títulos de propiedad puedan ser examinados con detalle. Según Walsh, la comunidad tiene derecho preferente de compra y en la actualidad dispone del capital necesario para ejercerla.

El presidente de la junta de Hillside, Elgin Perkins, ha asegurado que apelará la decisión.

***Astoria Evening Standard,***  
**martes 27 de octubre**

Siete niños de Cauldron Point desaparecidos desde el sábado fueron encontrados anoche, empapados pero ilesos, en una playa desierta cerca de Hillside. Los relatos de los propios niños sobre su desaparición resultaron tan extraños que hicieron que algunas autoridades sospecharan del consumo de drogas por parte de estos, hecho que ellos negaron vehementemente. Llevaban consigo una gran cantidad de supuestas piedras preciosas, aunque no pudieron ofrecer una explicación sobre cómo las obtuvieron, más allá de una historia fantástica sobre «calamares», «piratas» y «esqueletos».

Las joyas han sido tasadas por un profesional independiente. Su valor no ha sido desvelado.

La aparición de los niños ha sido relacionada con la detención de la banda de los Fratelli. Jake Fratelli, que había escapado de la cárcel el domingo por la mañana, era buscado por la policía de seis condados. Los tres Fratelli negaron todo conocimiento de los niños desaparecidos o sus joyas. Actualmente están encarcelados sin fianza en el Centro de Detención de Hillside.

***Astoria Herald,***  
**miércoles 28 de octubre**

El prisionero huido Jake Fratelli ha vuelto hoy a la cárcel del Estado, esperando la celebración de su juicio junto con su madre (Mama) y su hermano (Francis) por seis cargos de falsificación, uno de fraude, tres de uso prohibido de armas, dos de asesinato y veintiuno de maltrato de menores, estos últimos en relación con el hijo pequeño de Mama Fratelli, cuyo nombre no ha sido revelado.

Según parece, Jake ha acordado ofrecer información sobre una red de narcotráfico, cuyos miembros se hacen pasar por agentes del FBI y otros oficiales de la ley para confiscar grandes cantidades de droga a los vendedores locales. A Fratelli se le concederá la inmunidad por este cargo, y puede que a cambio de su testimonio acepte ser declarado culpable de homicidio en vez de asesinato.

***Astoria Evening Standard,***  
**jueves 29 de octubre**

Durante toda la semana se han seguido produciendo avistamientos del barco no identificado y de apariencia inusual observado por primera vez la noche del lunes pasado en la costa de Astoria. Portador de una vieja bandera con tibias y calavera, evitó la persecución de la guardia costera gracias a la fuerte niebla que impidió que se lo persiguiese.

Los agentes creen que puede tratarse de una de las embarcaciones usadas por una red de narcotráfico para transportar droga al área de Back Bay.

Se solicita que quienes dispongan de información sobre el barco fugitivo se pongan en contacto con la oficina del *sheriff* o con este diario.

***Astoria Herald,***  
**viernes 30 de octubre**

Hoy el Club de Campo de Hillside ha sido comprado a cambio de una cantidad no revelada por un grupo llamado «Amigos de los Muelles de Goon». El presidente del consorcio, Andrew Walsh, ha manifestado que el actual campo de golf del club será derribado y en su lugar van a construirse viviendas para rentas bajas. Preguntado sobre el futuro del resto del club, Walsh ha manifestado que está en consideración; entre las posibilidades se encuentran un nuevo museo histórico, un centro infantil, un mercado de pesca, una tienda de fontanería, un restaurante chino y un centro de investigación para el desarrollo de inventos.

Este diario no ha conseguido contactar con el anterior presidente del club, Elgin Perkins.

***Astoria Evening Standard,***  
**sábado 31 de octubre**

El Baile de Halloween de Cauldron Point que se celebra anualmente tendrá lugar hoy en el Reingold Hall a las 20:00h, organizado por el Centro Social de Cauldron Point. El tema será «piratas del Pacífico», y todos los beneficios se dedicarán al orfanato.

Michael Walsh dará un discurso especial.

***Astoria Herald, edición matutina,***  
**sábado 30 de diciembre**

El Sr. Jerry Cohen y señora se complacen en anunciar el *Bar Mitzvah* de su hijo recientemente adoptado, Jason Sloth Cohen, en el Templo Beth Solomon, hoy a las 11h.

Seguidamente se realizará una celebración en el Centro Recreativo de Goondock (anteriormente Club de Campo de Hillside).





JAMES KAHN (nacido el 30 de diciembre de 1947), escritor estadounidense, conocido sobre todo por su novelización de *El retorno del Jedi*. Nacido en Chicago, Kahn se licenció en Medicina por la Universidad de Chicago. Su formación de posgrado, especializada en Medicina de Urgencias, la completó en el USC-LA County Hospital y en la UCLA. Su obra original incluye tres novelas de la serie Nuevo Mundo: *World Enough, and Time* (1980), *Time's Dark Laughter* (1982) y *Timefall* (1987). Además de *El retorno del Jedi*, escribió las novelizaciones de las películas *Poltergeist* e *Indiana Jones y el templo maldito*. También ha escrito para conocidas series de televisión como *Melrose Place* y *Star Trek: The Next Generation*. Fue productor de *Melrose Place* de 1996 a 1998.

**Steven Spielberg**

presenta



**LOS**

# **GOONIES**

**James Kahn**

La novela oficial de uno de los favoritos  
de todos los tiempos.

**Lectulandia**